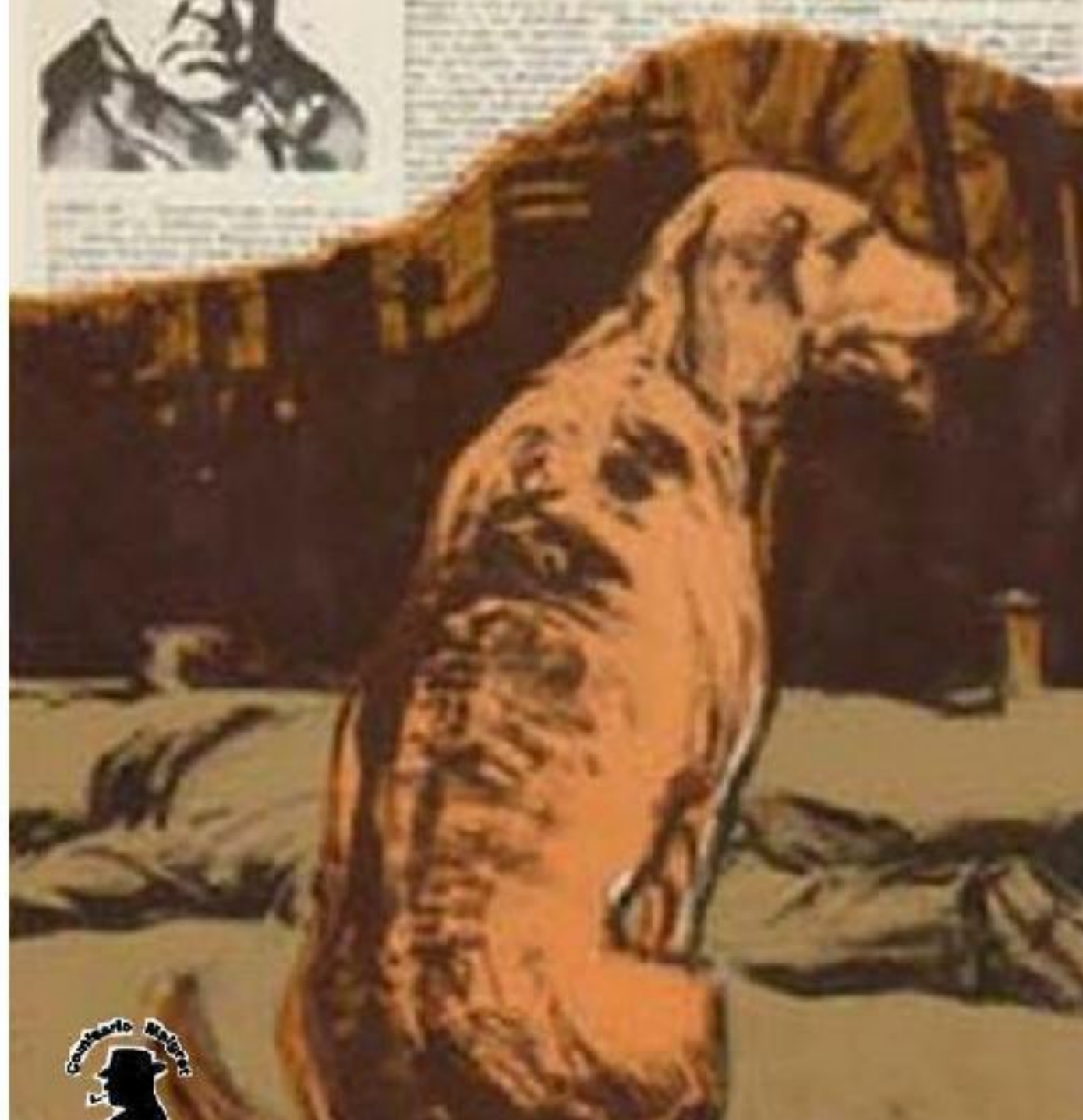


Simenon

Maigret y el perro canelo



... de la novela...



Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Maigret trabaja en la brigada móvil de Rennes y es destinado a la localidad costera de Concarneau para descubrir qué se esconde tras una serie de misteriosos sucesos. En la ciudad se están produciendo una serie de atentados de los que un perro vagabundo parece ser el testigo final.

Georges Simenon

Maigret y el perro canelo

Comisario Maigret - 6

Título original: *Le chien jaune*
Georges Simenon, 1931
Traducción: Carlos Suárez Morilla

Editor digital: IbnKhaldun



Capítulo 1

El perro sin dueño

Viernes, 7 de noviembre.

Concarneau está desierto. El reloj luminoso de la vieja ciudad que se asoma por encima de las murallas, marca las once menos cinco de la noche.

La marea está alta y una tempestad del sudoeste hace que las barcas del puerto se entrechoquen. El viento enfila las calles donde a veces se ven trozos de papel correr a toda velocidad al ras del suelo.

En el muelle del Aiguillon no hay una sola luz. Todo está cerrado. Todo el mundo duerme. Sólo están iluminadas las tres ventanas del *Hotel del Almirante*, en el ángulo de la plaza y del muelle.

No tienen contraventanas pero, a través de los cristales verdosos, se vislumbran borrosamente unas siluetas. Y el carabinero de guardia, cobijado en su garita, a menos de cien metros, envidia a aquellas gentes que se entretienen en el café.

Frente a él, en el agua, un mercante ha venido a refugiarse por la tarde. Nadie en el puente. Las poleas rechinan y un foque mal tensado da sacudidas con el viento. Luego, el ruido continuo de la resaca, un chasquido en el reloj que va a dar las once.

La puerta del *Hotel del Almirante* se abre. Aparece un hombre que continúa hablando un instante por la puerta entornada con alguien que se ha

quedado dentro. La tempestad lo absorbe, agita los faldones de su abrigo, le arranca el sombrero hongo que consigue atrapar a tiempo y que se sujeta en la cabeza mientras anda.

De lejos se conoce que va alegre, con un paso poco firme. Canturrea. El carabinero le sigue con la mirada, sonríe cuando el hombre se empeña en encender un cigarro. Luego comienza una lucha cómica entre el borracho, su abrigo que el viento quiere arrebatarse y el sombrero que sale disparado a lo largo de la acera. Diez cerillas se apagan.

Y el hombre del sombrero hongo ve un portal con dos escalones, se refugia en él y se inclina. Tiembla una llamita muy breve. El fumador vacila y se agarra al tirador de la puerta.

 No ha oído el carabinero un ruido extraño a la tempestad? No est  seguro de ello. Se echa a reír primero al ver al noct mbulo perder el equilibrio y dar unos cuantos pasos hacia atrás, tan inclinado que la postura parece increíble.

Ha terminado por quedar tendido en el suelo, junto al bordillo, con la cabeza enfangada en el arroyo. El carabinero se da palmadas en los costados para calentarse, observa con mal humor el foque, cuyo aleteo le irrita.

Pasan un minuto, dos. Vuelve a mirar de nuevo al borracho que continúa inmóvil. Por el contrario, un perro, que no se sabe de dónde ha salido, está all  olfate ndole.

— S lo entonces tuve la sensación de que había pasado algo! —declara más tarde el carabinero en el sumario.

* * *

Las idas y venidas que sucedieron a esta escena son más difíciles de establecer en riguroso orden cronológico. El carabinero se adelanta hacia el hombre tendido, algo más tranquilo por la presencia del perro, un animalazo amarillo y sarnoso. Hay un farol de gas a unos ocho metros. Al pronto, el funcionario no ve nada de anormal. De repente, observa que hay un agujero en el abrigo del borracho y que por este agujero sale un líquido espeso.

Entonces corre al *Hotel del Almirante*. El café está casi vacío. Una mujer apoya los codos en la caja. Cerca de una mesa de mármol, dos hombres están

acabando de fumarse el cigarro, recostados, con las piernas estiradas.

—¡Pronto! Se ha cometido un asesinato. No sé...

El carabinero se vuelve. El perro canelo ha entrado tras él y se ha echado a los pies de la mujer de la caja.

Parece como si hubiera un vago espanto flotando en el aire.

—Su amigo, que acaba de salir...

Unos instantes después, son tres los que se inclinan sobre el cuerpo, que no ha cambiado de sitio. El Ayuntamiento, donde se encuentra el puesto de policía, está a dos pasos. El carabinero prefiere actuar por su cuenta. Corre a la puerta de un médico y se cuelga materialmente del cordón de la campanilla.

Y repite, sin poder librarse de esta visión:

—Ha retrocedido tambaleándose como un borracho y de esa manera ha dado por lo menos tres pasos.

Cinco hombres, seis, siete... Y por todas partes, alguna ventana que se abre, cuchicheos.

El médico, arrodillado en el barro, declara:

—Una bala en pleno vientre. Hay que operar urgentemente. Que telefonen al hospital.

Todo el mundo ha reconocido al herido, el señor Mostaguen, el principal negociante en vinos de Concarneau, una buena persona que sólo tiene amigos.

Los dos policías de uniforme —uno de ellos no encontró su quepis— no saben por dónde empezar la investigación.

Alguien habla, el señor Pommeret, que por su aspecto y sus ademanes en seguida se nota que se trata de un notario.

—Hemos jugado juntos una partida de cartas, en el café del *Almirante*, con Servières y el doctor Michoux. El doctor fue el primero en marcharse, hará una media hora. Mostaguen, que teme a su mujer, nos ha dejado al dar las once.

Incidente tragicómico. Todos escuchan al señor Le Pommeret. Olvidan al herido. Y en ese momento, éste abre los ojos, trata de levantarse y murmura con una voz de asombro, tan suave, tan débil que la mujer de la recepción estalla en una risa histérico-nerviosa.

—¿Qué pasa?

Pero le sacude un espasmo. Sus labios se agitan. Los músculos del rostro se contraen mientras el médico prepara la jeringa para una inyección.

El perro canelo circula entre las piernas. Alguien se extraña.

—¿Conocen a este animal?

—Nunca lo he visto.

—Probablemente es el perro de algún barco.

En aquella atmósfera de drama, el perro tiene algo inquietante. ¿Quizá su color de un amarillo sucio? Es patilargo, muy flaco y su enorme cabeza es una mezcla de mastín y de dogo de Ulm.

A cinco metros del grupo, los policías interrogan al carabinero, único testigo del suceso.

El portal de los dos escalones es examinado minuciosamente. Es el umbral de un caserón burgués cuyas contraventanas están cerradas. A la derecha de la puerta, un cartel de la notaría anuncia la venta pública del inmueble el 18 de noviembre: «*Tasada en 80.000 francos*».

Un guardia municipal intenta inútilmente abrir la cerradura. Hasta que el dueño de un garaje próximo consigue hacerla saltar con un destornillador.

Llega la ambulancia. El señor Mostaguen es colocado en una camilla. A los curiosos no les queda más distracción que contemplar la casa vacía.

Está deshabitada hace un año. En el corredor reina un pesado olor de polvo y de tabaco. Una linterna de bolsillo ilumina, sobre las baldosas, cenizas de cigarrillos y rastros de barro que prueban que alguien ha permanecido bastante tiempo en acecho detrás de la puerta.

Un hombre, que sólo lleva un abrigo encima del pijama, dice a su mujer:

—¡Ven! No hay nada más que ver. Ya nos enteraremos de lo demás en el periódico de mañana. Ha venido el señor Servières.

Servières es un personajillo regordete, que se hallaba con el señor Le Pommeret en el *Hotel del Almirante*. Es redactor del *Faro de Brest*, donde todos los domingos publica entre otras cosas una crónica humorística.

Toma notas, hace indicaciones, y casi da órdenes a los dos policías.

Todas las puertas del corredor están cerradas con llave. La del fondo, que da acceso a un jardín, es la única abierta. El jardín está rodeado de un muro que no llega a tener un metro cincuenta de alto. Al otro lado del muro, hay

una calleja que desemboca en el muelle del Aiguillon.

—¡El asesino ha salido por ahí! —anuncia Jean Servières.

* * *

El resumen de estos acontecimientos fue establecido al día siguiente por Maigret, en la medida que se lo permitieron los datos obtenidos. Hacía un mes que ya no pertenecía a la brigada de Rennes, donde se iban a reorganizar algunos servicios. El alcalde de Concarneau, alarmado, le había llamado por teléfono.

Llegó al pueblo en compañía de Leroy, un inspector con quien no había trabajado todavía.

La tempestad aún no había cesado. Algunas borrascas arrastraban sobre el pueblo grandes nubes convertidas en chaparrones de lluvia helada. Ningún barco se atrevía a salir del puerto y se hablaba de un vapor en peligro frente a Glénan.

Maigret, naturalmente, fue a alojarse al *Hotel del Almirante*, que era el mejor del pueblo. Eran las cinco de la tarde y acababa de hacerse de noche cuando penetró en el café, un salón alargado, bastante tristón, con un suelo gris cubierto de aserrín, que los cristales verdes de las ventanas hacían aún menos acogedor.

Había varias mesas ocupadas. Pero al primer golpe de vista podía reconocerse la de los clientes serios, cuya conversación intentaban escuchar los otros.

Por lo demás, hubo alguien que se levantó de esta mesa, un hombre de cara colorada, de ojos redondos, y labios sonrientes.

—¿El comisario Maigret? Mi buen amigo el alcalde me ha anunciado su llegada. A menudo he oído hablar de usted. Permítame que me presente. Jean Servières. ¡Hum! ¿Es usted de París, no? Yo también. He sido director durante mucho tiempo de la *Vaca Roja*, en Montmartre. He colaborado en el *Petit Parisien*, en el *Excelsior*, en *La Dépêche*. Conocí mucho a uno de sus jefes, el buen Bertrand, que pidió la jubilación el año pasado para retirarse al campo, en el Nièvre. Y yo le he imitado. Estoy, por decirlo así, retirado de la vida pública. Colaboro, por distraerme, en *El Faro de Brest*.

Daba saltitos, gesticulaba.

—Voy a presentarle a nuestra tertulia. El último corrillo de gente de buen humor de Concarneau. Aquí, Le Pommeret, tenorio impenitente, rentista de profesión y vicecónsul de Dinamarca.

El hombre que se levantó y le tendió la mano iba vestido como un señorito de aldea: pantalones de montar a cuadros, polainas ceñidas, sin una pizca de barro, corbata ancha de piqué blanco. Tenía unos elegantes bigotes plateados, pelo liso brillante, la tez clara y las mejillas cubiertas de pecas.

—Encantado, comisario.

Y Jean Servières continuó:

—El doctor Michoux. Hijo del antiguo diputado. En realidad sólo es médico por su título, ya que nunca ha practicado. Ya verá cómo acaba por venderle algún terreno. Es propietario de los mejores terrenos de Concarneau y tal vez de Bretaña.

Una mano fría. Un rostro como una hoja de cuchillo, con la nariz torcida. Cabello de un pelirrojo poco corriente, aunque el doctor aún no tenía treinta y cinco años.

—¿Qué quiere tomar?

Durante ese tiempo, el inspector Leroy había ido a hacer unas preguntas en el Ayuntamiento y en la Gendarmería.

En la atmósfera del café había algo gris, triste, sin que se pudiese precisar qué era. Por una puerta abierta, se veía el comedor donde las camareras con vestido bretón ponían las mesas para la cena.

La mirada de Maigret se fijó en un perro amarillo, echado al pie de la caja. Levantó la vista y vio una falda negra, un delantal blanco, un rostro sin gracia y al mismo tiempo tan interesante, que no dejó de observarlo durante la conversación que siguió.

Por otra parte, cada vez que volvía la cabeza era la chica de la recepción quien fijaba en él su mirada febril.

* * *

—Si ese pobre Mostaguen, que es el mayor bribón de la tierra, aparte de que tiene un miedo terrible a su mujer, no hubiese estado a punto de perder el

pellejo, juraría que se trata de una broma de mal gusto.

Era Jean Servières quien hablaba. Le Pommeret llamó familiarmente:

—¡Emma!

Y la chica de la recepción se acercó.

—¿Qué toma?

En la mesa había vasos de cerveza vacíos.

—¡Es la hora del aperitivo! —advirtió el periodista—. Dicho de otro modo, la hora del *pernod*, Emma. ¿Verdad, comisario?

El doctor Michoux miró uno de sus gemelos con aire ensimismado.

—¿Quién hubiese podido prever que Mostaguen iba a pararse en el umbral a encender su cigarro? —prosiguió la voz sonora de Servières—. Nadie, ¿verdad? Ahora bien, Le Pommeret y yo vivimos al otro extremo de la ciudad. ¡No pasamos por delante de la casa vacía! A esa hora, nosotros tres éramos los únicos que nos encontrábamos en la calle. Mostaguen no es un tipo que tenga enemigos. Es de los que llaman de buena pasta. Un tipo cuya única ambición es poseer algún día la Legión de Honor.

—¿Qué tal la operación?

—Saldrá bien. Lo más gracioso es que su mujer le ha hecho una escena en el hospital, pues está convencida de que se trata de una historia de amor. ¿Se da cuenta? El pobre ni siquiera se atrevía a acariciar a su secretaria por miedo a tener complicaciones.

—¡Doble ración! —dijo Le Pommeret a la camarera que servía la imitación de ajeno—. Trae hielo, Emma.

Era la hora de la cena y algunos clientes salieron. Por la puerta abierta, entró una ráfaga que movió los manteles del comedor.

—Ya leerá usted el artículo que he escrito sobre este asunto y en el que creo haber estudiado todas las hipótesis. Sólo una es plausible: que nos encontramos en presencia de un loco. Por ejemplo, nosotros, que conocemos toda la ciudad, no vemos en absoluto quién puede haber perdido la razón. Venimos aquí todas las tardes. A veces, viene el alcalde a jugar una partida con nosotros. O Mostaguen. Otras veces, para jugar al *bridge*, vamos a buscar al relojero que vive unas casas más allá.

—¿Y el perro?

El periodista esbozó un gesto de ignorancia.

—Nadie sabe de dónde ha salido. Por un momento, creímos que pertenecía al buque mercante que llegó ayer. El *Santa-María*. Parece ser que no. Hay un perro a bordo, pero es un «terranova», y yo desafío a cualquiera a que diga de qué raza es este horrible animal.

Mientras hablaba, cogió una jarra de agua y llenó el vaso de Maigret.

—¿Lleva mucho tiempo aquí la chica de la recepción? —preguntó el comisario a media voz.

—Unos años.

—¿No salió ayer por la noche?

—No se movió. Esperó a que nos fuésemos para acostarse. Le Pommeret y yo evocábamos viejos recuerdos, recuerdos de tiempos mejores, cuando éramos lo bastante apuestos para ofrecernos mujeres gratis. ¿No es verdad, Le Pommeret? ¡No dice nada! Cuando le conozca mejor comprenderá usted que, en cuanto se trata de mujeres, es capaz de pasarse toda la noche. ¿Sabe cómo llamamos a la casa donde vive frente al mercado de pescado? La *casa del pecado*. ¡Hum!

—A su salud, comisario —dijo, no sin cierta confusión, el hombre del que hablaban.

En ese mismo momento, Maigret se dio cuenta de que el doctor Michoux, que apenas había despegado los labios, se inclinaba para mirar su vaso al trasluz. Su frente estaba arrugada. Su rostro, pálido por naturaleza, tenía una expresión de inquietud realmente conmovedora.

—¡Un momento! —dijo de repente, después de haber dudado mucho tiempo.

Acercó el vaso a su nariz, metió en él un dedo y lo tocó con la punta de la lengua. Servières estalló en una carcajada.

—¡Bueno! Me parece que se está dejando influir por la historia Mostaguen.

—¿Qué pasa? —preguntó Maigret.

—Creo que es mejor no beber. Emma, vete a decir al farmacéutico de al lado que venga inmediatamente, es algo muy urgente.

Aquello cayó como un jarro de agua fría. La sala pareció aún más vacía, más triste. Le Pommeret se retorció el bigote con nerviosismo. Hasta el periodista se agitó desasosegado en su silla.

—¿Qué es lo que crees?

El doctor estaba muy serio. Miraba fijamente su vaso. Se levantó, y él mismo cogió del armario la botella de *pernod*, la acercó a la luz y Maigret distinguió dos o tres grumos blancos que flotaban en el líquido.

La chica de la recepción entró, seguida del farmacéutico, que tenía aún la boca llena.

—Oiga, Kervidon. Tiene que analizarnos inmediatamente el contenido de esta botella y de los vasos.

—¿Hoy mismo?

—Inmediatamente.

—¿Qué reacción tengo que probar? ¿Qué es lo que piensa?

Maigret nunca había visto aparecer tan de prisa la pálida sombra del miedo. Unos instantes habían sido suficientes. Todo el calor había desaparecido de las miradas, y en las mejillas de Le Pommeret las pecas parecían artificiales.

La chica de la recepción apoyó los codos en la caja y mojó la mina de un lápiz para ordenar cifras en un cuaderno de tapas de hule negro.

—¡Estás loco! —probó a decir Servières.

Aquello sonó falso. El farmacéutico tenía la botella en una mano y en la otra un vaso.

—Estricnina —murmuró el doctor.

Empujó al otro hacia fuera y volvió cabizbajo, con la tez amarillenta.

—¿Qué es lo que le hizo suponer? —empezó a decir Maigret.

—No sé. Una casualidad. Vi un granito de polvo blanco en mi vaso. Me pareció que tenía un olor raro.

—¡Autosugestión colectiva! —afirmó el periodista—. Si cuento mañana esto en mi diario significará la ruina para todos los bares de Finistère.

—¿Bebe usted siempre *pernod*?

—Todas las noches antes de cenar. Emma está tan acostumbrada que lo trae en cuanto ve que nuestro vaso está vacío. Tenemos nuestras pequeñas costumbres. Al atardecer, bebemos *calvados*.

Maigret fue a colocarse frente al armario de los licores y vio una botella de *calvados*.

—¡Ése no! La botella panzuda.

La cogió, la movió junto a la luz, vio también unos granos de polvo blanco. Pero no dijo nada. No era necesario. Los otros lo habían comprendido.

El inspector Leroy entró y anunció con voz indiferente:

—En la gendarmería no han notado nada sospechoso. Ningún vagabundo. No comprenden.

Le extrañó el silencio que reinaba, la angustia compacta que se agarraba a la garganta. Alrededor de las lámparas eléctricas se estiraba el humo del tabaco. El billar mostraba su paño verdoso igual que un césped pelado. Había trozos de cigarrillos en el suelo y unos escupitajos en el aserrín.

—... Siete y llevo uno... —decía Emma, mojando la punta del lápiz.

Y, levantando la cabeza, gritó:

—¡Voy, señora!

Maigret llenó su pipa. El doctor Michoux se obstinaba en mirar fijamente al suelo y su nariz parecía más torcida que antes. Los zapatos de Le Pommeret estaban relucientes como si nunca los hubiese utilizado para andar. De vez en cuando, Jean Servières se encogía de hombros como discutiendo consigo mismo.

Todas las miradas se volvieron hacia el farmacéutico cuando regresó con la botella y un vaso vacío.

Había corrido. Estaba jadeante. En la puerta, dio una patada en el vacío para apartar algo y gruñó:

—¡Sucio perro!

Y, apenas entró en el café:

—Es una broma, ¿verdad? ¿Nadie ha bebido?

—¿Y bien?

—¡Estricnina, sí! Han debido de echarla en la botella hace apenas una media hora.

Miró espantado los vasos aún llenos, a los cinco hombres silenciosos.

—¿Qué quiere decir? ¡Es inaudito! ¡Tengo derecho a saber! Ayer matan a un hombre al lado de casa. Y hoy...

Maigret le cogió la botella de las manos. Emma volvió, indiferente, y mostraba por encima de la caja su largo rostro con ojeras, de labios finos, su cabello mal peinado sobre el cual la cofia bretona se deslizaba siempre hacia

la izquierda a pesar de que a cada momento se la colocaba en su sitio.

Le Pommeret iba y venía a grandes zancadas contemplando los reflejos de sus zapatos. Jean Servières, inmóvil, miró fijamente los vasos y estalló de repente, con una voz ahogada por un gemido de espanto:

—¡Diablos!

El doctor se encogió de hombros.

Capítulo 2

El doctor en zapatillas

El inspector Leroy, que sólo tenía veinticinco años, se parecía más a lo que llaman un joven bien educado que a un inspector de policía.

Acababa de salir de la escuela. Era su primer asunto y desde hacía unos momentos observaba a Maigret con aire desolado. Trataba de atraer discretamente su atención. Acabó por murmurar enrojeciendo:

—Excúseme, comisario. Pero, las huellas...

Debía pensar que su jefe pertenecía a la vieja escuela e ignoraba el valor de las investigaciones científicas. Maigret, mientras daba una chupada a su pipa, dijo:

—Si quiere...

No volvieron a ver al inspector Leroy, que llevó con precaución la botella y los vasos a su habitación y se pasó la tarde preparando un paquete modelo, cuyo esquema tenía en el bolsillo, estudiado para hacer viajar los objetos sin borrar las huellas.

Maigret se sentó en un rincón del café. El dueño, con bata blanca y un gorro de cocinero, miró a su casa como si hubiese sido devastada por un ciclón.

El farmacéutico había hablado. Fuera, se oía a gente que cuchicheaba. Jean Servières fue el primero que se puso el sombrero.

—¡Esto no es lo único! Yo estoy casado y la señora Servières me espera. ¿Tú te quedas, Michoux?

El doctor contestó sólo encogiéndose de hombros. El farmacéutico intentaba representar un papel de primer plano. Maigret le oyó decir al dueño: —... y que es necesario, naturalmente, analizar el contenido de todas las botellas. Puesto que hay aquí alguien de la policía, basta con que me dé la orden...

Había más de sesenta botellas de aperitivos variados y de licores en el armario.

—Es una buena idea. Sí, tal vez sea prudente.

—¿Qué es lo que piensa, comisario?

El farmacéutico era bajito, delgado y nervioso. Se agitaba el triple de lo necesario. Tuvieron que buscarle una cesta para las botellas. Luego telefoneó a un café de la vieja ciudad para que dijese a su empleado que le necesitaba.

Sin sombrero, recorrió cinco o seis veces el camino del *Hotel del Almirante* a su oficina, atareado, encontrando tiempo para lanzar unas palabras a los curiosos que se habían agrupado en la acera.

—¿Qué va a ser de mí, si se me llevan toda la bebida? —gemía el dueño —. ¡Y nadie piensa en comer! ¿No va a cenar, comisario? ¿Y usted, doctor? ¿Vuelve a su casa?

—No. Mi madre está en París. La criada tiene permiso.

—Entonces, ¿va a dormir aquí?

* * *

Llovía. Las calles estaban llenas de un barro negro. El viento agitaba las persianas del primer piso. Maigret había cenado en el comedor, no lejos de la mesa donde se había instalado el doctor, con aspecto fúnebre.

A través de los vidrios verdes, podía uno imaginarse, fuera, las cabezas de los curiosos que, a veces, se pegaban a los cristales. La chica de la recepción permaneció ausente una media hora, el tiempo de poder cenar ella también. Luego volvió a su sitio de costumbre, a la derecha de la caja, con un codo apoyado en ésta y una servilleta en la mano.

—Deme una botella de cerveza —dijo Maigret.

Se dio cuenta de que el doctor le observaba mientras bebía y después de hacerlo, como esperando los síntomas del envenenamiento.

Jean Servières no volvió como había dicho. Le Pommeret tampoco. Así, el café quedó desierto, ya que la gente prefería no entrar y, sobre todo, no beber. Fuera, se decía que todas las botellas estaban envenenadas.

—¡Como para matar a toda la ciudad!

El alcalde telefoneó, desde su hotel de *Sables-Blancs*, para enterarse exactamente de lo que sucedía. Luego, volvió a reinar el triste silencio. En un rincón, el doctor Michoux hojeaba los periódicos sin leerlos. La chica de la recepción seguía inmóvil. Maigret fumaba plácidamente y, de vez en cuando, el dueño venía a echar un vistazo y asegurarse de esta manera que no había ocurrido un nuevo drama.

Se oía el reloj de la vieja ciudad dar las horas y las medias. Cesaron los pasos y los conciliábulos en la acera. Ya sólo se oía la queja monótona del viento y la lluvia que golpeaba los cristales.

—¿Duerme usted aquí? —preguntó Maigret al doctor.

Era tal el silencio, que el solo hecho de hablar en voz alta llenaba el ambiente de inquietud.

—Sí. Lo hago a veces. Vivo con mi madre, a tres kilómetros de la ciudad. En una casa enorme. Mi madre ha ido a pasar unos días a París y la criada me ha pedido permiso para asistir a la boda de su hermano.

Se levantó, dudó y dijo con bastante prisa:

—Buenas noches.

Desapareció por la escalera. Se le oyó quitarse los zapatos, en el primer piso, precisamente encima de la cabeza de Maigret. En el café sólo quedaron la chica de la caja y el comisario.

—¡Ven aquí! —le dijo recostándose en la silla.

Y al ver que permanecía de pie, en actitud afectada, añadió:

—¡Siéntate! ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro años.

Se notaba en ella una humildad exagerada. Sus ojos cansados, su manera de deslizarse sin hacer ruido, sin chocar con nada, estremeciéndose de inquietud a la mínima palabra, armonizaban muy bien con la idea que uno se hace de la fregona acostumbrada a soportarlo todo. Y sin embargo, tras su apariencia se notaba algo de orgullo que ella se esforzaba en ocultar.

Parecía anémica. Su pecho aplastado no estaba hecho para despertar la

sensualidad. Sin embargo, atraía, por su inquietud, su cansancio, su aire enfermizo.

—¿Qué hacías antes de trabajar aquí?

—Soy huérfana. Mi padre y mi hermano murieron en el mar, en el *Trois-Mages*. Mi madre murió hace ya mucho tiempo. Primero, fui vendedora en la papelería de la plaza de Correos.

¿Qué buscaba su mirada inquieta?

—¿Tienes algún amante?

Volvió la cabeza sin decir nada y Maigret, con la mirada fija en su rostro, fumó más despacio y bebió un trago de cerveza.

—¡Debe haber algún cliente que te haga la corte! Los que estaban aquí hace un momento son clientes. Vienen todas las tardes. Les gustan las chicas guapas. ¡Vamos! ¿Cuál de ellos?

Más pálida, articuló con una mueca de cansancio:

—Sobre todo el doctor.

—¿Eres su amante?

Le miró con veleidad de confianza.

—Hay otras. A veces soy yo, cuando le da por ahí. Duerme aquí. Me dice que vaya a su habitación.

Rara vez habían hecho a Maigret una confesión tan sincera.

—¿Te da algo?

—Sí. No siempre. Dos o tres veces, cuando es mi día de salida, me ha llevado a su casa. Anteayer también. Aprovecha que su madre está de viaje. Pero hay otras chicas.

—¿Y el señor Le Pommeret?

—Lo mismo. Excepto que sólo he ido una vez a su casa, hace mucho tiempo. Había una empleada de la pescadería y... ¡no quise! Tienen alguna nueva todas las semanas.

—¿También el señor Servières?

—No es lo mismo. Está casado. Según parece va de juerga a Brest. Aquí, se contenta con bromear, y pellizcarme cuando paso.

Seguía lloviendo. A lo lejos se oía la sirena de un barco que debía buscar la entrada del puerto.

—¿Y ocurre así durante todo el año?

—No todo el año. En invierno, están solos. A veces, beben una botella con algún viajante de comercio. Pero en verano hay gente. El hotel está lleno. Por la noche, siempre se reúnen diez o quince a beber champaña o hacen una fiesta en algún hotel. Hay coches, chicas guapas. Nosotros, tenemos trabajo. En verano no soy yo quien sirve sino los camareros. Entonces, estoy abajo.

¿Qué es lo que buscaba de ella? Estaba mal sentada al borde de la silla y parecía dispuesta a levantarse de repente.

Se oyó un débil timbrazo. Miró a Maigret y luego al tablero eléctrico que estaba colocado detrás de la caja.

—¿Me permite?

Subió. El comisario oyó pasos y un murmullo confuso de voces, en el primero, en la habitación del doctor.

El farmacéutico entró, un poco borracho.

—¡Ya está, comisario! ¡Cuarenta y ocho botellas analizadas! ¡Y a conciencia, se lo juro! No hay la menor huella de veneno excepto en el *pernod* y el *calvados*. El dueño puede ya enviar a alguien a recoger su material. Dígame, entre nosotros, ¿cuál es su parecer? Anarquistas, ¿verdad?

Emma volvió, y en seguida salió a la calle para cerrar las contraventanas y esperó a poder cerrar la puerta.

—¿Y bien? —dijo Maigret cuando estuvieron de nuevos solos.

La chica de la recepción volvió la cabeza sin contestar, con un pudor inesperado, y el comisario tuvo la impresión de que si insistía un poco se iba a deshacer en lágrimas.

—¡Buenas noches, pequeña! —dijo.

* * *

Cuando el comisario bajó, creyó que había sido el primero en levantarse al ver lo oscuro que estaba el cielo. Desde su ventana, había visto el puerto desierto, en el que una grúa solitaria descargaba arena de un barco. Por las calles, algunos paraguas e impermeables huían rozando las casas.

En medio de la escalera, se cruzó con un viajante de comercio que acababa de llegar y cuya maleta llevaba un mozo.

Emma barría la sala de abajo. En una mesa de mármol había una taza con

un poco de café en el fondo.

—¿Es de mi inspector? —preguntó Maigret.

—Hace mucho tiempo que me ha preguntado el camino de la estación para llevar un paquete grande.

—¿El doctor?

—Le he subido el desayuno. Está enfermo. No quiere salir.

Y la escoba seguía levantando polvo mezclado con aserrín.

—¿Qué toma?

—Café solo.

Tuvo que pasar muy cerca de él para ir a la cocina. En ese momento, la cogió por los hombros con sus manazas, la miró a los ojos, brusco y cordial al mismo tiempo.

—Dime, Emma.

Intentó sólo un movimiento tímido para soltarse, permaneció inmóvil, temblorosa, haciéndose lo más pequeña posible.

—Entre nosotros, ¿qué sabes de esto? ¡Cállate! ¡No vas a decirme la verdad! Eres una pobre chiquilla y no quiero buscarte líos. ¡Mírame! La botella, ¿eh? Habla, ahora... claro.

—Le juro...

—¡No es necesario jurar!

—¡No he sido yo!

—¡Diablos! ¡Ya sé que no has sido tú! ¿Pero quién ha sido?

De repente, los párpados se le hincharon y sus ojos se llenaron de lágrimas. El labio inferior se levantó espasmódico y la chica de la recepción estaba tan conmovida que Maigret dejó de sujetarla.

—¿El doctor... esta noche?

—¡No! No fue para lo que usted cree.

—¿Qué quería?

—Me preguntó lo mismo que usted. Me amenazó. Quería que le dijese quién había tocado las botellas. Casi me ha pegado. ¡Y no lo sé! Por mi madre, le juro que...

—Tráeme mi café.

Eran las ocho de la mañana. Maigret fue a comprar tabaco, dio una vuelta por la ciudad. Cuando volvió, hacia las diez, el doctor estaba en el café, en

zapatillas, con un pañuelo enrollado a la garganta, igual que un cuello postizo. Parecía cansado y su cabello rojizo estaba despeinado.

—No parece encontrarse muy bien.

—Estoy enfermo. Debí esperármelo. Son los riñones. En cuanto me ocurre lo más mínimo, una contrariedad, una emoción, es así como se manifiesta. No he pegado ojo en toda la noche.

No quitaba la mirada de la puerta.

—¿No vuelve a su casa?

—No hay nadie. Aquí estoy mejor cuidado.

Había enviado a comprar todos los periódicos de la mañana. Allí estaban en desorden encima de la mesa.

—¿No ha visto usted a mis amigos? ¿Servières? ¿Le Pommeret? Es raro que no hayan venido a enterarse de algo nuevo.

—¡Bah! sin duda estarán durmiendo todavía —suspiró Maigret—. ¡Por cierto! No he visto a ese horrible perro amarillo. ¡Emma! ¿Ha vuelto usted a ver al perro? ¿No? Aquí viene Leroy, sin duda lo habrá visto en la calle. ¿Qué hay de nuevo, Leroy?

—He mandado las botellas y los vasos al laboratorio. He pasado por la gendarmería y por el Ayuntamiento. Según creo, estaba usted hablando del perro. Parece ser que un campesino lo ha visto esta mañana en el jardín del señor Michoux.

—¿En mi jardín?

El doctor se había levantado. Sus blancas manos temblaban.

—¿Qué es lo que hacía en mi jardín?

—Por lo que me han dicho, estaba echado en el umbral del hotel y, cuando el campesino se acercó, gruñó de tal manera que el hombre prefirió marcharse.

Maigret observó de reojo los rostros.

—Oiga, doctor, ¿y si fuésemos juntos hasta su casa?

Una sonrisa contraída:

—¿Con esta lluvia? ¿Con mi crisis? Esto me costaría por lo menos ocho días más de cama. ¡Qué importa ese perro! Un vulgar perro vagabundo, sin duda.

Maigret se puso el sombrero, el abrigo.

—¿Dónde va?

—No sé. A respirar el aire. ¿Me acompaña, Leroy?

Una vez fuera, todavía pudieron ver la larga cabeza del doctor que deformada por los cristales parecía aún más larga, cubriéndola de un color verdoso.

—¿Dónde vamos? —preguntó el inspector.

Maigret se encogió de hombros y vagabundó durante un cuarto de hora alrededor del muelle, como alguien que se interesa por los barcos. Al llegar cerca de la escollera, torció a la derecha y tomó un sendero designado por un cartel como el camino de *Sables-Blancs*.

—Si hubiesen analizado las cenizas de cigarrillo encontradas en el corredor de la casa vacía... —empezó a decir Leroy después de toser.

—¿Qué piensa de Emma? —le interrumpió Maigret.

—Pienso... La dificultad, a mi parecer, sobre todo en un sitio como éste, donde todo el mundo se conoce, debe ser la de procurarse semejante cantidad de estircnina.

—No le pregunto eso. Por ejemplo, ¿sería usted su amante?

El pobre inspector no supo qué contestar. Y Maigret le obligó a pararse y a desabrochar su abrigo para poder encender su pipa resguardado del viento.

* * *

La playa de *Sables-Blancs*, bordeada por algunos hoteles y, entre otras, una suntuosa vivienda de las que merecen el nombre de castillo, y que pertenecía al alcalde de la ciudad, se extiende entre dos puntas rocosas, a tres kilómetros de Concarneau.

Maigret y su compañero chapotearon por la arena cubierta de algas y apenas miraron a las casas vacías con las contraventanas cerradas.

Más allá de la playa, el terreno se alza y unas rocas picudas, coronadas de abetos, se hunden en el mar.

Un gran cartel: «Urbanización de *Sables-Blancs*». Un plano, en varios colores, con las parcelas vendidas ya y las parcelas disponibles. Un kiosco de madera: «Oficina de venta de terrenos».

Por último: «En caso de ausencia, dirigirse al señor Ernest Michoux,

administrador».

En verano, todo esto recién pintado debe resultar alegre. Con la lluvia y el barro, con el ruido de la resaca, era más bien siniestro.

En el centro había un gran hotel nuevo, de piedra gris, con terraza, piscina y jardín que aún no estaba florido.

Más lejos, los cimientos de otros hoteles: unos trozos de pared que salían del suelo y dibujaban ya las habitaciones.

El kiosco no tenía ventanas. Montones de arena esperaban ser instalados en el nuevo camino que estaba medio cerrado por una apisonadora. En la cumbre del acantilado, había un hotel, o más bien un futuro hotel, sin terminar, con las paredes de un blanco crudo, y las ventanas cerradas con planchas de cartón.

Maigret avanzó tranquilamente y empujó la barrera que daba acceso al hotel del doctor Michoux. Cuando estaba en el umbral y tendió la mano hacia el botón de la puerta, el inspector Leroy dijo:

—¡No tenemos orden del juez! ¿No cree usted que?...

Una vez más, su jefe se encogió de hombros. Por los paseos, se veían las huellas profundas que habían dejado las patas del perro canelo. Había otras huellas: las de unos pies enormes calzados con zapatos de clavos. ¡Por lo menos del cuarenta y seis!

El botón giró. La puerta se abrió como por encanto y pudieron ver en la alfombra las mismas huellas de barro: las del perro y las de los famosos zapatos.

El hotel, de una arquitectura complicada, estaba amueblado de una forma pretenciosa. Por todas partes rincones, con divanes, bibliotecas bajas, muebles camas bretones transformados en vitrinas, pequeñas mesas turcas o chinas. ¡Y demasiadas alfombras y colgaduras!

La voluntad manifiesta de realizar, con cosas viejas, un conjunto rústico-moderno.

Algunos paisajes bretones. Desnudos firmados, dedicados: «*A mi buen amigo Michoux*». O también: «*Al amigo de los artistas*».

El comisario miraba todo ese baratillo con aire de mal humor, mientras el inspector Leroy no podía dejar de impresionarse por esta falsa distinción.

Y Maigret abrió las puertas, echó un vistazo a las habitaciones, varias de

las cuales no estaban amuebladas. El yeso de las paredes aún estaba húmedo.

Acabó por empujar una puerta con el pie y tuvo un murmullo de satisfacción al ver la cocina. Encima de la mesa de madera blanca había dos botellas de *burdeos* vacías.

Unas diez latas de conserva habían sido abiertas torpemente con un cuchillo cualquiera. La mesa estaba sucia, grasienta. Habían comido, en las mismas latas, arenques al vino blanco, guisado frío, setas y albaricoques.

El suelo estaba sucio. Había restos de carne, y una botella de champaña rota; el olor del alcohol se mezclaba con el de los alimentos.

Maigret miró a su compañero con una sonrisa extraña.

—¿Cree usted, Leroy, que ha sido el doctor quien ha hecho esta comida de cerdos?

Y como el otro no contestaba:

—¡Espero que tampoco haya sido su mamá! ¡Ni siquiera la criada! ¡Mire! A usted que le gustan las huellas. Más bien son cortezas de barro que dibujan una suela. Del número cuarenta y cinco a cuarenta y seis. ¡Y las huellas del perro!

Llenó una nueva pipa, y cogió cerillas de un estante.

—¡Investigue todo lo que haya que investigar aquí dentro! No es trabajo lo que falta. ¡Hasta ahora!

Se fue, con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado, por la playa de *Sables-Blancs*.

Cuando entró en el *Hotel del Almirante*, la primera persona que vio fue al doctor Michoux, en su rincón, aún en zapatillas, sin afeitarse, con su pañuelo alrededor del cuello.

Le Pommeret, tan correcto como el día anterior, estaba sentado a su lado y los dos hombres dejaron acercarse al comisario sin decir ni palabra.

Fue el doctor quien articuló con voz mal timbrada:

—¿Sabe lo que acaban de decirme?, que Servières ha desaparecido. Su mujer está enloquecida. Nos dejó ayer por la noche. Desde entonces, no le han vuelto a ver.

Maigret tuvo un sobresalto, no por lo que acababan de decirle, sino porque acababa de ver al perro canelo, echado a los pies de Emma.

Capítulo 3

«EL miedo reina en Concarneau»

Le Pommeret sintió la necesidad de confirmar, por el placer de escucharse a sí mismo:

—La mujer vino a mi casa hace un momento, suplicándome que hiciese algo. Servières, cuyo verdadero nombre es Goyard, es un viejo compañero.

La mirada de Maigret pasó del perro canelo a la puerta que se abrió, al vendedor de periódicos que entró como una ráfaga y, por último, a los titulares que podían leerse desde lejos:

«EL MIEDO REINA EN CONCARNEAU»

Luego, unos subtítulos decían:

«Un drama cada día»

«Desaparición de nuestro colaborador Jean Servières»

«Manchas de sangre en su coche»

«¿A quién le toca el turno?»

Maigret agarró de la manga al muchacho de los periódicos.

—¿Has vendido muchos?

—Diez veces más que los otros días, y somos tres vendiendo desde la

estación.

En cuanto Maigret le soltó, el muchacho volvió a correr por el muelle, gritando:

«¡*El Faro de Brest!* ¡Número sensacional!».

El comisario no había tenido tiempo de empezar el artículo, cuando Emma le anunció:

—Le llaman al teléfono.

Una voz furiosa, la del alcalde:

—¡Oiga! ¿Ha sido usted, comisario, quien ha inspirado este estúpido artículo? ¡Y ni siquiera se me ha puesto al corriente! ¡Creo que debo ser el primero a quien se informe de lo que pase en la ciudad de la que soy alcalde! ¿No es así? ¿Qué historia es esa del coche? ¿Y ese hombre de grandes pies? Desde hace media hora, he recibido más de veinte llamadas telefónicas de gente alocada que me pregunta si esas noticias son ciertas. Le repito que quiero que, en adelante...

Maigret colgó, sin decir ni palabra, entró en el café, se sentó y empezó a leer. Michoux y Le Pommeret recorrían con la mirada un mismo periódico colocado sobre el mármol de la mesa.

«Nuestro excelente colaborador Jean Servières ha contado aquí mismo los acontecimientos de los que Concarneau ha sido recientemente el escenario. Era viernes. Un honorable negociante de la ciudad, el señor Mostaguen, salió del *Hotel del Almirante*, se paró en un portal para encender un cigarro y recibió en el vientre una bala disparada a través del buzón de la casa, una casa deshabitada.

»Sábado. El comisario Maigret, salido recientemente de París y colocado a la cabeza de la Brigada Móvil de Rennes, llegó a esta ciudad, lo que no impidió que se produjese un nuevo drama.

»En efecto, por la noche, una llamada telefónica nos anunció que en el momento en que tres notables de la ciudad, los señores Le Pommeret, Jean Servières y el doctor Michoux a quienes se habían unido los investigadores, tomaban el aperitivo, se dieron cuenta de que el *pernod* que les habían servido contenía una fuerte dosis de sulfato de estricnina.

»Y este domingo por la mañana se ha encontrado el coche de Jean Servières cerca del río Saint-Jacques sin su propietario que, desde el sábado

por la noche, no había sido visto.

»El asiento de delante está manchado de sangre. Una ventanilla rota, lo que hace suponer que ha habido una pelea.

»Tres días: ¡tres dramas! Se concibe que el terror empiece a reinar en Concarneau, cuyos habitantes se preguntan con angustia cuál será la próxima víctima.

»Reina particularmente la confusión entre los habitantes por la misteriosa presencia de un perro canelo al que nadie conoce, que parece no tener dueño y que surge a cada nueva desgracia.

»¿No ha llevado este perro ya a la policía hacia una pista seria? ¿Y no buscan a un individuo que no ha sido identificado, pero que ha dejado en diversos lugares unas huellas curiosas, las de unos pies mucho más grandes que lo normal?

»¿Loco? ¿Vagabundo? ¿Es el autor de todas estas fechorías? ¿A quién va a atacar esta noche?

»Sin duda encontrará a quien hablar, pues los habitantes asustados tendrán la precaución de armarse y disparar a la menor sospecha.

»Mientras tanto, este domingo, la ciudad está como muerta y la atmósfera recuerda a la de las ciudades del Norte cuando, durante la guerra, anunciaban un bombardeo aéreo».

Maigret miró a través de los cristales. Ya no llovía pero las calles estaban llenas de barro negro y el viento continuaba soplando con fuerza. El cielo estaba de un gris lívido.

La gente volvía de misa. Casi todos llevaban *El Faro de Brest* en la mano. Y todos los rostros se volvían hacia el *Hotel del Almirante* mientras apresuraban el paso.

Ciertamente, una atmósfera de muerte flotaba sobre la ciudad. ¿Pero no ocurría lo mismo todos los domingos por la mañana? El timbre del teléfono sonó de nuevo.

Oyeron a Emma que contestaba:

—No sé señor. No estoy al corriente. ¿Quiere que llame al comisario? ¡Oiga! ¡Oiga! Han colgado.

—¿Qué pasa? —gruñó Maigret.

—Un periódico de París, creo. Preguntan si hay nuevas víctimas. Han

reservado una habitación.

—Llame a *El Faro de Brest*.

Mientras espera, pasea de un lado para otro, sin echar una mirada al doctor recostado en su silla, ni a Le Pommeret que contemplaba sus dedos ensortijados.

—Oiga... ¿*El Faro de Brest*? Aquí el comisario Maigret. ¿Quisiera hablar con el director, por favor! ¡Oiga! ¿Es usted? ¡Bien! ¿Quiere decirme a qué hora ha salido de prensa esta mañana su periódico? ¿Eh? ¿A las nueve y media? ¿Podría decirme quién ha redactado el artículo referente a los dramas de Concarneau? ¡Ah! ¡No! ¡Sin historias, eh! ¿Cómo dice? ¿Ha recibido este artículo en un sobre? ¿Sin firma? ¿Y publica usted de esta manera cualquier informe anónimo que le llegue? ¡Mis saludos!

Quiso salir por la puerta que daba directamente al muelle, pero la encontró cerrada.

—¿Qué significa esto? —preguntó a Emma mirándola a los ojos.

—El doctor...

Miró fijamente a Michoux, se encogió de hombros y salió por la otra puerta, la del hotel. La mayoría de los almacenes tenían el cierre echado. La gente endomingada andaba de prisa.

Más allá del agua, donde estaban anclados algunos barcos, Maigret encontró la entrada del río Saint-Jacques, al extremo de la ciudad, en donde las casas bastante más espaciadas dejan sitio a los astilleros. En el muelle se veían barcos en construcción. En el cieno se pudrían barcas viejas.

En el lugar en que un puente de piedra cruza el río que viene a parar al puerto, había un grupo de curiosos rodeando un coche.

Había que dar una vuelta para llegar hasta allí, pues las obras en los muelles impedían el paso. Maigret se dio cuenta, por las miradas que le lanzaban, de que ya todo el mundo le conocía. Y, a la entrada de las tiendas cerradas, vio a gentes inquietas que hablaban en voz baja.

Al fin llegó hasta el coche abandonado al borde de la carretera, abrió la portezuela con un gesto brusco, hizo caer trozos de cristal y no tuvo necesidad de buscar para ver unas manchas oscuras en la tapicería del asiento.

A su alrededor, se amontonaban sobre todo chiquillos y jovencuelos

endomingados.

—¿La casa del señor Servières?

Le acompañaron diez. Se encontraba a trescientos metros, un poco apartada y era una casa burguesa rodeada de un jardín. La escolta se paró al llegar a la verja. Maigret llamó y fue introducido por una sirvienta con cara conmovida.

—¿Está aquí la señora Servières?

En este momento, ésta abría la puerta del comedor.

—¡Diga, comisario! ¿Cree usted que lo habrán matado? Estoy loca... yo...

Era una buena mujer, de unos cuarenta años, con aspecto de ama de casa, cosa que confirmaba la limpieza del interior.

—¿Desde cuándo no ha vuelto a ver a su marido?

—Vino a cenar ayer por la noche. Me di cuenta de que estaba preocupado, pero no quiso decirme nada. Había dejado el coche aparcado delante de la puerta, lo que quería decir que iba a salir por la noche. Yo sabía que era para jugar su partida de cartas en el café del *Almirante*. Le pregunté si volvería tarde. A las diez, me acosté. Estuve despierta varias horas. Oí dar las once y las once y media. Pero a veces llegaba muy tarde. Debí quedarme dormida. Me desperté de madrugada. Me extrañó ver que no estuviera a mi lado. Entonces pensé que alguien le había llevado a Brest. Aquí, no es muy divertido. Por eso, a veces... No podía volverme a dormir. Desde las cinco de la mañana, estuve levantada mirando por la ventana. No le gusta encontrarme esperándole y aún menos que pregunte por él. A las nueve, corrí a casa del señor Le Pommeret. Al volver, por otro camino, fue cuando vi gente alrededor del coche. ¡Dígame! ¿Por qué iban a matarle? Es el hombre mejor del mundo. Estoy segura de que no tiene ningún enemigo.

Delante de la verja había un grupo estacionado.

—Parece ser que hay manchas de sangre. He visto a algunas personas leer el periódico, pero nadie ha querido enseñármelo.

—¿Llevaba su marido mucho dinero encima?

—No creo ¡Lo normal! Tres o cuatrocientos francos.

Maigret prometió tenerla al corriente, incluso se tomó el trabajo de tranquilizarla con algunas frases vagas. De la cocina llegaba olor a cordero.

La sirvienta, con un delantal blanco volvió a acompañarle hasta la puerta.

No hizo sino echar a andar cuando un transeúnte se acercó a él.

—Excúseme, comisario. Me presentaré. Señor Dujardin, maestro. Hace una hora que la gente, sobre todo los padres de mis alumnos, vienen a preguntarme si hay algo de verdad en lo que cuenta el periódico. Algunos quieren saber si en caso de ver al hombre de los grandes pies tienen derecho a disparar.

Maigret no era ningún ángel de paciencia. Gruñó, metiéndose las manos en los bolsillos:

—¡Déjenme en paz!

Y se dirigió hacia el centro de la ciudad.

¡Era absurdo! Nunca había visto una cosa semejante. Aquello le recordaba a las tormentas de las películas. Muestran una calle alegre, un cielo sereno. Luego, pasa una nube, oculta el sol. Un fuerte viento barre la calle. Iluminación glauca. Contraventanas que golpean. Remolinos de polvo. Gruesas gotas de agua.

¡Y se ve la calle bajo una fuerte lluvia, bajo un cielo dramático!

Concarneau cambió de repente. El artículo de *El Faro de Brest* no había sido más que un punto de partida. Hacía mucho que los comentarios aumentaban enormemente la versión escrita.

¡Y encima era domingo! ¡Los habitantes no tenían nada que hacer! Elegían como punto de reunión el coche de Jean Servières, al lado del cual hubo que dejar a dos gendarmes. Los mirones permanecían allí horas, escuchando las explicaciones dadas por los mejor informados.

Cuando Maigret volvió al *Hotel del Almirante*, el dueño, con gorro blanco, presa de un nerviosismo desacostumbrado, le agarró de la manga.

—Tengo que hablarle, comisario. Esto se hace inaguantable.

—Antes de nada, va a servirme la comida.

—Pero...

Maigret fue a sentarse a un rincón, rabioso.

Pidió:

—¡Una cerveza! ¿No ha visto a mi inspector?

—Ha salido. Creo que le llamó el alcalde. Acaban de telefonar otra vez de París. Un periódico ha reservado dos habitaciones, para un reportero y un

fotógrafo.

—¿El doctor?

—Está arriba. Ha dicho que no recibe a nadie.

—¿Y el señor Le Pommeret?

—Acaba de salir.

El perro canelo ya no está allí. Algunos, con una flor en el ojal, el cabello tieso de fijador, estaban sentados en las mesas, sin beber lo que habían pedido. Habían venido para ver. Y parecían orgullosos de haber tenido ese valor.

—Ven aquí, Emma.

Había una especie de simpatía innata entre la chica de la recepción y el comisario. Se acercó a él con abandono, y se dejó arrastrar a un rincón.

—¿Estás segura de que el doctor no ha salido para nada esta noche?

—Le juro que no he dormido en su habitación.

—¿Ha podido salir?

—No creo. Tiene miedo. Esta mañana, fue él quien me hizo cerrar la puerta que da al muelle.

—¿Cómo es que te conoce ese perro canelo?

—No sé. No lo he visto nunca. Viene. Vuelve a marcharse. Incluso me pregunto quién le dará de comer.

—¿Hace mucho que se ha marchado?

—No me he fijado.

El inspector Leroy entró, nervioso.

—Comisario, el alcalde está furioso. ¡Y no es un cualquiera! Me ha dicho que es primo del Ministro de Justicia. Pretende que estamos trabajando para nada. Que para lo único que servimos es para llenar de pánico al pueblo. Quiere que detengamos a alguien, a cualquiera, con tal de tranquilizar a la gente. Le he prometido que hablaría de esto con usted. Me volvió a repetir que nunca han estado tan comprometidas tanto su carrera como la mía.

Maigret limpió tranquilamente su pipa.

—¿Qué va usted a hacer?

—Nada.

—Sin embargo...

—¡Es usted joven, Leroy! ¿Ha encontrado huellas interesantes en el

hotel del doctor?

—He enviado todo al laboratorio. Los vasos, las latas de conserva, el cuchillo. Hasta he hecho un molde de yeso con las huellas del hombre y las del perro. Ha sido difícil, pues el yeso de aquí es de baja calidad. ¿Tiene alguna idea?

Por toda respuesta, Maigret sacó un cuadernito de su bolsillo y el inspector leyó, cada vez más desorientado:

«*Ernest Michoux* (llamado *el Doctor*). Hijo de un pequeño industrial de Seine-et-Oise que fue diputado durante una legislatura y que, luego, se arruinó. Su padre murió. Su madre es una intrigante. Intentó, con su hijo, explotar unos terrenos en Jean-les-Pins. Fracaso completo. Hace lo mismo en Concarneau. Montó una sociedad anónima, gracias al apellido de su difunto marido. No aportó ningún capital. Actualmente, trata de obtener que los gastos de viabilidad de los terrenos sean pagados por el municipio y el departamento.

»Ernest Michoux está casado y divorciado. Su antigua mujer se casó de nuevo con un notario de Lille.

»Tipo de degenerado. Carácter difícil».

El inspector miró a su jefe, con aire de decir:

—¿Y qué más?

Maigret le enseñó las líneas siguientes:

«*Yves Le Pommeret*. Familia Le Pommeret. Su hermano Arthur dirige la mayor fábrica de latas de conserva de Concarneau. Pequeña nobleza. Yves Le Pommeret es el niño mimado de la familia. Jamás ha trabajado. Hace mucho tiempo, en París, agotó la mayor parte de la herencia. Vino a instalarse a Concarneau cuando ya sólo tenía veinte mil francos de renta. No obstante aparenta ser una personalidad, aunque sea él mismo quien se limpie los zapatos. Numerosas aventuras con jóvenes obreras. Hubo que echar tierra sobre algunos escándalos. Caza en todos los castillos de los alrededores. Por relaciones ha llegado a hacerse nombrar vicedónsul de Dinamarca. Solicita la

Legión de Honor. Recurre a veces a su hermano para pagar sus deudas».

«*Jean Servières* (seudónimo de Jean Goyard). Nacido en Morbihan. Es durante mucho tiempo periodista en París, secretario general de pequeños teatros, etcétera... Tuvo una modesta herencia y se instaló en Concarneau. Se casó con una antigua obrera, que desde hacía quince años era su amante. Vida burguesa. Algunos escándalos en Brest y en Nantes. Vive más de pequeñas rentas que del periodismo, del que está muy orgulloso».

—¡No comprendo! —balbució el inspector.

—¡Diablos!, deme sus notas.

—Pero... ¿Quién le ha dicho que...?

—Deme.

El carnet del comisario era un cuadernito barato, el papel cuadriculado, con tapas de hule. El del inspector Leroy era una agenda con páginas móviles, montada en acero.

Con aire paternal, Maigret leyó:

«1. ASUNTO MOSTAGUEN: la bala que alcanzó al negociante en vinos iba, sin duda, destinada a otra persona. Como no podía preverse que alguien iba a pararse en el portal, *debían haber dado una cita en este lugar a la verdadera víctima, que no acudió, o que llegó demasiado tarde.*

»A no ser que la única finalidad sea aterrorizar al pueblo. El *asesino conoce de maravilla Concarneau.* (Omitido analizar cenizas de cigarrillo encontradas en el corredor.)

»2. ASUNTO DE PERNOD ENVENENADO: en invierno, el café del *Almirante* está casi todo el día vacío. Cualquier persona conocedora de este detalle ha podido entrar y echar el veneno en las botellas. En dos botellas. Por lo tanto, iba destinado especialmente a los consumidores de *pernod* y de *calvados*. (Sin embargo, hay que tener en cuenta que el doctor ha notado a tiempo y sin el menor trabajo los grumos de polvo blanco en el líquido.)

»3. ASUNTO DEL PERRO CANELO: conoce el café del *Almirante*. Tiene un amo. ¿Pero quién es? Parece tener por lo menos cinco años.

»4. ASUNTO SERVIÈRES: descubrir examinando la letra quién ha enviado el artículo a *El Faro de Brest*».

Maigret sonrió, devolvió la agenda a su compañero y dijo:

—Muy bien.

Después añadió, con una mirada de mal humor a los curiosos que se veían continuamente a través de los cristales verdes:

—¡Vamos a comer!

Un poco más tarde, Emma les diría, cuando estaban solos en el comedor con el viajante de comercio que había llegado por la mañana, que el doctor Michoux, cuyo estado había empeorado, había pedido que le sirviesen en su habitación una comida ligera.

* * *

Por la tarde, el café del *Almirante*, con sus cristales glaucos, era como una vidriera del *Botánico* ante la que desfilan los curiosos endomingados. Se les veía luego dirigirse hacia el final del puerto, donde el coche de Servières era la segunda atracción, guardada por dos policías.

El alcalde telefoneó tres veces, desde su suntuoso hotel de *Sables-Blancs*.

—¿Han detenido a alguien?

Maigret apenas se tomaba el trabajo de contestar. La juventud de dieciocho a veinticinco años invadió el café. Había grupos escandalosos que tomaban posesión de una mesa y pedían consumiciones que luego no bebían.

No llevaban cinco minutos en el café y las réplicas se espaciaban, las risas se ahogaban, la confusión dejaba sitio al *bluff*. Y se iban unos tras otros.

La diferencia fue más sensible cuando tuvieron que encender las luces. Eran las cuatro. Como de costumbre, la multitud seguía paseando.

Aquella noche, fue la soledad y un silencio de muerte. Se diría que todos los que paseaban se habían puesto de acuerdo. En menos de un cuarto de hora, las calles quedaron desiertas y el silencio sólo era roto por los pasos precipitados de algún transeúnte ansioso por refugiarse en su casa.

Emma tenía los codos apoyados en la caja. El dueño iba de la cocina al

café, donde Maigret se empeñaba en no escuchar sus quejas.

Ernest Michoux bajó, hacia las cuatro y media, en zapatillas. Le había crecido la barba. Su pañuelo de seda, color crema, estaba manchado de sudor.

—¿Está usted aquí, comisario?

Aquello pareció tranquilizarle.

—¿Y su inspector?

—Le he mandado a dar una vuelta por la ciudad.

—¿Y el perro?

—No lo hemos visto desde esta mañana.

El suelo estaba gris, el mármol de las mesas de un blanco crudo veteadado de azul. A través de los cristales, se adivinaba el reloj luminoso de la vieja ciudad que marcaba las cinco menos diez.

—¿Siguen sin saber quién ha escrito este artículo?

El periódico estaba sobre la mesa. Y uno acababa por no ver más que seis palabras:

«¿A quién le toca el turno?»

El timbre del teléfono sonó. Emma contestó:

—No. Nada. No sé nada.

—¿Quién es? —preguntó Maigret.

—Otra vez un periódico de París. Parece ser que los redactores llegan en coche.

No había terminado su frase cuando el timbre sonó de nuevo.

—Es para usted comisario.

El doctor, muy pálido, seguía a Maigret con la mirada.

—¡Oiga! ¿Quién está al aparato?

—Leroy. Estoy en la parte vieja de la ciudad, cerca del paso de agua. Ha habido un disparo. Un zapatero ha visto desde su ventana al perro canelo.

—¿Muerto?

—¡Herido! Le ha dado en un costado. El animal apenas puede arrastrarse. La gente no se atreve a acercarse. Le estoy telefoneando desde un café. El animal está en medio de la calle. Puedo verlo a través del cristal. Está aullando. ¿Qué hago?

Y la voz que el inspector hubiese querido que fuese tranquila, era preocupada, como si aquel perro herido hubiese tenido algo de sobrenatural.

—Hay gente en todas las ventanas. Diga, comisario, ¿hay que rematarle?

El doctor, con la tez grisácea, estaba de pie, detrás de Maigret y preguntó tímidamente:

—¿Qué pasa? ¿Qué dice?

Y el comisario veía a Emma apoyada en el mostrador con la mirada perdida.

Capítulo 4

P. de P. de compañía

Maigret atravesó el puente levadizo, franqueó la línea de las murallas y se metió por una calle irregular y mal iluminada. Lo que los de Concarneau llaman la ciudad cerrada, es decir, el barrio viejo, rodeado aún de murallas, es una de las partes del centro más frecuentadas.

Y sin embargo, a medida que el comisario avanzaba, entraba en una zona de silencio cada vez más equívoca. El silencio de una multitud hipnotizada por un espectáculo que se estremece, que tiene miedo o se siente impaciente.

Algunas voces aisladas de adolescentes decididos a alborotar.

Un nuevo recodo y la escena apareció ante los ojos del comisario: la callejuela estrecha, con gente en todas las ventanas; habitaciones iluminadas con lámparas de petróleo; un grupo cerrando el paso y, más allá de ese grupo, un gran vacío donde subía un estertor.

Maigret apartó a los espectadores, jóvenes en su mayoría, sorprendidos por su llegada. Dos de ellos, aún estaban ocupados en lanzar piedras en la dirección del perro. Sus compañeros quisieron detenerle. Se oyó, o más bien se adivinó:

—¡Cuidado!

Y uno de los que lanzaban piedras enrojeció hasta las orejas mientras Maigret, empujándole hacia la izquierda, avanzaba hacia el animal herido. El silencio era ya de otra clase. Era evidente que, unos momentos antes, una borrachera malsana animaba a los espectadores, aparte de una vieja que

gritaba desde su ventana:

—¡Es vergonzoso! ¡Debería someterles a un proceso, comisario! Todos se encarnizan con ese pobre animal. ¡Y yo sé bien por qué! Porque tienen miedo.

El zapatero, que había disparado, entró, confuso, en su tienda. Maigret se agachó para acariciar al animal que le lanzó una mirada de asombro, más que de agradecimiento. El inspector Leroy salió del café desde donde había telefoneado. Algunas personas se alejaban a pesar suyo.

—Que traigan una carretilla.

Las ventanas se cerraron una tras otra, pero se adivinaban sombras curiosas detrás de las cortinas. El perro estaba sucio, su pelo puntiagudo manchado de sangre. Tenía el vientre lleno de barro, el hocico seco y ardiente. Ahora que se ocupaban de él, recobraba la confianza, ya no intentaba arrastrarse por el suelo por donde le rodeaban veinte piedras de gran tamaño.

—¿Dónde hay que llevarle, comisario?

—Al hotel. Despacio. Ponga paja en el fondo de la carretilla.

Este cortejo hubiera podido resultar ridículo. Pero fue impresionante por la magia de la angustia que, desde por la mañana, no había dejado de aumentar. La carretilla, empujada por un viejo, saltó por el pavimento, a lo largo de la calle con abundantes recodos, franqueó el puente levadizo y nadie se atrevió a seguirla. El perro respiraba con fuerza; luego, estiró sus cuatro patas al mismo tiempo en un espasmo.

Maigret se dio cuenta de que delante del *Hotel del Almirante* estaba parado un coche que no había visto antes. Cuando empujó la puerta del café, comprobó que la atmósfera había cambiado.

Un hombre le empujó y cuando levantaban al perro, le apuntó con un aparato fotográfico e hizo surgir un resplandor de magnesio. Otro, con pantalones de golf, con un jersey rojo y un cuadernillo en la mano, hizo un gesto de saludo.

—¿Comisario Maigret? Vasco, del *Journal*. Acabo de llegar y ya he tenido la suerte de encontrar al señor...

Señaló a Michoux que estaba sentado en un rincón, pegado a la banqueta con asiento de hule.

—El coche del *Petit Parisien* nos sigue. Ha tenido una avería a diez kilómetros de aquí.

Emma preguntó al comisario.

—¿Dónde quiere que lo pongamos?

—¿No hay sitio en la casa para él?

—Sí, junto al patio. Un cuartucho donde amontonamos las botellas vacías.

—¡Leroy! Telefonee a un veterinario.

Una hora antes, era el vacío, un silencio lleno de reticencias. Ahora, el fotógrafo apartaba las mesas y las sillas exclamando:

—Un momento. No se muevan, por favor. Vuelvan la cabeza del perro hacia este lado.

El magnesio resplandecía.

—¿Y Le Pommeret? —preguntó Maigret dirigiéndose al doctor.

—Salió un poco después que usted. El alcalde volvió a llamar. Creo que va a venir.

* * *

A las nueve de la noche, aquello era una especie de cuartel general. Habían llegado dos nuevos reporteros. Uno escribía en un papel en una mesa del fondo. De vez en cuando, un fotógrafo bajaba de su habitación.

—¿No tendrán alcohol de 96 grados? Me es absolutamente necesario para secar las películas. ¡El perro es formidable! ¿Dice usted que hay una farmacia al lado? ¿Cerrada? No importa.

En el pasillo, donde se encontraba el teléfono, un periodista dictaba su artículo con voz indiferente:

—Maigret, sí. M de Maurice. A de Arthur. Sí. I de Isidoro. Coja todos los nombres a la vez. Michoux. M, I, choux, Choux. No, pou no. Espere. Le doy los titulares. ¿Se pondrá en la «uno»? ¡Sí! Diga al jefe que tiene que ponerse en primera página.

Desorientado, el inspector Leroy buscaba sin cesar a Maigret con la mirada como para agarrarse a él. En un rincón, el único viajante de comercio preparaba su recorrido del día siguiente. De vez en cuando, llamaba a Emma.

—Chauffier, ¿es una ferretería importante? Gracias.

El veterinario había extraído la bala y rodeado la parte trasera del perro con una venda rígida.

—¡Esos animales tienen una vida tan dura!

Habían extendido una manta vieja encima de la paja, en el cuartito con baldosas de granito azul que daba al mismo tiempo al patio y a la escalera de la bodega. El perro estaba echado allí, solo, a diez centímetros de un trozo de carne al que no tocaba.

El alcalde había venido, en coche. Un viejo con una barbita blanca, muy cuidado, con gestos secos. Había levantado las cejas al entrar en aquella atmósfera de cuerpos de guardia, o más exactamente de P. de P. de compañía.

—¿Quiénes son estos señores?

—Periodistas de París.

El alcalde estaba en el límite de su paciencia.

—¡Magnífico! ¡Así mañana se hablará en toda Francia de esta estúpida historia! ¿Siguen sin encontrar nada?

—¡La investigación continúa! —gruñó Maigret con el mismo tono que si hubiese dicho:

«¡A usted no le importa!».

Había irritabilidad en el ambiente. Todos tenían los nervios a flor de piel.

—¿Y usted, Michoux, no vuelve a su casa?

La mirada del alcalde era despreciativa, acusaba al doctor de cobardía.

—A este paso, dentro de veinticuatro horas, será el pánico general. Lo que hace falta, ya le he dicho, es una detención, cualquiera.

E insistió en estas últimas palabras lanzando una mirada a Emma.

—Sé que no tengo que darle órdenes. En cuanto a la policía local, le han dejado un papel realmente irrisorio. Pero les digo una cosa: otro drama, uno solo, y será la catástrofe. La gente espera algo. Tiendas que otros domingos permanecían abiertas hasta las nueve, han echado hoy el cierre. Ese estúpido artículo de *El Faro de Brest* ha asustado al pueblo.

El alcalde no se había quitado el sombrero hongo y al marcharse lo hundió aún más en su cabeza después de haber dicho:

—Le estaría agradecido si me tuviera al corriente, comisario. Y le recuerdo que todo lo que se haga a partir de este momento, se hace bajo su

responsabilidad.

—¡Una cerveza, Emma! —pidió Maigret.

No podían impedir a los periodistas que se alojasen en el *Hotel Almirante*, ni que se instalasen en el café, telefoneasen y llenaran la casa de su ruidosa agitación. Pedían tinta, papel. Interrogaban a Emma que mostraba una cara asustada.

Fuera, la noche negra, con un rayo de luna que acentuaba el romanticismo de un cielo cargado de pesadas nubes. Y ese barro que se pegaba a todos los zapatos, pues en Concarneau aún no conocen las calles pavimentadas.

—¿Le dijo Le Pommeret si iba a volver? —dijo Maigret a Michoux.

—Sí. Ha ido a cenar a su casa.

—¿La dirección? —preguntó un periodista que ya no tenía nada que hacer.

El doctor se la dio, mientras el comisario se encogía de hombros y arrastraba a Leroy hacia un rincón.

—¿Tiene el original del artículo aparecido esta mañana?

—Acabo de recibirlo. Está en mi habitación. El texto está escrito con la mano izquierda, por lo tanto era de alguien que temía que se reconociera su letra.

—¿Sin sello?

—¡No! Han echado la carta en el buzón del periódico. En el sobre está escrito: «*muy urgente*».

—Así es que a las ocho de la mañana como mucho, alguien conocía ya la desaparición de Jean Servières, sabía que el coche estaba o que se iba a abandonar junto al río Saint-Jacques, y que había manchas de sangre en el asiento. Y esta persona, además, no ignoraba que iban a encontrar en alguna parte las huellas de unos pies grandes.

—¡Es increíble! —suspiró el inspector—. En cuanto a esas huellas, las he mandado al *Quai des Orfèvres*. Han consultado ya los ficheros. Tengo la respuesta: no pertenecen a la ficha de ningún delincuente.

No había lugar a dudas: Leroy se dejaba influir por el pánico reinante. Pero el más intoxicado, si se puede decir, por este virus, era Ernest Michoux, cuyo tipo resultaba tanto más cómico cuanto que contrastaba con la indumentaria deportiva, los gestos desenvueltos y la seguridad de los

periodistas.

No sabía dónde ponerse. Maigret le preguntó:

—¿No se acuesta?

—Todavía no. No me duermo nunca antes de las nueve de la mañana.

Se esforzaba por esbozar una sonrisa falsa que mostraba dos muelas de oro.

—Francamente, ¿qué piensa usted?

El reloj luminoso de la vieja ciudad dejó oír diez campanadas. Llamaron al comisario por teléfono. Era el alcalde.

—¿Todavía nada?

¿Esperaba también él un drama?

Pero, de hecho, ¿no lo esperaba también Maigret? Fue a hacer una visita al perro que se había dormido y que, sin miedo, abrió un ojo y miró cómo avanzaba hacia él. El comisario le acarició la cabeza, le puso un poco de paja bajo las patas.

Vio al dueño detrás.

—¿Cree usted que esos señores de la prensa se van a quedar aquí mucho tiempo? Porque en ese caso tendré que pensar en las provisiones. El mercado es mañana a las seis.

Cuando no se estaba acostumbrado a Maigret, en semejante caso, se sentía uno desorientado al ver sus enormes ojos fijos en la frente como sin ver, y luego oírle gruñir algo ininteligible mientras se alejaba con aspecto de indiferencia.

El redactor del *Petit Parisien* volvió y sacudió el agua de su impermeable.

—¡Vaya! ¿Llueve? ¿Qué hay de nuevo, Groslin?

Brillaba una llamita en los ojos del joven que dijo unas palabras en voz baja al fotógrafo que le acompañaba. Luego, descolgó el receptor del teléfono.

—*Petit Parisien*, señorita. Servicio de Prensa. ¡Prioridad! ¿Qué? ¿Tiene comunicación directa con París? Entonces, póngame inmediatamente ¡Oiga, oiga! ¿El *Petit Parisien*? ¿Señorita Germaine? Póngame con la secretaria de servicio. ¡Aquí, Groslin!

Su voz era impaciente, y su mirada parecía desafiar a los compañeros que le escuchaban. Maigret, que pasó por detrás de él, se detuvo para escuchar.

—¡Oiga! ¿Es usted, señorita Jeanne? Rápido, ¡eh! Aún da tiempo para algunas ediciones de provincia. Los otros no lo tendrán hasta la edición de París. Diga al redactor-jefe que escriba el artículo. Yo no tengo tiempo.

«Asunto de Concarneau. Nuestras previsiones eran exactas. Nuevo crimen. ¡Oiga! ¡Sí, crimen! Un hombre asesinado, si prefiere».

Todo el mundo se había callado. El doctor, fascinado, se acercó al periodista que proseguía, febril, triunfante contento:

—¡Después del señor Mostaguen, después del periodista Jean Servières, el señor Le Pommeret! Sí. ¡Le he deletreado el nombre hace un momento! Acaban de encontrarle muerto en su habitación. ¡En su casa! Ninguna herida. Tiene los músculos rígidos y todo hace pensar en un envenenamiento. Espere. Termine por: «el terror reina». ¡Sí! Vaya en seguida a ver al redactor-jefe. Dentro de un momento le dictaré un artículo para la edición de París, pero el informe tiene que pasar a las ediciones de provincia.

Volvió a colgar, respiró hondo, y lanzó a su alrededor una mirada de júbilo.

El teléfono sonó.

—¡Oiga! ¿El comisario? Hace un cuarto de hora que intentamos hablar con usted. Aquí la casa del señor Le Pommeret. ¡Rápido! ¡Está muerto!

Y la voz repitió:

—Muerto.

Maigret miró a su alrededor. En casi todas las mesas había vasos vacíos. Emma, exangüe, seguía al comisario con la mirada.

—¡Que no toquen ningún vaso ni ninguna botella! —ordenó—. ¿Comprende, Leroy? No se mueva de aquí.

El doctor, con la frente empapada de sudor, se había quitado el pañuelo y se veía su pescuezo delgado, con el cuello de la camisa abrochado.

* * *

Cuando Maigret llegó al piso de Le Pommeret, un médico que vivía en la casa vecina había hecho ya las primeras comprobaciones.

Había allí una mujer de unos cincuenta años, la dueña de la casa, la misma que había telefoneado.

Era una bonita casa de piedras grises frente al mar. En donde cada veinte segundos, el pincel luminoso del faro iluminaba las ventanas.

Un balcón. Un asta de bandera y un escudo con las armas de Dinamarca.

El cuerpo estaba extendido sobre la alfombra rojiza de un estudio lleno de pequeños adornos sin valor. Fuera, cinco personas vieron pasar al comisario sin pronunciar una sola palabra.

En las paredes, fotografías de actrices, dibujos recortados de revistas y enmarcados, algunas dedicatorias de mujeres.

Le Pommeret estaba sin camisa y sus zapatos aún estaban llenos de barro.

—¡Estricnina! —dijo el médico—. Al menos lo juraría. Mire sus ojos. Y sobre todo dese cuenta de la rigidez del cuerpo. La agonía ha durado media hora. Tal vez más.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó Maigret a la mujer.

—Abajo. Subarrendaba todo el primer piso al señor Le Pommeret, que comía en mi casa. Llegó a cenar hacia las ocho. No tomó casi nada. Recuerdo que dijo que la electricidad era muy floja, cuando la luz era normal.

»Me dijo también que iba a volver a salir, pero que antes tomaría una aspirina, porque sentía la cabeza pesada.

El comisario miró al doctor de una manera interrogante.

—¡Eso es! Los primeros síntomas.

—Que se declaran... ¿cuánto tiempo después de la absorción del veneno?

—Depende de la dosis y de la constitución de la persona. A veces media hora. Otras veces, dos horas.

—¿Y la muerte?

—No sobreviene hasta el final de una parálisis general. Pero antes hay parálisis locales. Estaba echado en ese diván.

Aquel mismo diván que hacía que llamasen a la casa de Le Pommeret: ¡La casa del pecado! Las fotos de revistas eran más abundantes alrededor del mueble. Una lamparilla lanzaba una luz rosácea.

—Se agitó igual que en una crisis de *delirium tremens*. Murió en el suelo.

Maigret se dirigió hacia la puerta por la que quería entrar un fotógrafo y se la cerró en las narices.

Calculaba a media voz:

«Le Pommeret salió del café del *Almirante* un poco después de las siete.

Había bebido. Aquí, un cuarto de hora después, bebió y comió. Según lo que usted me dice de los efectos de la estricnina, pudo ingerir el veneno tanto allí como aquí».

Descendió en seguida a la planta baja, donde la casera lloraba, rodeada por tres vecinas.

—¿Dónde están los platos y los vasos de la cena?

Durante unos momentos no comprendió. Y cuando quiso contestar, Maigret ya había visto en la cocina una palangana de agua aún caliente, a la derecha platos limpios y a la izquierda otros sucios y vasos.

—Estaba fregando, cuando...

Entró un guardia urbano.

—Vigile la casa. Eche a todo el mundo fuera, excepto a la dueña. ¡Y ningún periodista, ningún fotógrafo! Que no toquen ningún vaso ni ningún plato.

Había que recorrer quinientos metros en medio de la borrasca para llegar al hotel. El pueblo estaba en la penumbra. Apenas quedaban dos o tres ventanas iluminadas, a gran distancia una de otra.

Por el contrario, en la plaza, en la esquina del muelle, las tres ventanas verdosas del *Hotel del Almirante* estaban encendidas, pero a causa de los cristales, daba la impresión de un monstruoso acuario.

Al acercarse, se oían ruidos y voces, el timbre del teléfono, el motor de un coche que ponían en marcha.

—¿Dónde va? —preguntó Maigret.

Se dirigió a un periodista.

—¡La línea está cortada! Voy a otro sitio a telefonar para mi edición de París.

El inspector Leroy, de pie en el café, tenía aspecto del profesor que vigila el estudio de la tarde. Alguien escribía sin parar. El viajante de comercio estaba embobado, pues se sentía apasionado en aquella atmósfera nueva para él.

Todos los vasos seguían en las mesas. Había algunas copas que habían contenido aperitivos, vasos de cerveza manchados aún de espuma, vasitos de licor.

—¿A qué hora han quedado vacías las mesas?

Emma trató de recordar.

—No podría decirlo. Hay algunos vasos que he ido quitando a medida que estaban vacíos. Otros llevan ahí toda la tarde.

—¿El vaso del señor Le Pommeret?

—¿Qué bebió, señor Michoux?

Fue Maigret quien contestó:

—Un *coñac*.

Miró los platitos uno tras otro.

—Seis francos. Pero he servido un *whisky* a uno de estos señores y es el mismo precio ¿Quizá sea este vaso? Tal vez no.

El fotógrafo, que no perdía ocasión, tomaba fotos de todos los vasos instalados en las mesas de mármol.

—¡Vaya a buscar al farmacéutico! —ordenó el comisario a Leroy.

Y fue verdaderamente la noche de los vasos y los platos. Los trajeron de casa del vicedcónsul de Dinamarca. Los reporteros entraban en el laboratorio del farmacéutico como en su propia casa y uno de ellos, antiguo estudiante de medicina, participaba incluso en los análisis.

El alcalde se había contentado con decir por teléfono con voz tajante:

—... toda su responsabilidad...

No se encontraba nada. Por el contrario, el dueño, de repente, preguntó:

—¿Qué han hecho con el perro?

El cuartucho donde le habían echado encima de la paja estaba vacío. El perro, incapaz de andar ni siquiera de arrastrarse, a causa de la venda que aprisionaba sus patas traseras, había desaparecido.

Los vasos no descubrían nada nuevo.

—Tal vez han lavado el del señor Le Pommeret. Ya no me acuerdo. ¡Con este jaleo! —decía Emma.

En la casa, también la mitad de los cacharros habían sido fregados seguramente con agua caliente.

Ernest Michoux, con la tez terrosa, estaba principalmente preocupado por la desaparición del perro.

—Han venido a buscarle por el patio. Hay una entrada que da al muelle. Una especie de callejón sin salida. Habrá que clausurar la puerta, comisario. Si no... Piense que han podido entrar aquí sin que nadie lo advirtiera. ¡Y

volverse a marchar con el animal en brazos!

Se diría que no se atrevía a salir del fondo de la sala, que permanecía lo más alejado posible de las puertas.

Capítulo 5

El hombre del Cabélou

Eran las ocho de la mañana. Maigret, que no se había acostado, se acababa de bañar y terminaba de afeitarse delante de un espejo colgado de la contraventana.

Hacía más frío que los días anteriores. La lluvia turbia parecía nieve derretida. Abajo, un reportero esperaba la llegada de los periódicos de París. Habían oído el pito del tren a las siete y media. Faltaba poco para que apareciesen los vendedores de las ediciones sensacionales.

La plaza que se encontraba ante los ojos del comisario estaba ocupada por el mercado semanal. Pero se adivinaba que aquel mercado no tenía su animación habitual. La gente hablaba en voz baja. Algunos campesinos parecían preocupados al enterarse de las noticias.

En el terraplén, había unos cincuenta puestos de venta, con mantequilla, huevos, legumbres, tirantes y medias de seda. A la derecha, se estacionaban carricoches de todos los modelos y el conjunto estaba dominado por las cofias blancas con anchos encajes.

Maigret no se dio cuenta de que algo anormal sucedía hasta que vio que una parte del mercado cambiaba de fisonomía, las gentes se amontonaban y todas miraban a una misma dirección. La ventana estaba cerrada. No oía los ruidos, o más bien, lo que le llegaba tan sólo era un rumor confuso.

Buscó más allá con la mirada. En el puerto, algunos pescadores cargaban en las barcas las cestas vacías y las redes. Mas de pronto, se quedaron

inmóviles, abriendo paso a dos gendarmes que llevaban a un preso hacia el Ayuntamiento.

Uno de los policías era muy joven, imberbe. De rostro ingenuo. El otro tenía grandes mostachos castaños y unas cejas espesas y unidas le daban un aspecto terrible.

En el mercado, habían cesado las discusiones, todos miraron a los tres hombres que avanzaban y señalaban las esposas que sujetaban las muñecas del malhechor.

¡Un coloso! Andaba inclinado hacia delante, lo que hacía que sus hombros pareciesen el doble de anchos. Arrastraba los pies por el barro y parecía que era él quien tiraba de los agentes a remolque.

Llevaba una chaqueta vieja. La cabeza descubierta, y un pelo tieso, muy corto y moreno.

El periodista corrió por la escalera, abrió una puerta y gritó a su fotógrafo que dormía:

—¡Benoît! ¡Benoît! ¡De prisa! Arriba... ¡Una foto imponente!

Ni él mismo estaba convencido de decir toda la verdad. Pues mientras Maigret se quitaba de las mejillas las últimas manchas de jabón y buscaba su americana sin dejar de mirar a la plaza, tuvo lugar un acontecimiento verdaderamente extraordinario.

La multitud no tardó en agolparse alrededor de los gendarmes y del prisionero. Bruscamente, éste, que debía de haber esperado mucho tiempo la ocasión, dio una violenta sacudida con sus manos.

Desde lejos, el comisario vio los trozos de cadena rotos que colgaban de las manos de los policías. Y el hombre se abalanzó sobre el público. Una mujer rodó por el suelo. Otras personas huyeron. Nadie había salido de su estupor cuando el prisionero saltó por un callejón sin salida, a veinte metros del *Hotel del Almirante*, al lado de la casa vacía por cuyo buzón había salido una bala de revólver el viernes anterior.

Un agente —el más joven— estuvo a punto de disparar, dudó y se puso a correr llevando su arma de una manera que Maigret esperaba el accidente. Un saledizo de madera cedió bajo la presión de los que huían y su tejado de lona cayó sobre los puestos de mantequilla.

El joven agente tuvo el valor de precipitarse él solo por el callejón sin

salida.

Maigret, que conocía el lugar, acabó de vestirse sin apresurarse.

Pues ahora sería un milagro encontrar al hombre. La calleja, de dos metros de ancho, formaba dos recodos en ángulo recto. Veinte casas que daban al muelle y a la plaza tenían una salida al callejón. Y además, había cobertizos, los almacenes de una cordelería y artículos para barcos, un depósito de latas de conserva, todo un montón de construcciones irregulares, rincones y recodos, tejados fácilmente accesibles que hacían casi imposible una persecución.

Ahora, la multitud se mantenía a distancia. La mujer, a la que habían tirado, levantaba el puño roja de indignación, en todas direcciones, mientras que las lágrimas temblaban al rodar por su barbilla.

El fotógrafo salió del hotel, con un *trench coat* encima del pijama, y los pies descalzos.

* * *

Media hora más tarde, llegó el alcalde, y poco después el teniente, cuyos hombres empezaron a registrar las casas vecinas.

Al ver a Maigret sentado en el café en compañía del joven agente y ocupado en devorar unas tostadas, el primer magistrado de la ciudad tembló de indignación.

—Le previne, comisario, que le hacía responsable de... de... ¡Pero eso no parece importarle! Enviaré en seguida un telegrama al ministerio del Interior para ponerle al corriente de... de... y preguntarle... ¿Ha visto siquiera lo que pasa fuera? Las gentes huyen de sus casas. Un viejo impedido grita de terror porque está inmovilizado en un segundo piso. Creen ver por todas partes al bandido.

Maigret se volvió, vio a Ernest Michoux que, como un niño miedoso, permanecía lo más cerca posible de él sin mover un solo dedo.

—Se habrá dado usted cuenta de que ha sido la policía local, es decir, simples agentes de policía, los que le han detenido, mientras que...

—¿Sigue usted pensando que hay que detener a alguien?

—¿Qué quiere decir? ¿Pretende usted echarle la mano encima?

—Ayer, me pidió que detuviese a alguien, a cualquiera.

Los periodistas estaban fuera y ayudaban a los guardias en la captura. El café estaba casi vacío, en desorden, pues todavía no habían tenido tiempo de hacer la limpieza. Se agarraba a la garganta un áspero olor a tabaco frío. Al andar se pisaban las colillas, los escupitajos, el aserrín y los vasos rotos.

Sin embargo, el comisario sacó de su cartera una orden de arresto en blanco.

—Diga una sola palabra, señor alcalde, y...

—¡Tengo curiosidad por saber a quién detendría usted!

—¡Emma! Una pluma y tinta, por favor.

Fumaba a pequeñas bocanadas. Oyó al alcalde que gruñía con la esperanza de que le escuchasen:

—¡Un *bluff*!

Pero no se enfadó y escribió con una letra grande aplastada según su costumbre:

—... el nombrado Ernest Michoux, administrador de la Sociedad Inmobiliaria de *Sables-Blancs*...

* * *

Resultó más cómico que trágico. El alcalde leyó al revés. Maigret dijo:

—¡Ya está! Ya que se empeña, detengo al doctor.

Éste miró a los dos, esbozó una sonrisa pálida, como un hombre que no sabe qué contestar a una broma. Pero era a Emma a quien el comisario observaba. Emma, que avanzó hacia la caja y que de repente se volvió, menos pálida que de costumbre, sin poder evitar un estremecimiento de alegría.

—Supongo, comisario, que se da cuenta de la gravedad de...

—Es mi oficio, señor alcalde.

—Y eso es todo lo que se le ocurre hacer, después de lo que acaba de suceder, detener a uno de mis amigos, a un compañero, más bien, en fin, uno de los notables de Concarneau, un hombre que...

—¿Tiene usted una prisión confortable?

Durante todo este tiempo, Michoux parecía sólo preocupado por la

dificultad de tragar su saliva.

—Aparte del puesto de policía, en el Ayuntamiento, sólo hay la gendarmería.

El inspector Leroy acababa de entrar. Se le cortó la respiración cuando Maigret le dijo con la mayor naturalidad:

—¡Oye, amigo! ¿Tendrías la amabilidad de llevar al doctor a la gendarmería? ¡Discretamente! No hace falta que le pongas las esposas. Lo encarcelarás, cuidando de que no le falte de nada.

—¡Es una locura! —balbució el doctor—. No entiendo nada. Yo... ¡Es inaudito! ¡Es infame!

—¡Diablos! —gruñó Maigret.

Y volviéndose hacia el alcalde:

—No me opongo a que continúen buscando al vagabundo. Eso divierte al pueblo. Hasta puede ser útil. Pero no den demasiada importancia a su captura. Tranquiline a la gente.

—¿Sabe usted que cuando le agarraron esta mañana llevaba una navaja con seguro?

—Es muy posible.

Maigret empezaba a impacientarse. De pie, se puso su grueso abrigo con cuello de terciopelo y limpió con la manga su sombrero hongo.

—Hasta ahora, señor alcalde. Le tendré al corriente. Otro consejo: que no cuenten demasiadas historias a los periodistas. En el fondo, no merece la pena armar un jaleo. ¿Viene?

Aquellas últimas palabras se dirigían al joven sargento, que miró al alcalde con aire de decir:

—Excúseme. Pero estoy obligado a seguirle.

El inspector Leroy daba vueltas alrededor del doctor como hombre que está muy confuso ante un trabajo molesto.

Vieron a Maigret que al pasar dio unas palmaditas en la mejilla de Emma, después atravesó la plaza sin preocuparse de la curiosidad de la gente.

—¿Es por aquí?

—Sí. Hay que rodear el muelle. Tenemos para media hora.

Los pescadores estaban menos trastornados que el resto de los habitantes por el drama que se representaba en torno al café del *Almirante*, y unos diez

barcos, aprovechando la tranquilidad relativa, se dirigían hacia la salida del puerto.

El agente de policía lanzaba a Maigret unas miradas de colegial que se siente con ganas de complacer a su maestro.

—Sabe usted... el señor alcalde y el doctor jugaban juntos a las cartas por lo menos dos veces por semana. Esto ha debido ser para él un golpe.

—¿Qué cuentan las gentes de aquí?

—Depende de qué gente. Los obreros, los pescadores, no se preocupan demasiado. E incluso, casi están contentos de lo que ocurre. Porque el doctor, el señor Le Pommeret y el señor Servières no tenían muy buena reputación. Naturalmente, eran señores. No se atrevían a decirles nada. Lo que no quita que abusasen un poco cuando hacían abandonar el trabajo a todas las chicas de las fábricas. En verano, con sus amigos de París, aún era peor. Se pasaban el día bebiendo, haciendo ruido por las calles a las dos de la madrugada, como si el pueblo les perteneciese. Hemos tenido quejas a menudo. Sobre todo en lo que se refiere al señor Le Pommeret, que no podía ver unas faldas sin desbocarse. Resulta triste decirlo. Pero las fábricas no trabajan nada. Hay paro. Entonces, con dinero..., todas esas chicas...

—En ese caso, ¿quiénes están preocupados?

—¡Los otros! Los burgueses y los comerciantes que frecuentaban antes el grupo del café del *Almirante*. Era como el centro del pueblo, ¿sabe? Incluso el alcalde, que iba allí.

El agente estaba orgulloso por la atención que le prestaba Maigret.

—¿Dónde estamos?

—Acabamos de salir del pueblo. A partir de aquí la cosa está casi desierta. No hay más que rocas, bosques de abetos, algunos hoteles habitados durante el verano por gente de París. Es lo que llamamos La Punta del Cabélou.

—¿Qué le dio la idea de buscar por este lado?

—Cuando usted nos dijo, a mi colega y a mí, que buscásemos a un vagabundo que pudiera ser el propietario del perro canelo, primero buscamos por los viejos barcos, en la parte de atrás del puerto. De vez en cuando, se encuentra a algún vagabundo. El año pasado ardió una barca porque uno de éstos olvidó apagar el fuego que había encendido para calentarse.

—¿No encontraron nada?

—Nada. Fue mi colega el que se acordó del antiguo puesto de guardia del Cabélou. Ya llegamos. ¿Ve ese edificio cuadrado, con piedra de sillares en el último saliente de la roca? Data de la misma época que las fortalezas de la vieja ciudad. Venga por aquí. Tenga cuidado con la basura. Hace mucho tiempo, vivía aquí un guardián, un vigilante como aquel que dice, cuya misión era señalar el paso de los barcos. Se ve hasta muy lejos. Se domina el paso de Glénan, el único que da acceso a la rada. Pero hace quizá cincuenta años que no se usa.

Maigret cruzó un pasadizo cuya puerta había desaparecido, entró en una habitación con suelo de tierra. Estrechadas aspilleras daban al mar. Al otro lado, una sola ventana, sin cristales, ni largueros.

Y en las paredes de piedra, inscripciones hechas con la punta de un cuchillo. Por el suelo, papeles sucios, numerosos residuos.

—¡Pues bien! Durante más de quince años, un hombre ha vivido aquí, solo. Una especie de salvaje. Dormía en ese rincón, indiferente al frío, a la humedad, a las tempestades que lanzaban sus olas por las aspilleras. Era una cosa curiosa. Los parisinos venían a verle, en el verano, y le daban algunas monedas. Un vendedor de tarjetas postales tuvo la idea de fotografiarle y vender a la entrada sus fotografías. El hombre acabó por morir, durante la guerra. Nadie ha pensado en limpiar este sitio. Ayer se me ocurrió que si alguien quería esconderse, sería tal vez aquí.

Maigret subió por una estrecha escalera de piedra hecha del mismo grosor de la pared y llegó a una garita o más bien a una torre de granito abierta por los cuatro lados y que permitía admirar toda la región.

—Era el puesto de guardia. Antes de inventarse los faros, se encendía un fuego en la terraza. Pues bien, esta mañana, temprano, mi colega y yo vinimos. Andábamos de puntillas. Abajo, en el mismo sitio donde antes dormía el loco, vimos a un hombre que roncaba. ¡Un coloso! Se oía su respiración a quince metros. Y pudimos ponerle las esposas antes de que se despertase.

Habían vuelto a bajar a la habitación cuadrada que la corriente hacía glacial.

—¿Se defendió?

—¡Ni siquiera! Mi colega le pidió sus papeles y no contestó. No ha llegado usted a verle. Es más fuerte que los dos juntos. Hasta el punto que no solté la culata de mi revólver. ¡Y qué manos! ¿Las suyas son grandes, verdad? Pues bien, trate de imaginarse unas manos dos veces más grandes, con tatuajes.

—¿Vio lo que representaban?

—Sólo vi un ancla, en la mano izquierda, y las letras «S. S.» en ambos lados. Pero había dibujos complicados. ¿Quizá una serpiente? No tocamos nada de lo que había por el suelo ¡Mire!

Había de todo: botellas de vino de marca, licores caros, latas de conserva vacías y unas veinte latas intactas.

Había aún más: las cenizas de un fuego que habían encendido en medio de la habitación, y al lado, un hueso de cordero. Mendrugos de pan. Algunas raspas de pescado. Una concha de peregrino y unas pinzas de bogavante.

—¡Un verdadero banquete! —se extasió el joven agente que no debía de haber asistido nunca a un festín semejante—. Esto explica las quejas que nos han dado en estos últimos tiempos. No hemos hecho caso, porque no se trataba de asuntos importantes. Un pan de seis libras robado al panadero. Una cesta de pescadilla que desapareció de una barca de pesca. El gerente del almacén Prunier que decía que le robaban bogavantes durante la noche.

Maigret hacía un extraño cálculo mental, trataba de establecer en cuántos días podía haber devorado un hombre de buen apetito todo lo que había sido consumido allí.

—Una semana —murmuró—. Sí. Incluido el cordero.

De repente preguntó:

—¿Y el perro?

—¡Precisamente! No lo hemos encontrado. Hay muchas huellas de patas en el suelo, pero no hemos visto al animal. ¿Sabe?, el alcalde debe de estar en ese estado a causa del doctor. Me extrañaría que no telefonease a París, como dijo.

—¿El hombre iba armado?

—¡No! Fui yo quien registró sus bolsillos mientras mi colega Piedboeuf, que sujetaba las esposas, le apuntaba con la otra mano. En un bolsillo del pantalón, había unas castañas asadas. Cuatro o cinco. Debían proceder de la

carretilla que se pone el sábado y el domingo por la tarde delante del cine. Luego, unas cuantas monedas. Ni siquiera diez francos. Una navaja, pero no una navaja terrible. Una navaja de las que utilizan los marinos para cortar pan.

—¿No dijo nada?

—Ni una palabra. Hasta el punto que pensamos, mi colega y yo, que era un loco, como el anterior. Nos miraba como un oso. Tenía una barba de ocho días, dos dientes rotos en el centro de la boca.

—¿Su ropa?

—No podría decirle. Un traje viejo. Ni siquiera me acuerdo si debajo llevaba camisa o un jersey. Nos siguió dócilmente. Estábamos orgullosos de nuestra captura, hubiera podido escapar diez veces antes de llegar al pueblo. Tanto, que habíamos perdido la desconfianza cuando, de un tirón, rompió las cadenas de las esposas. Creí que me había arrancado la muñeca derecha. Aún tengo la señal. A propósito del doctor Michoux...

—¿Y bien?

—Sabe que su madre vendrá hoy o mañana. Es la viuda de un diputado. Se dice que tiene influencia. Y es muy amiga de la mujer del alcalde.

Maigret miró el océano gris a través de las aspilleras. Unos barquitos de vela se deslizaban entre la punta del Cabélou y un escollo que la resaca dejaba adivinar, viraban en redondo e iban a lanzar sus redes a menos de una milla.

—¿Cree realmente que ha sido el doctor quien...?

—¡Vamos! —dijo el comisario.

La marea estaba subiendo. Cuando salieron, el agua empezaba a bañar la plataforma. Un chiquillo, a cien metros de ellos, saltaba de roca en roca, en busca de unas cajas que había colocado en los huecos. El joven agente no se resignó a callarse.

—Lo más extraordinario es que hayan atacado al señor Mostaguen, que es la mejor persona de Concarneau. Hasta el extremo de que querían nombrarle consejero general. Parece ser que se ha salvado, pero aún no han podido extraer la bala. De modo que toda su vida llevará un trozo de plomo en el vientre. Cada vez que pienso que si no se le hubiese ocurrido encender el cigarro...

No rodearon por los muelles, sino que atravesaron una parte del puerto en la balsa que va y viene entre el Paso y la vieja ciudad.

A poca distancia del sitio donde, el día antes, unos jóvenes lanzaban piedras al perro canelo, Maigret vio un muro, una puerta monumental sobre la que había una bandera y unas palabras «*Gendarmería Nacional*».

Atravesó el patio de un inmueble que databa de la época de Colbert. En un despacho, el inspector Leroy discutía con un brigada.

—¿Y el doctor? —preguntó Maigret.

—¡Precisamente! El brigada no quería saber nada en lo que se refiere a traer la comida de fuera.

—¡Y si lo hace, es usted responsable! —dijo el brigada a Maigret—. Me hará falta un documento que me sirva de justificación.

El patio estaba tranquilo como el claustro de un convento. El agua de una fuente dejaba oír un adorable gluglú.

—¿Dónde está?

—Allí, a la derecha. Empuja usted la puerta. Luego es la segunda puerta del pasillo. ¿Quiere que vaya a abrísela? El alcalde ha telefoneado para recomendar que se tratase al prisionero con los mayores cuidados.

Maigret se rascó la barbilla. El inspector Leroy y el gendarme, que eran casi de la misma edad, le miraban con la misma curiosidad tímida.

Unos momentos después, el comisario entró solo en un calabozo de paredes blanqueadas con cal, que no era más triste que una habitación de cuartel.

Michoux, sentado delante de una mesita de madera blanca, se levantó al verle llegar, dudó un momento y mirando a otra parte, empezó a decir:

—Supongo, comisario, que el único motivo de representar esta comedia es el de evitar un nuevo drama, poniéndose a cubierto de...

Maigret se dio cuenta de que no le habían quitado ni los tirantes, ni el pañuelo, ni los cordones de sus zapatos, como estaba ordenado. Acercó una silla con la punta del pie, se sentó, llenó la pipa y gruñó:

—¡Diablos! Pero, siéntese, doctor.

Capítulo 6

Un cobarde

—¿Es usted supersticioso, comisario?

Maigret, montado a caballo en su silla, con los codos en el respaldo, esbozó una mueca que podía interpretarse de diversas formas. El doctor no se había sentado.

—Creo que en el fondo, todos lo somos, en un momento dado o, si se prefiere, en el momento en que nos apuntan.

Tosió en su pañuelo y lo miró con inquietud, luego prosiguió:

—Hace ocho días, le hubiese dicho que no creía en los oráculos. ¡Y sin embargo...! Hace ya por lo menos cinco años de esto. Estábamos algunos amigos cenando, en casa de una actriz de París. En el café, alguien propuso echar las cartas. ¡Pues bien!, ¿sabe lo que me anunció? ¡Puede imaginarse lo que me reí! Me estuve riendo tanto más que aquello contrastaba con la eterna canción: mujer rubia, señor mayor que la quiere bien, carta que viene de muy lejos, etc.

»A mí me dijeron:

»—Tendrá usted una muerte muy fea. Una muerte violenta. Desconfíe de los perros canelos.

Ernest Michoux no había mirado todavía al comisario y durante un momento fijó la vista en él. Maigret estaba plácido, incluso parecía enorme sentado en aquella sillita, una estatua de la placidez.

—¿No le extraña esto? Durante varios años, no he oído hablar de ningún

perro canelo. El viernes ocurre un drama. Uno de mis amigos es la víctima. Yo, del mismo modo que él, habría podido refugiarme en aquel portal y ser alcanzado por la bala. ¡Y de repente aparece un perro canelo!

»Otro amigo desaparece en circunstancias inauditas. ¡Y el perro canelo sigue rondando!

»Ayer, le toca el turno a Le Pommeret. ¡Otra vez el perro canelo! ¿Y quiere usted que no me sienta impresionado?

Nunca había hablado tanto de una vez y mientras hablaba recobraba consistencia. Como única muestra de entusiasmo, el comisario suspiró:

—Naturalmente. Naturalmente.

—¿No es brutal? Me doy cuenta de que he debido darle la impresión de un cobarde. ¡Pues bien, sí! He tenido miedo. Un miedo vago, que se me ha agarrado a la garganta desde el primer drama, y sobre todo en cuanto ha aparecido el perro canelo.

Daba vueltas de un lado a otro de la celda, con pasitos cortos, mirando al suelo. Su rostro se animó.

—He estado a punto de pedirle protección, pero temí que se riese de mí. Temía aún más su desprecio. Pues los hombres fuertes desprecian a los cobardes.

Su voz se hacía aguda.

—Y lo confieso, comisario, ¡soy un cobarde! Ya hace cuatro días que tengo miedo, cuatro días sufriendo por el miedo. ¡No es culpa mía! He estudiado bastante medicina para darme cuenta exacta de mi caso.

»Cuando nací, tuvieron que meterme en una incubadora. Durante mi infancia, he coleccionado todas las enfermedades infantiles.

»Y cuando estalló la guerra, unos médicos que examinaban a quinientos hombres por día me declararon apto para el servicio y me enviaron al frente. Ahora bien, no sólo tenía debilidad pulmonar con cicatrices de antiguas lesiones, sino que dos años antes me habían quitado un riñón.

»¡Tuve miedo! ¡Era para volverse loco! Unos enfermeros me relevaron cuando había sido enterrado en un agujero por la deflagración de un obús. Y por último se dieron cuenta de que no era ni mucho menos apto para el servicio de las armas.

»Tal vez lo que le cuento no sea bonito. Pero le he estado observando,

tengo la impresión de que tiene usted el suficiente criterio para comprender.

»Es fácil, el desprecio de los fuertes hacia los cobardes.

»Pero por lo menos debían preocuparse por averiguar las causas profundas de la cobardía.

»¡Mire! Yo comprendí que usted miraba sin simpatía a nuestro grupo del café del *Almirante*. Le han dicho que me ocupo de la venta de terrenos. Que soy hijo de un antiguo diputado, doctor en medicina. Y luego, esas tardes que transcurrían alrededor de una mesa de café, con otros fracasados.

»¿Pero qué hubiera podido hacer? Mis padres gastaban mucho dinero y, sin embargo, no eran ricos. Eso no es raro en París. He sido educado en el lujo. Los grandes balnearios. Luego, mi padre muere y mi madre empieza a intrigar, sin dejar de ser la gran señora que era antes, siempre tan orgullosa, pero acosada por los acreedores.

»¡La he ayudado! ¡Era de lo único que me sentía capaz! Esos terrenos. Nada prestigiosos. Y esta vida de aquí. ¡Notables! Pero con algo poco sólido.

»Hace tres días que usted me observa y que tengo ganas de hablarle con el corazón en la mano. He estado casado. Mi mujer pidió el divorcio porque quería un hombre animado por ambiciones más altas.

»Un riñón de menos. Tres o cuatro días a la semana, me arrastraba enfermo, cansado, desde la cama a un sillón.

Se sentó con cansancio.

—Emma ha debido decirle que he sido su amante. Tontamente, porque a veces se necesita una mujer. No se le cuentan estas cosas a todo el mundo.

»En el café del *Almirante*, quizá hubiese acabado por volverme loco. El perro canelo... Servières desaparecido... Las manchas de sangre en su coche... Y sobre todo, esa muerte innoble de Le Pommeret.

»¿Por qué él? ¿Por qué no yo? Estábamos juntos dos horas antes, en la misma mesa, delante de los mismos vasos. Y yo tenía el presentimiento de que si salía de la casa, me tocaría a mí. Luego sentí que el círculo se cerraba, que incluso el peligro me perseguía en el hotel, encerrado en mi habitación.

»Tuve un estremecimiento de alegría cuando le vi firmar mi orden de arresto. Y sin embargo...

Miró a las paredes de su alrededor, a la ventana con tres barrotes de hierro que daba al patio.

—Tendré que cambiar mi cama de sitio, tendré que empujarla a aquel rincón. ¿Cómo, sí, cómo han podido hablarme de un perro canelo hace cinco años cuando, sin duda, ese perro ni siquiera había nacido? ¡Tengo miedo, comisario! ¡Le confieso, le aseguro que tengo miedo! Poco me importa lo que piense la gente cuando se entere que estoy en la cárcel. Lo que no quiero es morir. Y alguien me espera, alguien a quien no conozco, que ha matado ya a Le Pommeret, que, sin duda, ha matado a Goyard, que ha disparado a Mostaguen. ¿Por qué? ¡Dígame! ¿Por qué? Probablemente un loco. ¡Y todavía no han podido cogerle! ¡Está en libertad! Tal vez está rondando a nuestro alrededor. Sabe que estoy aquí. Vendrá, con su horrible perro *que tiene una mirada de hombre*.

Maigret se levantó lentamente, golpeó la pipa contra su talón. El doctor repitió con una voz enternecedora:

—Sé que le parezco un cobarde. ¡Mire! Estoy seguro de que voy a sufrir esta noche como un condenado, a causa de mi riñón.

Maigret estaba allí plantado como la antítesis del prisionero, de la agitación, de la fiebre, de la enfermedad, la antítesis de ese miedo malsano y nauseabundo.

—¿Quiere que le mande un médico?

—¡No! Si supiese que tiene que venir alguien, tendría aún más miedo. Me esperaría que fuese *él* quien viniese, el hombre del perro, el loco, el asesino.

Un poco más y daría diente con diente.

—¿Cree usted que va a detenerle o a matarle como un animal rabioso? ¡Porque está rabioso! No se mata de esa manera, sin razón.

Otros tres minutos más y tendría un ataque de histeria. Maigret prefirió salir, mientras el detenido le seguía con la mirada, con la cabeza hundida en los hombros, y los párpados enrojecidos.

* * *

—¿Ha entendido bien, brigada? Que nadie entre en su celda, excepto usted: le llevará personalmente la comida y todo lo que pida. Por el contrario, no dejen por ahí nada que pueda utilizar como arma para matarse. Quítele los cordones de los zapatos, la corbata... Vigilen el patio noche y día. Y tengan

consideración con él. Mucha consideración.

—¡Un hombre tan distinguido! —suspiró el brigada—. ¿Cree usted que ha sido él quien...?

—¡Quien será la próxima víctima, sí! ¡Responde usted de su vida!

Y Maigret se fue a lo largo de la estrecha calle, chapoteando por los charcos. Todo el pueblo le conocía ya. Las cortinas se movían cuando pasaba. Los chiquillos dejaban de jugar para mirarle con un respeto lleno de temor.

Cruzaba el puente levadizo que une la vieja ciudad a la ciudad nueva cuando se encontró con el inspector Leroy que le buscaba.

—¿Algo nuevo? ¿No han agarrado al oso por lo menos?

—¿Qué oso?

—El hombre de los grandes pies.

—¡No! El alcalde ha dado orden de suspender las búsquedas que excitaban al pueblo. Ha dejado a algunos guardias de servicio en lugares estratégicos. Pero no es de eso de lo que quiero hablarle. Es a propósito del periodista Goyard, llamado Jean Servières. Un viajante de comercio que le conoce y que acaba de llegar afirma haberle encontrado ayer en Brest. Goyard fingió no verle y volvió la cabeza.

Al inspector le extrañaba la tranquilidad con que Maigret recibía esta noticia.

—El alcalde está convencido de que el viajante se equivoca. Hombres bajitos y gordos hay muchos. ¿Y sabe lo que le oí decir a su ayudante a media voz, tal vez con la esperanza de que yo lo oiría? Textualmente:

«¡Ya verá cómo el comisario sigue esta falsa pista, se marcha a Brest y nos deja aquí con el verdadero asesino!».

Maigret paseó en silencio. En la plaza, estaban quitando los puestos del mercado.

—Estuve a punto de contestarle que...

—¿Que qué?

Leroy se sonrojó, volvió la cabeza.

—No sé. Yo también tengo la impresión de que no da usted mucha importancia a la captura del vagabundo.

—¿Qué tal está Mostaguen?

—Mejor. No se explica la agresión de la que ha sido víctima. Ha pedido

perdón a su mujer. ¡Perdón por haberse quedado hasta tan tarde en el café!
¡Perdón por haberse emborrachado! Ha jurado llorando no volver a beber una gota de alcohol.

Maigret se había parado frente al puerto, a cincuenta metros del *Hotel del Almirante*. Volvían unos barcos, dejaban caer su vela oscura mientras rodeaban el rompeolas.

La bajamar descubría, al pie de las murallas de la vieja ciudad, bancos de cieno engastados de viejas cacerolas y otros restos.

Tras la bóveda uniforme de las nubes se adivinaba el sol.

—¿Qué piensa usted de todo esto, Leroy?

El inspector se sintió más confuso.

—No sé. Me parece que siuviésemos a ese hombre... Dese cuenta de que el perro ha vuelto a desaparecer. ¿Qué podía hacer en el hotel del doctor? Debía haber ido a buscar algún veneno. Yo deduzco...

—Sí, ¡naturalmente! Sólo que yo no deduzco nunca.

—De todas formas tengo curiosidad por ver al vagabundo de cerca. Las huellas prueban que es un coloso.

—¡Precisamente!

—¿Qué quiere decir?

—¡Nada!

Maigret no se movía, parecía entusiasmado contemplando el panorama del puertecito, la punta del Cabélou, a la izquierda, con su bosque de abetos y sus salientes rocosos, la baliza roja y negra, las boyas escarlatas que señalaban el paso hasta las islas Glénan que la niebla no dejaba ver.

El inspector tenía aún muchas cosas que decir.

—He telefoneado a París, para informarme sobre Goyard, que ha vivido allí mucho tiempo.

Maigret le miró con una afectuosa ironía y Leroy, molesto, dijo muy de prisa:

—Los informes son muy buenos o muy malos. Estuve hablando con un antiguo brigada de la Brigada Social, que le conoció personalmente. Parece ser que ha evolucionado mucho tiempo al lado del periodismo. Primero, portador de noticias. Luego, secretario general de un pequeño teatro. Más tarde, de director de un cabaret de Montmartre. Dos quiebras. Redactor jefe

durante dos años de un periódico de provincia, en Nevers, creo. Por último, dirige una sala de fiestas. *Uno que no se muere de hambre*. Son los términos que ha empleado el brigada. Es verdad que añadió: *Un buen sujeto; cuando se dio cuenta que en fin de cuentas no llegaría más que a comerse sus cuatro perras o crearse historias, ha preferido volver a la provincia*.

—¿Entonces?

—Entonces me pregunto por qué ha fingido esa agresión. Porque he vuelto a ver el coche. Hay manchas de sangre, verdaderas. Y si ha habido un ataque, ¿por qué no dar señales de vida, ya que ahora se pasea por Brest?

—¡Muy bien!

El inspector miró bruscamente a Maigret para saber si éste bromeaba. ¡Pero, no! El comisario estaba serio, con la mirada fija en una mancha de sol que aparecía a lo lejos, en el mar.

—En cuanto a Le Pommeret...

—¿Tiene informes?

—Su hermano ha venido al hotel para hablarle. No tenía tiempo de esperar. Me ha dicho lo peor que se pueda imaginar del muerto. Al menos, en su opinión es muy grave: un vago. Dos pasiones: las mujeres y la caza. Luego la manía de tener deudas y jugar al gran señor. Un detalle entre mil. El hermano, que es casi el mayor industrial del lugar, me ha declarado:

«Yo, me contento con vestirme en Brest. No es lujoso, pero es sólido, confortable. Pero Yves iba a París a encargarse de sus trajes. Y necesitaba zapatos con la firma de un gran zapatero. Ni siquiera mi mujer lleva zapatos a la medida».

—¡De risa! —dijo Maigret con gran asombro, si no indignación, de su compañero.

—¿Por qué?

—¡Magnífico, si prefiere! Según su expresión de hace un momento es una bonita zambullida en la vida provincial lo que estamos haciendo. ¡Saber si Le Pommeret llevaba zapatos hechos a medida o no! Esto no parece nada. Pues bien, me creerá si quiere, pero es el centro del drama. ¡Vamos a tomar el aperitivo, Leroy! Como lo tomaba esta gente todos los días, ¡en el café del *Almirante*!

El inspector observó una vez más a su jefe preguntándose si no estaba

cometiendo alguna locura. Había esperado felicitaciones por sus iniciativas.
Y Maigret tenía aspecto de tomárselo todo a broma.

* * *

Hubo el mismo alboroto que cuando el profesor entra en una clase donde los alumnos están hablando. Las conversaciones pararon. Los periodistas se precipitaron hacia el comisario.

—¿Se puede publicar la detención del doctor? ¿Ha confesado?

—¡En absoluto!

Maigret les apartó con un gesto y dijo a Emma:

—Dos *pernods*, pequeña.

—Pero, si ha detenido usted al doctor Michoux.

—¿Quieren saber la verdad?

Tenían ya el cuaderno en la mano. Esperaban con la pluma preparada.

—Pues bien, todavía no hay ninguna verdad. Tal vez haya una algún día.

Tal vez no.

—Se dice que Jean Goyard...

—¡Está vivo! ¡Mejor para él!

—Lo que no quita que haya un hombre que se esconde, al que se persigue en vano.

—¡Lo que demuestra la inferioridad del cazador ante la pieza!

Y Maigret, reteniendo a Emma por la manga, dijo suavemente:

—Harás que me sirvan la comida en mi habitación.

Bebió su aperitivo de un trago y se levantó.

—¡Un buen consejo, señores! ¡No saquen conclusiones prematuras! ¡Y sobre todo, no hagan deducciones!

—¿Pero el culpable...?

Se encogió de hombros y dijo:

—¿Quién sabe?

Se encontraba ya al pie de la escalera. El inspector Leroy le lanzó una mirada interrogante.

—No, amigo mío. Quédese a comer aquí. Necesito descansar.

Le oyeron subir la escalera con pasos pesados. Diez minutos después,

Emma subió a su vez con una bandeja llena de entremeses.

Luego la vieron llevar una concha de peregrino, un asado de ternera y espinacas.

En el comedor, las conversaciones tocaban a su fin. Llamaron por teléfono a uno de los periodistas y declaró:

—¡Sí, hacia las cuatro! ¡Espero darle un artículo sensacional! ¡Todavía no! Hay que esperar.

Solo en una mesa, Leroy comía con modales de niño bien educado, limpiándose a cada momento la boca con la punta de su servilleta.

La gente del mercado observaba la fachada del café del *Almirante*, esperando confusamente que algo pasaría.

Un guardia estaba apoyado en la esquina de la callejuela por donde había desaparecido el vagabundo.

—¡El señor alcalde llama por teléfono al comisario Maigret!

Leroy se agitó, ordenó a Emma:

—Suba a avisarle.

Pero la chica de recepción volvió diciendo:

—¡Ya no está allí!

El inspector subió la escalera de cuatro en cuatro, se puso muy pálido, cogió el aparato.

—¡Oiga! Sí, señor alcalde. No sé... Yo... Estoy muy preocupado. El comisario ya no está aquí. ¡Oiga! ¡No! No puedo decirle nada. Ha comido en su habitación. No le he visto bajar. Yo... le telefonearé dentro de un momento.

Y Leroy, que no había soltado su servilleta, la utilizó para limpiarse la sudorosa frente.

Capítulo 7

La pareja de la vela

El inspector no subió a la habitación hasta media hora después. Encima de la mesa encontró una nota que decía:

Suba esta noche hacia las once encima del tejado. Me encontrará allí. No haga ruido. Vaya armado. Diga que me he marchado a Brest desde donde le he telefoneado. No salga del hotel.

MAIGRET.

Un poco antes de las once, Leroy se quitó los zapatos y se puso unas zapatillas de fieltro que se había comprado por la tarde con vistas a la expedición que no dejaba de impresionarle.

Después del segundo piso ya no había escalones, sino una escalera de mano fija, que iba a dar a una trampa que había en el techo. Más arriba había un desván helado a causa de la corriente de aire, donde el inspector se arriesgó a encender una cerilla.

Unos momentos después, saltó por el tragaluz, pero no se atrevió a bajar inmediatamente por la cornisa. Todo estaba frío. Al contacto de las placas de cinc, los dedos se quedaban helados. Y Leroy no había querido ponerse un abrigo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad le pareció distinguir una

masa oscura, gruesa, como un animal enorme al acecho. Su nariz reconoció las bocanadas de la pipa. Silbó ligeramente.

Un momento después se encontraba subido en la cornisa, al lado de Maigret. No se veían ni el mar ni el pueblo. Se encontraban en el lado del tejado opuesto al muelle, al borde de la zanja negra que no era otra cosa que la famosa calleja por donde el vagabundo de grandes pies se había escapado.

Todos los planos eran irregulares. Había tejados muy bajos y otros a la altura de los dos hombres. A un lado y a otro, algunas ventanas estaban iluminadas. Otras tenían cortinas tras las cuales parecían representarse un espectáculo de sombras chinescas. En una habitación, bastante lejos, una mujer lavaba a un niño pequeño en una palangana esmaltada.

La masa del comisario se movió, trepó más bien hasta que su boca se pegó al oído de su compañero.

—¡Atención! No haga movimientos bruscos. La cornisa no es sólida y tenemos debajo una tubería que haría un ruido tremendo. ¿Y los periodistas?

—Están abajo, excepto uno que ha ido a buscarle a Brest, convencido de que le sigue la pista a Goyard.

—¿Emma?

—No sé. No me he preocupado de ella. Fue ella quien me sirvió el café después de cenar.

Uno se sentía desorientado al encontrarse de aquel modo sin saberlo nadie, encima de una casa llena de vida, gentes que caminaban en el calor, en la luz, sin tener necesidad de hablar bajo.

—Bueno. Vuélvase despacio hacia la casa en venta. ¡Despacio!

Era la segunda casa a la derecha, una de las pocas que se igualaba en altura al hotel. Se encontraba en completa oscuridad y, sin embargo, el inspector tuvo la impresión de que un resplandor se reflejaba en una ventana sin cortina del segundo piso.

Poco a poco, se dio cuenta de que no se trataba de un reflejo procedente de fuera, sino de una débil luz interior. A medida que miraba el mismo punto, aparecían nuevas cosas.

Un suelo encerado. Una vela a medio quemar estaba muy derecha, rodeada de un halo.

—Ahí está —dijo de repente, levantando la voz a pesar suyo.

—¡Chisss! Sí.

Alguien estaba acostado en el suelo, con la mitad de su cuerpo en la parte iluminada por la luz de la vela, y la otra mitad sumida en la penumbra. Se veía un zapato enorme, un torso ancho con un jersey de marino.

Leroy sabía que había un guardia en el extremo de la calleja, otro en la plaza, y otro más que montaba la guardia en el muelle.

—¿Quiere detenerle?

—No sé. Hace tres horas que duerme.

—¿Está armado?

—Esta mañana no lo estaba.

Apenas se adivinaban las sílabas pronunciadas. Era un murmullo indistinto, mezclado al soplo de las respiraciones.

—¿A qué esperamos?

—Lo ignoro. Me gustaría saber por qué, cuando es perseguido y duerme, ha encendido la lámpara. ¡Cuidado!

En una pared acababa de aparecer un cuadro amarillo.

—Han encendido la luz en la habitación de Emma, debajo de nosotros. Es el reflejo.

—¿No ha cenado, comisario?

—He traído pan y salchichón. ¿No tiene frío?

Estaban los dos helados. En el cielo, veían pasar el rayo luminoso del faro a intervalos regulares.

—Ha apagado.

—Sí. ¡Chiss!

Hubo cinco minutos de silencio, de triste espera. Luego la mano de Leroy buscó la de Maigret, y la apretó de una manera significativa.

—Abajo.

—Lo he visto.

Una sombra, en la pared blanqueada con cal que separaba el jardín de la casa vacía y la calleja.

—Va a reunirse con él —cuchicheó Leroy, que no podía resignarse al silencio.

Arriba, el hombre seguía durmiendo, al lado de la lámpara. Se oyó un ruido en el jardín. Un gato huyó por el desagüe.

—¿No tiene un mechero con mecha de yesca?

Maigret no se atrevía a volver a encender su pipa. Dudó mucho tiempo. Acabó por hacerse una pantalla con la chaqueta de su compañero y encendió con fuerza una cerilla mientras que el inspector sintió de nuevo el olor caliente del tabaco.

—¡Mire!

No dijeron nada más. El hombre se levantó con un movimiento tan repentino que estuvo a punto de tirar la vela. Retrocedió hacia la oscuridad, mientras la puerta se abría. Emma apareció en la luz, dudosa, tan triste que daba la impresión de un culpable.

Llevaba algo bajo del brazo: una botella y un paquete que depositó en el suelo. Una parte del papel se rompió y dejó al descubierto un pollo asado.

La mujer hablaba. Sus labios se movían. Sólo decía unas palabras, humildemente, tristemente. Pero su compañero no estaba a la vista de los policías.

¿Acaso lloraba? Llevaba su vestido negro de chica de recepción y la cofia bretona. Sólo se había quitado el delantal blanco y eso le daba un aspecto más contrahecho que de costumbre.

¡Sí! Debía llorar mientras hablaba, pronunciando palabras espaciadas. Y la prueba es que de repente se apoyaba en la chambrana de la puerta, y escondía el rostro en su brazo doblado. Su espalda se movía con un ritmo irregular.

Al surgir el hombre, ennegreció casi todo el rectángulo de la ventana, y dejó de nuevo al descubierto la perspectiva avanzando hacia el fondo de la habitación. Su enorme mano se apoyó en el hombro de la joven, y le dio tal sacudida que Emma dio una vuelta completa, estuvo a punto de caerse, mostró una cara pálida y los párpados hinchados por el llanto.

Pero era tan impreciso, tan turbio como un film proyectado cuando las lámparas de la sala estaban encendidas. Y faltaba otra cosa: los ruidos, las voces...

Era como el cine: cine mudo.

Y sin embargo, quien hablaba era el hombre. Debía hablar alto. Era un oso. Con la cabeza hundida en los hombros, con el jersey ajustado al torso marcando los músculos pectorales, su cabello cortado al cepillo como el de

un presidiario, con los puños en las caderas, gritaba reproches, o injurias, o quizá amenazas.

Debía estar a punto de pegarla. Hasta tal punto que Leroy trató de tocar a Maigret como para tranquilizarse.

Emma seguía llorando. Ahora su cofia estaba torcida. Su moño iba a deshacerse. Una ventana se cerró en alguna parte y les distrajo durante un segundo.

—Comisario... ¿Cree que?...

El olor a tabaco envolvía a los dos hombres y les daba una ilusión de calor.

¿Por qué Emma juntaba las manos? Hablaba de nuevo. Su rostro estaba deformado por una turbia expresión de terror, de ruego, de dolor, y el inspector Leroy oyó a Maigret que cargaba su revólver.

Entre los dos grupos sólo había de quince a veinte metros. Un chasquido seco, un cristal que saltaría en pedazos y el coloso no volvería a molestar.

Ahora daba vueltas de un lado para otro, con las manos a la espalda, parecía más bajo, más ancho. Su pie tropezó con el pollo. Estuvo a punto de resbalar y con rabia le dio una patada que le hizo rodar hasta la oscuridad.

Emma miró hacia ese lado.

¿Qué podían estarse diciendo? ¿Cuál podía ser el motivo de aquel patético diálogo?

¡Pues el hombre parecía repetir las mismas palabras! ¿Pero no las repetía con más blandura?

Emma cayó de rodillas, se lanzó más bien, a su paso y tendió los brazos hacia él. El hombre fingió no verla, la evitó, y ella ya no estaba de rodillas, sino casi tumbada, implorando con un brazo levantado.

Tan pronto se veía al hombre ya que lo absorbía la oscuridad. Cuando volvió, se irguió ante la chica que le suplicaba y la miró de arriba a abajo.

Empezó de nuevo a dar vueltas, se acercó, se volvió a alejar, y entonces a ella le faltó la fuerza para extender el brazo hacia él, y suplicarle. Se dejó caer completamente en el suelo. La botella de vino estaba a menos de veinte centímetros de su mano.

Fue inesperado. El vagabundo se inclinó, más bien bajo una de sus pesadas piernas, cogió el vestido por el hombro y con un solo movimiento,

puso a Emma de pie. Todo esto tan bruscamente que la hizo vacilar cuando dejó de sujetarla.

Y sin embargo, ¿no traicionaba su rostro descompuesto alguna esperanza? El moño se había deshecho. El gorro blanco estaba por el suelo.

El hombre paseaba. Evitó por dos veces el contacto con su compañera.

La tercera vez, la cogió en sus brazos, la estrechó contra su cuerpo, le echó la cabeza hacia atrás y la besó apasionadamente.

Sólo se veía la espalda de él, una espalda inhumana, con una mano de mujer crispada en su hombro.

Con sus gruesos dedos, la bestia sentía el deseo sin apartar sus labios, de acariciar el cabello que colgaba, de acariciarlo como si hubiese querido aniquilar a su compañera, aplastarla mejor, incorporarse a ella.

—¡Caramba! —dijo la voz temblorosa del inspector.

Y Maigret estaba tan conmovido que, al darse cuenta, estuvo a punto de soltar la carcajada.

* * *

¿Llevaba allí Emma un cuarto de hora? Dejaron de abrazarse. La vela sólo podría durar unos cinco minutos. Y había en la atmósfera un descanso casi visible.

¿No reía la chica de la recepción? Debía haber encontrado en algún sitio un trozo de espejo. En plena luz se la veía arreglar su largo cabello, sujetarlo con una horquilla, buscar por el suelo otra horquilla que había perdido, y ponerla entre sus dientes mientras se colocaba el gorro.

Estaba casi guapa. ¡Estaba guapa! Todo era conmovedor, hasta su falda negra, sus párpados rojos. El hombre había recogido el pollo. Y sin perderlo de vista, lo mordía con apetito, hacía crujir los huesos, arrancaba tiras de carne.

Buscó una navaja en su bolsillo, no la encontró, rompió el cuello de la botella golpeándolo contra su tacón. Bebió. Quiso hacer beber a Emma, que quiso rechazarlo, riendo. ¿Le daba tal vez miedo el cristal roto? Pero la obligó a abrir la boca, y suavemente echó el líquido.

Ella se atragantó, tosió. Entonces él la cogió por los hombros, la volvió a

abrazar, pero esta vez no la besó. La abrazaba alegremente, la besó en las mejillas, en los ojos, en la frente y hasta en su gorro de encaje.

Ella estaba preparada. El hombre pegó la cara a la ventana una vez más, llenando nuevamente el rectángulo luminoso. Cuando se volvió, fue para apagar la vela.

El inspector Leroy estaba crispado.

—Se van juntos.

—Sí.

—Les van a coger.

El grosellero del jardín tembló. Luego una sombra apareció colgada de lo alto del muro. Emma se encontró en el callejón y esperó a su amante.

—Vas a seguirles de lejos. ¡Sobre todo, que no te aperciban en ningún momento! Me darás noticias en cuanto puedas.

Del mismo modo que el vagabundo lo había hecho con su compañera, Maigret ayudó al inspector a alzarse por encima de las pizarras hasta el tragaluz. Luego se inclinó para mirar al callejón, donde sólo se veían las cabezas de las dos personas.

Dudaron. Cuchicheaban. Fue la chica la que arrastró al hombre hacia una especie de cochera por donde desaparecieron; la puerta estaba sólo cerrada con un pestillo.

Era la cochera de la cordelería. Comunicaba con el almacén, en donde a aquella hora no había nadie. Forzarían una cerradura y la pareja llegaría al muelle.

Pero Leroy estaría allí antes que ellos.

* * *

En cuanto bajó la escalera del desván, el comisario comprendió que ocurría algo anormal. Oyó un rumor en el hotel. Abajo, el teléfono funcionaba en medio de los gritos.

Incluida la voz de Leroy, que debía de estar al aparato, pues elevaba el tono considerablemente.

Maigret bajó corriendo la otra escalera, llegó a la planta baja, donde chocó violentamente con un periodista.

—¿Qué pasa?

—Hace un cuarto de hora. Un nuevo crimen. En el pueblo. Han llevado al herido a la farmacia.

Primero, el comisario se precipitó al muelle, vio a un guardia que corría empuñando su revólver. Rara vez el cielo había estado tan negro. Maigret alcanzó al hombre.

—¿Qué pasa?

—Una pareja que acaba de salir del almacén. Yo estaba montando guardia enfrente. El hombre casi cayó en mis brazos. Ya no vale la pena correr. ¡Deben estar lejos!

—¡Explique!

—Oí ruido en la tienda, donde no había luz. Esperé con el arma en la mano. La puerta se abrió. Salió un tipo. Pero no tuve tiempo de apuntarle. Me dio tal puñetazo que me hizo rodar por el suelo. Solté mi revólver. Lo único que me dio miedo, fue que lo cogiese. ¡Pero no! Fue a buscar a una mujer que esperaba en el umbral. Ella no podía correr. La cogió en brazos. El tiempo que tardé en levantarme, comisario. Semejante puñetazo. ¡Mire! Estoy sangrando. Han bordeado el muelle. Han debido dar la vuelta. Aquello es un dédalo de callejuelas, y luego el campo.

El guardia se tapaba la nariz con el pañuelo.

—¡Hubiese podido matarme! Su puño es un martillo.

Del lado del hotel, cuyas ventanas estaban iluminadas, seguían oyéndose gritos. Maigret dejó al guardia, dobló la esquina y vio la farmacia con las contraventanas cerradas, pero cuya puerta abierta dejaba salir una ola de luz.

Unas veinte personas se agolpaban delante de la puerta. El comisario los apartó con los codos.

En la oficina, un hombre echado en el suelo lanzaba gemidos rítmicos mirando fijamente el techo.

La mujer del farmacéutico en camisón, hacía más ruido ella sola que todo el mundo reunido.

Y el propio farmacéutico, que se había puesto una chaqueta encima del pijama, se alocaba, movía frascos, abría grandes paquetes de algodón hidrófilo.

—¿Quién es? —preguntó Maigret, dirigiéndose al farmacéutico.

No esperó la respuesta, pues había reconocido el uniforme de carabinero, con una pierna del pantalón manchada. Y ahora también reconocía el rostro.

Era el carabinero que el viernes anterior estaba de guardia en el puerto y había asistido de lejos al drama del que Mostaguen había sido víctima.

Llegó un doctor, miró al herido y luego Maigret dijo:

—¿Qué pasa ahora?

Algo de sangre manchaba el suelo. El farmacéutico había lavado la pierna del carabinero con agua oxigenada que formaba tiras de espuma rosa.

Fuera, un hombre contaba, tal vez por décima vez, con voz jadeante:

—Estaba acostado con mi mujer, cuando oí un ruido que parecía un disparo, luego un grito. Después, quizá durante cinco minutos, nada más. No me atreví a volverme a dormir. Mi mujer quería que fuese a ver. Entonces oímos gemidos que parecían proceder de la acera, al lado de nuestra puerta. La abrí. Estaba armado. Vi una forma oscura. Reconocí el uniforme. Me puse a gritar, para despertar a los vecinos, y el frutero que tiene un coche me ayudó a transportar al herido.

—¿A qué hora sonó el disparo?

—Hace una media hora justa.

Es decir, en el momento más conmovedor de la escena entre Emma y el hombre de las huellas.

—¿Dónde vive usted?

—Soy fabricante de velas. Ha pasado usted diez veces por delante de mi casa. A la derecha del puerto. Más allá del mercado de pescado. Mi casa hace esquina al muelle y a una callecita. Después, las construcciones son más espaciadas y sólo hay hoteles.

Cuatro hombres transportaban al herido a una habitación del fondo, donde le extendieron en un diván. El doctor daba órdenes. Fuera se oía la voz del alcalde que preguntaba:

—¿Está aquí el comisario?

Maigret fue a su encuentro, con las manos en los bolsillos.

—Confesará usted, comisario, que...

Pero la mirada de su interlocutor era tan fría que el alcalde perdió inmediatamente la firmeza.

—¿Ha sido nuestro hombre el que ha hecho el golpe, verdad?

—¡No!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo sé porque en el momento en que se cometió el crimen, le estaba viendo casi tan bien como lo estoy viendo a usted ahora.

—¿Y no le ha detenido?

—¡No!

—Me han hablado también de un guardia atacado.

—Es exacto.

—¿Se da usted cuenta de las repercusiones que pueden traer semejantes dramas? ¡En fin! Desde que está usted aquí...

Maigret descolgó el aparato del teléfono.

—Póngame con la gendarmería, señorita. Sí. Gracias. ¡Oiga! ¿La gendarmería? ¿Es usted el brigada? ¡Oiga! Aquí, el comisario Maigret. ¿El doctor Michoux sigue allí, naturalmente? ¿Cómo dice? Sí, vaya de todas formas a asegurarse. ¿Cómo? ¿Hay un hombre de guardia en el patio? Muy bien. Espero.

—¿Cree que ha sido el doctor quien...?

—¡Nada! Yo nunca creo nada, señor alcalde. ¡Oiga! Sí. ¿No se ha movido? Gracias. ¿Dice que está durmiendo? Muy Bien. ¡Oiga! ¡No! Nada especial.

De la habitación del fondo llegaban gemidos y una voz no tardó en llamar:

—Comisario...

Era el médico, que se estaba limpiando las manos aún jabonosas con una toalla.

—Puede interrogarle. La bala sólo ha rozado la pantorrilla. Ha sido más el miedo que el daño. Hay que decir también que la hemorragia ha sido muy fuerte.

El carabinero tenía los ojos llenos de lágrimas. Se sonrojó cuando el doctor prosiguió:

—Todo su terror viene de que ha creído que habría que cortarle la pierna. ¡Y dentro de ocho días se iba a jubilar!

El alcalde estaba de pie en el umbral de la puerta.

—¡Cuénteme cómo ocurrió! —dijo suavemente Maigret, sentándose a la

orilla del diván—. No tema nada. Ya ha oído lo que ha dicho el doctor.

—No sé.

—¿Y qué más?

—Hoy, acababa mi guardia a las diez. Vivo un poco más allá del sitio donde he sido herido.

—¿No volvió entonces directamente a su casa?

—¡No! Vi que aún había luz en el café del *Almirante*. Me entraron ganas de saber cómo estaban las cosas. ¡Le juro que me arde la pierna!

—¡Pero, no! ¡No! —afirmó el médico.

—Puesto que le digo que... ¡En fin! ¡Por el momento no es nada! Bebí una cerveza en el café. Sólo había periodistas y ni siquiera me atreví a preguntarles.

—¿Quién le sirvió?

—Una doncella, creo. No vi a Emma.

—¿Y luego?

—Quise volver a mi casa. Pasé por delante del cuerpo de guardia donde encendí mi cigarrillo con la pipa de mi colega. Seguí andando por el muelle. Torcí a la derecha. No había nadie. El mar estaba bastante bonito. De repente, cuando apenas había pasado la esquina de una calle, sentí un dolor en la pierna, incluso antes de oír el ruido de una detonación. Era como si hubiese recibido el golpe de un adoquín en plena pantorrilla. Caí. Quise levantarme. Alguien corría. Mi mano tocó un líquido caliente, pegajoso, y no sé cómo ocurrió pero me desmayé. Creí que me moría.

»Cuando volví a recobrar el conocimiento, el frutero de la esquina abría la puerta y no se atrevía a avanzar.

»Eso es todo lo que sé.

—¿No vio a la persona que disparó?

—No he visto nada. Eso no ocurre como se cree. Justo el tiempo para caer. Y sobre todo, cuando retiré mi mano llena de sangre.

—¿No tiene usted ningún enemigo?

—¡Qué va! Hace sólo dos años que estoy aquí. He nacido en el interior de la región. Y nunca he tenido la ocasión de ver contrabandistas.

—¿Vuelve siempre por ese camino a su casa?

—¡No! Es el más largo. Pero no tenía cerillas y fui al cuerpo de guardia

precisamente para encender el cigarrillo. Entonces, en vez de tirar por el pueblo, bordeé el muelle.

—¿Es más corto el camino por el pueblo?

—Un poco.

—Así es que si alguien le vio salir del café y tirar hacia el muelle, ¿habría tenido tiempo de ir a esconderse?

—Seguramente. ¿Pero, por qué? Nunca llevo dinero encima. No han intentado robarme.

—¿Está usted seguro, comisario, que no ha dejado de ver al vagabundo durante toda la noche?

Se notaba un dejo de maliciosa ironía en la voz del alcalde.

Leroy entró, con un papel en la mano.

—Un telegrama, que acaba de recibirse por teléfono en el hotel. Es de París.

Y Maigret leyó:

«Dirección General de Seguridad a comisario Maigret, Concarneau.

»Jean Goyard, llamado Servières, del que habían mandado las señas personales, detenido este lunes a las ocho de la noche en el hotel Bellevue, calle Lepic, en París, en el momento en que se instalaba en la habitación 15. Ha confesado haber llegado de Brest en el tren de las seis. Protesta inocente y pide ser interrogado en presencia de un abogado. Esperamos instrucciones».

Capítulo 8

¡Ni uno más!

—¿No cree tal vez, comisario, que ha llegado la hora de que tengamos una conversación en serio?

El alcalde había pronunciado aquellas palabras con una consideración helada y el inspector Leroy aún no conocía lo suficiente a Maigret para juzgar sus emociones según la manera de echar el humo de su pipa. De los labios entreabiertos del comisario salió un fino hilillo gris, lentamente, mientras que sus párpados latieron dos o tres veces. Luego Maigret sacó su cuadernito del bolsillo, miró a su alrededor al farmacéutico, al doctor, a los curiosos.

—A sus órdenes, señor alcalde.

—Si quiere venir a tomar una taza de té a mi casa... —se apresuró a interrumpir el alcalde—. Tengo el coche a la puerta. Esperaré a que haya dado las órdenes necesarias.

—¿Qué órdenes?

—Pues... el asesino... el vagabundo... esa chica...

—¡Ah! ¡Sí! Pues bien, si la gendarmería no tiene otra cosa que hacer, que vigile las estaciones de los alrededores.

Tenía su aire más ingenuo.

—En cuanto a usted, Leroy, telegráfíe a París para que nos manden a Goyard y vaya a acostarse.

Tomó asiento en el coche del alcalde, que conducía un chófer con uniforme negro. Un poco antes de llegar a *Sables-Blancs*, vieron el hotel

construido en el mismo acantilado, lo que le daba aspecto de castillo feudal. Las ventanas estaban iluminadas.

Durante el camino, los dos hombres no habían cruzado ni dos frases.

—Permita que le muestre el camino.

El alcalde dejó su pelliza en manos de un mayordomo.

—¿La señora está acostada?

—Espera al señor alcalde en la biblioteca.

En efecto, allí la encontraron. Aunque tendría unos cuarenta años, parecía muy joven al lado de su marido, que tenía sesenta y cinco. Dirigió un saludo con la cabeza al comisario.

—¿Y bien?

Muy hombre de mundo, el alcalde le besó galantemente la mano y la retuvo en la suya mientras decía:

—¡Tranquilízate! Un carabinero ligeramente herido. Y espero que después de la conversación que vamos a tener, el comisario Maigret y yo, acabaré de una vez esta inadmisibles pesadilla.

La mujer salió, entre el ruido de la seda de su vestido. Una puerta de terciopelo azul volvió a cerrarse. La biblioteca era amplia, con las paredes con paneles de madera, el techo de falsas vigas, como en las mansiones inglesas.

Se veían unas encuadernaciones bastante ricas, pero las más lujosas debían de encontrarse en una biblioteca cerrada que ocupaba todo un lado de la pared.

El conjunto era de verdadera suntuosidad, sin falta de gusto, el confort perfecto. Aunque había calefacción central, unos leños ardían en una monumental chimenea.

Ninguna relación con el falso lujo del hotel del doctor. El alcalde eligió entre unas cajas de puros, ofreció uno a Maigret.

—¡Gracias! Si me permite, fumaré mi pipa.

—Siéntese, se lo ruego. ¿Tomará *whisky*?

Llamó a un timbre, encendió un puro. El mayordomo vino a servirles. Y Maigret, tal vez con intención, tenía el aspecto torpe de un pequeño burgués que es recibido en una mansión aristocrática. Sus rasgos parecían más rudos, su mirada turbia.

Su anfitrión esperó a que saliese el criado.

—Tiene que comprender, comisario, que no es posible que continúe esta serie de crímenes. Veamos. Lleva usted aquí cinco días. Y, desde hace cinco días...

Maigret sacó de su bolsillo el cuaderno con cubiertas de hule.

—¿Me permite? —interrumpió—. Habla usted de una serie de crímenes. Ahora bien, le hago notar que todas las víctimas están vivas, excepto una. Un solo muerto: el señor Le Pommeret. En cuanto al carabinero, reconocerá usted que, si alguien hubiese querido atentar contra su vida, no le habría dado en la pierna. Ya conoce el sitio donde ha sido hecho el disparo. El agresor permanecía invisible. Ha podido tomarse todo el tiempo que quisiese. A menos que hubiese cogido un revólver.

El alcalde le miró con sorpresa, y dijo mientras cogía su vaso:

—¿Así es que usted pretende...?

—Que han querido herirle en la pierna. Al menos hasta que se pruebe lo contrario.

—¿Han querido también herir en la pierna al señor Mostaguen?

Surgió la ironía. La nariz del viejo se estremeció. Quería ser educado, permanecer tranquilo, porque estaba en su casa. Pero su voz tenía un tono insolente.

Maigret, con aspecto de un buen funcionario que da cuentas a un superior, prosiguió:

—Si prefiere, vamos a ir viendo mis notas una a una. Leo en la fecha del viernes, 7 de noviembre: *Una bala es disparada por el buzón de una casa deshabitada en la dirección del señor Mostaguen*. Primero, podrá darse cuenta que nadie, ni siquiera la víctima, podía saber que en un momento dado al señor Mostaguen se le ocurriría refugiarse en un portal para encender su cigarrillo. ¡Si hubiese hecho menos viento, no habría habido crimen! Ahora bien, sin embargo, había un hombre armado con un revólver detrás de la puerta. O bien era un loco, o bien esperaba a *alguien que tenía que llegar*. Ahora, recuerde la hora. Las once de la noche. Todo el pueblo duerme, excepto el pequeño grupo del café del *Almirante*.

»No he concluido. Veamos los culpables posibles. El señor Le Pommeret, Jean Servières y Emma están descartadas, ya que se encontraban en el café.

»Quedan el doctor Michoux, que había salido un cuarto de hora antes, y el vagabundo de las huellas enormes. Más un desconocido al que llamamos X. ¿Estamos de acuerdo?

»Hay que añadir al margen que el señor Mostaguen no ha muerto y que dentro de quince días estará de pie.

»Pasemos al segundo drama. *Al día siguiente, sábado, estoy en el café con el inspector Leroy. Vamos a tomar el aperitivo con el señor Michoux, Le Pommeret y Jean Servières, cuando el doctor sospecha algo al mirar su vaso. El análisis prueba que la botella de pernod está envenenada.*

»Posibles culpables: señor Michoux, Le Pommeret, Servières, Emma, la chica de la recepción, el vagabundo —que ha podido, durante el día, entrar en el café sin ser visto— y por último nuestro desconocido al que damos el nombre de X.

»Continuemos. *El domingo por la mañana, Jean Servières ha desaparecido. Se encuentra su coche manchado de sangre, no lejos de su casa. Antes incluso de este descubrimiento El Faro de Brest recibió una información de los acontecimientos, hecha para sembrar el pánico en Concarneau.*

»Ahora bien, primero ven a Servières en Brest, luego en París, donde parece esconderse y donde se encuentra naturalmente a gusto.

»Un único culpable posible: el propio Servières.

»El mismo domingo, el señor Le Pommeret toma el aperitivo con el doctor, vuelve a su casa, cena y muere a consecuencia de un envenenamiento por estricnina.

»Posibles culpables: en el café; si ha sido envenenado allí, el doctor, Emma y por último nuestro X.

»Aquí, en efecto, el vagabundo debe ser dejado de lado, pues la sala no ha quedado vacía ni un solo momento y no ha sido echado el veneno en la botella sino en un solo vaso.

»Si el crimen ha sido cometido en la casa de Le Pommeret, los posibles culpables son: su casera, el vagabundo y nuestro sempiterno X.

»No se impacienta. Llegamos al final. *Esta noche, un carabinero recibe una bala en la pierna cuando pasa por una calle desierta. El doctor no ha salido de la prisión, donde está vigilado de cerca. Le Pommeret ha muerto.*

Servières está en París en manos de la Dirección General de Seguridad. Emma y el vagabundo, a esa misma hora, se ocupan, ante mis ojos, de abrazarse y luego de devorar un pollo.

»Por lo tanto un único posible culpable: X.

»Es decir, un individuo que aún no hemos encontrado en el transcurso de los acontecimientos. Un individuo que puede haberlo hecho todo, del mismo modo que puede haber cometido únicamente este último crimen.

»A éste no le conocemos. No tenemos sus señas personales. Sólo sabemos una cosa: tenía interés en provocar esta noche un drama. Tenía mucho interés. Porque este disparo no lo ha hecho un vagabundo.

»Ahora, no me pida que le detenga. Ya que estará usted conforme, señor alcalde, en que todos en este pueblo, todos aquellos que conocen a los principales personajes mezclados en esta historia y que, en particular, frecuentan el café del *Almirante*, son susceptibles de ser ese X.

»Incluso usted.

Aquellas últimas palabras fueron dichas en un tono ligero al mismo tiempo que Maigret se recostaba en su sillón y extendía las piernas hacia los leños.

El alcalde se estremeció ligeramente.

—Espero que no sea más que una pequeña venganza.

Entonces Maigret se levantó de repente, sacudió la pipa en la chimenea y dando vueltas por la biblioteca, dijo:

—¡Qué va! ¿Quiere usted conclusiones? Pues bien, aquí están. He querido simplemente demostrarle que un asunto como éste no es una simple operación policíaca, que se pueda dirigir desde un sillón a fuerza de llamadas telefónicas.

»Y añadiré, señor alcalde, con todo el respeto que le debo, que cuando tomo a mi cargo la responsabilidad de una investigación, ¡deseo ante todo que me dejen en paz!

Había salido todo de un golpe. Hacía días que se estaba incubando. Maigret, tal vez para tranquilizarse, bebió un trago de *whisky*, miró a la puerta como un hombre que ha dicho todo lo que tenía que decir y que sólo espera el permiso para irse.

Su interlocutor permaneció por un momento en silencio, contemplando la

blanca ceniza de su puro. Acabó por dejarla caer en un tazón de porcelana azul, después se levantó lentamente y buscó con su mirada los ojos de Maigret.

—Escúcheme, comisario...

Debía estar pensando cada una de sus palabras, ya que las pronunciaba a intervalos.

—Tal vez he hecho mal en demostrar cierta impaciencia durante nuestras breves relaciones.

Era bastante inesperado. Sobre todo en aquel ambiente en el que el viejo tenía un aspecto más típico que nunca, con su pelo blanco, su chaqueta ribeteada con seda, su pantalón gris de raya muy marcada.

—Empiezo a apreciarle en su justo valor. En unos minutos, con un simple resumen de los hechos, me ha hecho comprender el misterio angustioso, de una complejidad que no sospechaba, que es la base de este asunto. Confieso que su inercia en lo concerniente al vagabundo me había prevenido contra usted.

Se había acercado al comisario y le puso una mano en el hombro.

—Le pido que no lo tenga en cuenta. Yo también tengo grandes responsabilidades.

Hubiese sido imposible adivinar los sentimientos de Maigret, que se ocupaba en llenar la pipa con sus gruesos dedos. Su petaca estaba ya muy vieja. Su mirada se perdía a través de una ventana en el horizonte del mar.

—¿Qué es esa luz? —preguntó de repente.

—Es el faro.

—¡No! Digo esa lucecita a la derecha.

—La casa del doctor Michoux.

—¿Entonces es que ha vuelto la criada?

—¡No! Es la señora Michoux, la madre del doctor, que ha vuelto esta tarde.

—¿La ha visto usted?

A Maigret le pareció notar cierta confusión en su anfitrión.

—Se ha extrañado al no encontrar a su hijo. Vino aquí a informarse. Le dije que le habían detenido, explicándole que más bien era una medida de protección. Porque es eso, ¿no? Me pidió autorización para hacerle una visita

en la prisión. En el hotel, no sabían dónde se había metido usted. Me tomé la libertad de permitir esa visita.

»La señora Michoux volvió poco antes de cenar para saber las últimas noticias. Fue mi mujer quien la recibió y la invitó a cenar.

—¿Son amigas?

—Más exactamente sostenemos relaciones de buenos vecinos. En invierno hay muy poca gente en Concarneau.

Maigret reemprendió su paseo a través de la biblioteca.

—¿Entonces cenaron los tres?

—Sí. Lo hemos hecho a menudo. Tranquilité como pude a la señora Michoux, que estaba muy impresionada por esa gestión de la gendarmería. Le ha costado mucho trabajo sacar adelante a su hijo, que no tiene una salud muy fuerte.

—¿No hablaron de Le Pommeret y de Jean Servières?

—Nunca le gustó Le Pommeret. Le acusaba de hacer beber a su hijo. El hecho es que...

—¿Y Servières?

—Le conocía menos. No pertenecía al mismo mundo. Un periodista sin importancia, unas relaciones de café, un chico divertido. Pero, por ejemplo, no se puede recibir a su mujer cuyo pasado no es muy limpio. ¡En los pueblos ya sabe lo que pasa, comisario! Tienes que resignarte a estas distinciones. En parte, esto le explica mis cambios de humor. No sabe usted lo que es administrar un pueblo de pescadores, teniendo en cuenta las susceptibilidades de los jefes y de una cierta burguesía que...

—¿A qué hora se fue de aquí la señora Michoux?

—Hacia las diez. Mi mujer la acompañó con el coche.

—Esa luz prueba que la señora Michoux aún no se ha acostado.

—Tiene esa costumbre. ¡Igual que yo! A nuestra edad se duerme poco. Yo me quedo hasta muy tarde leyendo u hojeando ficheros.

—¿Los negocios de Michoux son prósperos?

Nuevo momento de confusión apenas perceptible.

—Todavía no. Hay que esperar a que se ponga en valor *Sables-Blancs*. Dadas las relaciones de la señora Michoux en París, no tardará. Ya se han vendido muchos terrenos. En la primavera, empezarán a construir. En el

transcurso del viaje que acaba de hacer, casi ha convencido a un banquero del que no puedo decirle el nombre, para construir un magnífico hotel en la cumbre de la costa.

—Otra pregunta, señor alcalde, ¿a quién pertenecían antes los terrenos?
Su interlocutor no dudó.

—¡A mí! Es una propiedad de la familia, como este hotel. Sólo crecían brezos y maleza cuando los Michoux tuvieron la idea.

En ese momento se apagó la luz a lo lejos.

—¿Otro vaso de *whisky*, comisario? Naturalmente, haré que mi chófer le acompañe.

—Es usted muy amable. Me gusta mucho andar, sobre todo cuando tengo que pensar.

—¿Qué opina de esa historia del perro canelo? Confieso que es una de las cosas que más me desorienta. ¡Eso y el *pernod* envenenado! Ya que...

Pero Maigret buscaba el abrigo y el sombrero a su alrededor. El alcalde no tuvo más que llamar al timbre.

—El abrigo y el sombrero del comisario, ¡Delphin!

Se hizo un silencio tan absoluto que se oyó el ruido sordo de la resaca en las rocas que servían de base al hotel.

—¿De verdad no quiere utilizar mi coche?

—De verdad.

Había en la atmósfera como jirones de confusión que se estiraban alrededor de las lámparas.

—Me pregunto cuál será mañana el estado de ánimo del pueblo. Si el mar está bien, al menos faltarán los pescadores por las calles, ya que aprovecharán para echar sus redes.

Maigret cogió el abrigo de las manos del mayordomo. El alcalde quería hacerle aún alguna pregunta, pero dudaba debido a la presencia del criado.

—Cuánto tiempo cree que será necesario para...

El reloj marcaba la una de la mañana.

—Espero que todo acabe esta misma noche.

—¿Tan pronto? ¿A pesar de lo que me ha dicho usted hace un momento?
En ese caso, ¿cuenta usted con Goyard? A menos que...

Era demasiado tarde. Maigret bajaba ya la escalera. El alcalde intentaba

decir una última palabra. Pero no se le ocurrió nada que tradujese su sentimiento.

—Me siento confuso al dejarle volver andando, por esos caminos.

La puerta volvió a cerrarse. Maigret se encontraba en el exterior con un hermoso cielo de nubes pesadas que pasaban rápidas como fantasmas por delante de la luna.

El viento venía del mar y olía a algas que uno podía imaginarse amontonadas en la arena de la playa.

El comisario andaba despacio, con las manos en los bolsillos y la pipa entre los dientes. Al volverse, vio de lejos apagarse las luces de la biblioteca, luego otras que se encendieron en el segundo piso donde las cortinas las difuminaban.

No cogió el camino que atravesaba el pueblo, sino que bordeó la costa, del mismo modo que lo había hecho el carabinero y se paró un momento en la esquina donde el hombre había sido herido. Todo estaba tranquilo. De vez en cuando un farol. Concarneau dormía.

Cuando llegó a la plaza, vio las ventanas del café que aún estaban iluminadas como turbando la paz de la noche con su halo venenoso.

Empujó la puerta. Un periodista dictaba al teléfono:

—... no se sabe ya de quién sospechar. En las calles, la gente se mira con angustia y desconfianza. ¿Quizás es éste el asesino? ¿Tal vez este otro? Jamás se ha visto una atmósfera de misterio y pánico tan pesada...

El dueño, lúgubre, ocupaba él mismo el sitio de la caja. Cuando vio al comisario, quiso hablar. Podían adivinarse por adelantado sus recriminaciones.

El café estaba desordenado. Había periódicos en todas las mesas, vasos vacíos, y un fotógrafo secaba unas pruebas en el radiador.

El inspector Leroy avanzó hacia su jefe.

—Es la señora Goyard —dijo a media voz señalando a una mujer regordeta sentada en la banqueta.

Se levantó. Se secaba los ojos.

—¡Dígame, comisario! ¿Es verdad? Ya no sé a quién tengo que creer. ¿Parece ser que Jean está vivo? Pero no es posible, ¿verdad?, ¡que haya representado esta comedia! ¡No me habría hecho eso! ¡Me parece que voy a

volverme loca! ¿Qué habrá ido a hacer a París? ¡Dígame! ¡Y sin mí!

Lloraba. Lloraba como todas las mujeres, con muchas lágrimas que rodaban por sus mejillas, y caían hasta su barbilla, mientras su mano oprimía su abultado seno.

Y gimoteaba. Buscó su pañuelo. Además, quería hablar.

—¡Le juro que no es posible! Sé muy bien que era un poco juerguista, ¡pero no habría hecho eso! Cuando volvía me pedía perdón, ¿comprende? Dicen...

Señaló a los periodistas.

—... dicen que ha sido él mismo el que ha hecho las manchas de sangre en el coche, para hacer creer que había habido un crimen. Pero entonces, ¡es que no tenía intención de volver! Y yo sé, estoy segura, ¿comprende?, que habría vuelto. Nunca se hubiese ido de juerga si los otros no le hubiesen arrastrado. El señor Le Pommeret. El doctor. ¡Y el alcalde! ¡Y todos esos que ni siquiera me saludaban por la calle, porque me consideraban muy poco para ellos!

»Me han dicho que estaba detenido. Me niego a creerlo. ¿Qué puede haber hecho? Ganaba suficiente para la vida que llevamos. Éramos felices a pesar de las juergas que se corría de vez en cuando.

Maigret la miró, suspiro, cogió un vaso de encima de la mesa, se bebió el contenido de un trago y murmuró:

—Excúseme, señora. Tengo que ir a dormir.

—¿Usted también cree que es culpable de algo?

—Nunca creo nada. Haga lo mismo que yo, señora. Queda aún mañana.

Y subió la escalera con pasos pesados, mientras el periodista, que no había soltado aún el teléfono, dictaba esta última frase:

—Las últimas noticias son que el comisario Maigret cuenta con dilucidar mañana definitivamente el misterio...

Y con otra voz, añadió:

—Eso es todo, señorita. Sobre todo, dígame al jefe que no cambie una sola línea de lo que le he dictado. No podría comprenderlo. Tendría que estar aquí.

Después de colgar el aparato y mientras sacaba un bloc de notas del bolsillo, encargó:

—¡Un ponche, patrón! Mucho ron y un poquito de agua caliente.

Mientras tanto, la señora Goyard aceptó el ofrecimiento de acompañarla que le hizo un periodista. Y durante el camino empezó a repetir sus confidencias:

—Aparte de que era un poco juerguista. Pero ¿comprende usted, señor? ¡Todos los hombres son iguales!

Capítulo 9

La caja de conchas

Maigret estaba de tan buen humor al día siguiente por la mañana, que el inspector Leroy se atrevió a seguirle charlando e incluso a hacerle algunas preguntas.

Por otra parte, sin saber por qué, la calma era general. Quizá fuese debido al tiempo que de repente era bueno. Parecía que hubieran barrido el cielo. Estaba azul, de un azul un poco pálido en el que relucían ligeras nubes. Por eso, el horizonte parecía más grande, como si terminasen de hacer la bóveda celeste. El mar, completamente liso, estaba cubierto de pequeñas velas que tenían aspecto de banderas pinchadas en un mapa de estado mayor.

Ahora bien, basta con un rayo solar para transformar Concarneau, ya que entonces, las murallas de la vieja ciudad, lúgubres bajo la lluvia, se vuelven de un blanco alegre, resplandeciente.

Abajo, los periodistas, fustigados por las idas y venidas de los tres últimos días, se contaban historias mientras tomaban el café y uno de ellos había bajado en bata, con los pies descalzos metidos en unas pantuflas.

Maigret había entrado en la habitación de Emma, más bien una buhardilla, cuya ventana daba a la callejuela y cuyo techo inclinado no permitía estar de pie más que en medio de la habitación.

La ventana estaba abierta. El aire era fresco, pero se sentían las caricias del sol. Una mujer había aprovechado para tender ropa en su ventana, al otro lado del callejón. En alguna parte, en el patio de un colegio vibraba un rumor

de recreo.

Y Leroy, sentado al borde de la camita de hierro, dijo:

—No comprendo aún muy bien sus métodos, comisario, pero creo que empiezo a adivinar.

Maigret le miró sonriente, y dirigió al sol una bocanada de humo.

—¡Tiene suerte, amigo! Sobre todo en lo que concierne a este asunto, en el que precisamente mi método consiste en que no tengo ninguno. Si quiere un buen consejo, si quiere irse perfeccionando, no tome ejemplo de mí, ni trate de sacar teorías de lo que me vea hacer.

—Sin embargo... compruebo que ahora llega a los indicios materiales, después de que...

—¡Precisamente, después! ¡Después de todo! Dicho de otra manera, he empezado la investigación al revés, lo que tal vez no impide que empiece la próxima al derecho. Cuestión de atmósfera. Cuestión de tipos. Cuando llegué aquí, caí sobre un tipo que me sedujo y no lo dejé.

Pero no dijo a quién pertenecía aquella cabeza. Levantó una vieja sábana que ocultaba un guardarropa. Dentro había un vestido bretón de terciopelo negro que Emma debía reservar para los días de fiesta.

En el tocador, un peine al que faltaban varias púas, horquillas y una caja con polvos de arroz demasiado rosas. Encontró en un cajón lo que parecía buscar: una caja adornada con conchas brillantes como las que venden en todas las tiendas del litoral. Ésta, que tal vez databa de diez años y que sabe Dios qué camino había recorrido, tenía escritas estas palabras: «Recuerdo de Ostende».

Salía de allí un olor a cartón viejo, a polvo, a perfume y a papel amarillento. Maigret, que se había sentado al borde de la cama al lado de su compañero, hacía con sus gruesos dedos el inventario de las cosas menudas.

Había un rosario de bolas de cristal talladas por varias caras, con una frágil cadenita de plata, una medalla de primera comunión, un frasco de perfume vacío que Emma había debido de guardar por su bella forma y que posiblemente había encontrado en la habitación de un huésped.

Una flor de papel, posible recuerdo de un baile o una fiesta, aportaba una nota de colorido.

Al lado, una crucecita de oro era el único objeto de un poco de valor.

Una pila de tarjetas postales. Una representaba un gran hotel de Cannes. Al dorso, una letra de mujer:

Harías mejor en venir aquí que quedarte en ese sucio agujero donde siempre está lloviendo. Y se gana mucho. Se come todo lo que se quiere. Un abrazo

LUISA.

Maigret pasó la tarjeta al inspector Leroy, examinó minuciosamente una de esas fotografías de feria que se obtienen al disparar y dar en el blanco.

Como se tapaba con la carabina apenas se veía el rostro del hombre, cuyo ojo estaba cerrado. Era muy ancho de espaldas y llevaba un gorro de marino. Y Emma, sonriendo a la cámara, le agarraba ostensiblemente del brazo. En la parte baja de la tarjeta, ponía: *Quimper*.

Una carta, con el papel tan arrugado que debía de haberla releído muchas veces.

Querida mía:

Ya está dicho y firmado: tengo mi barco. Se llamará *La Bella Emma*. El cura de Quimper me ha prometido bautizarlo la próxima semana con agua bendita, granos de trigo, sal y todo, habrá champán de verdad, porque quiero que sea una fiesta de la que se hable mucho tiempo.

Al principio costará un poco de trabajo pagarlo, porque tengo que dar al banco diez mil francos por año. Pero piensa que tiene cien brazas cuadradas de vela y que andará sus diez nudos. Se puede ganar mucho transportando cebollas a Inglaterra. Eso quiere decir que no tardaremos en casarnos. Ya he encontrado flete para el primer viaje, pero tratan de entrenarme porque soy nuevo.

Tu jefa podría darte dos días de permiso para el bautizo, porque todo el mundo va a emborracharse y no podrás volver a Concarneau. Ya he tenido que pagar varias rondas en los cafés a causa del barco, que ya está en el puerto y que tiene una bandera nueva.

Me haré una fotografía subido encima y te la mandaré. Te quiero. Un abrazo en espera de que seas la mujer querida de tu

* * *

Maigret metió la carta en su bolsillo, mirando con aire soñador la ropa tendida al otro lado del callejón. Ya no había nada más en la caja de las conchas, excepto un palillero de hueso en el que se veía, dentro de un círculo de cristal, la cripta de Nuestra Señora de Lourdes.

—¿Hay alguien en la habitación que ocupa habitualmente el doctor? — preguntó.

—No creo. Los periodistas están instalados en el segundo.

El comisario buscó aún más por la habitación, para quedarse tranquilo, pero no encontró nada interesante. Un poco después estaba en el primer piso, y empujó la puerta de la habitación 3, aquella cuyo balcón domina el puerto y la rada.

La cama estaba hecha y el suelo encerado. Junto al lavabo, había toallas limpias.

El inspector siguió con la mirada a su jefe, mientras en su cara se dibujaba una expresión entre curiosa y escéptica. Por otra parte, Maigret silbaba mientras miraba a su alrededor; se fijó en una mesita de roble colocada delante de la ventana y con una carpeta encima y un cenicero.

En la carpeta había papel de correspondencia con membrete del hotel y un sobre azul con el membrete. También había dos hojas grandes de papel secante, una casi negra de tinta y la otra apenas manchada con caracteres incompletos.

—¡Vaya a buscarme un espejo!

—¿Grande?

—¡No importa! Un espejo que pueda colocar en la mesa.

Cuando el inspector volvió, encontró a Maigret en el balcón, con los dedos metidos en los dobleces del chaleco, fumando su pipa con evidente satisfacción.

—¿Sirve éste?

Volvió a cerrar la ventana. Maigret colocó el espejo vertical en la mesa y, con la ayuda de dos candelabros que cogió de encima de la chimenea, colocó pegada al espejo la hoja de papel secante.

Los caracteres reflejados en el espejo no podían leerse muy fácilmente. Faltaban letras, palabras enteras. Otras había que deducirlas porque estaban demasiado deformadas.

—¡Comprendo! —dijo Leroy con aire maligno.

—¡Bueno! Entonces, vaya a pedir al dueño un cuaderno de cuentas de Emma, o cualquier cosa escrita por ella.

Transcribió las palabras, a lápiz, en una hoja de papel:

«... verte... horas... deshabitada... absolutamente...».

Cuando el inspector volvió, el comisario, relleno aproximadamente los huecos, reconstruía la siguiente nota:

«Necesito verte. Ven mañana a las once a la casa deshabitada que se encuentra en la plaza, un poco más allá del hotel. Cuento absolutamente contigo. No tienes más que llamar y te abriré la puerta».

—Aquí está el cuaderno de la lavandería que Emma llevaba al día —anunció Leroy.

—Ya no lo necesito. La carta está firmada. Mire aquí. «*mma*». Dicho de otro modo: *Emma*. ¡Y han escrito la carta en esta habitación!

—¿Dónde se reunía Emma con el doctor? —preguntó el inspector.

Maigret comprendió su repugnancia a admitir esta hipótesis, sobre todo después de la escena a la que habían asistido el día anterior encaramados en la cornisa.

—En ese caso, ¿sería ella quien...?

—¡Despacio! ¡Despacio, jovencito! ¡No saque conclusiones tan rápidas! ¡Y sobre todo no haga deducciones! ¿A qué hora llega el tren que nos trae a Jean Goyard?

—A las once treinta y dos.

—Fíjese en lo que tiene que hacer, amigo. Primero les dirá a los dos colegas que le acompañan que me lleven al hombre a la gendarmería. Por lo tanto, llegará hacia el mediodía. Telefonará usted al alcalde diciéndole que me gustaría verle a esa misma hora, y en el mismo sitio. ¡Espere! Dará el mismo recado a la señora Michoux, llamándola por teléfono a su hotel. Y por

último, es probable que de un momento a otro los policías o los gendarmes le traigan a Emma y a su amante. El mismo destino, y la misma hora. ¿No olvido a nadie? ¡Bueno! ¡Una recomendación! Que Emma no sea interrogada en mi ausencia. Impídale incluso que hable.

—¿Y el carabinero?

—No lo necesito.

—El señor Mostaguen.

—¡Eh! ¡No! ¡Eso es todo!

En el café, Maigret pidió una jarra de cerveza, que bebió con visible placer diciendo a los periodistas:

—¡Esto marcha, señores! Esta noche ya podrán ustedes volver a París.

* * *

Su paseo a través de las calles tortuosas de la vieja ciudad aumentó su buen humor. Y, cuando llegó frente a la puerta de la gendarmería, con la bandera tricolor en el balcón, le pareció que la atmósfera, por la magia del sol, de los tres colores, de la pared deslumbrante de luz, tenía una alegría de 11 de noviembre.

Un viejo gendarme, sentado en una silla al otro lado de la poterna, leía una revista cómica. El patio, con sus baldosas separadas por hileras de musgo verde, tenía la serenidad de un patio de convento.

—¿Y el brigada?

—Están todos en camino, el teniente, el brigada y la mayoría de los hombres, en busca del vagabundo que ya sabe.

—¿El doctor no se ha movido?

El hombre sonrió mirando a la ventana de barrotes del calabozo, a la derecha.

—¡No hay peligro!

—¿Quiere abrirme la puerta?

Y cuando corrió el cerrojo, dijo con una voz alegre, cordial:

—¡Buenos días, doctor! ¿Ha dormido usted bien, por lo menos?

Pero sólo vio un pálido rostro que asomaba por una manta gris encima de la litera. Con los ojos febriles, profundamente hundidos en las órbitas.

—¿Qué pasa? ¿No está bien?

—Muy mal —articuló Michoux inclinándose en su lecho con un suspiro—. Es mi riñón.

—¿Supongo que le darán todo lo que necesite?

—Sí. Es usted muy amable.

Se había acostado vestido. Sacó las piernas de debajo de la manta, se sentó, se pasó la mano por la frente. Y Maigret en ese mismo momento, se subió a caballo en una silla, se apoyó en el respaldo, resplandeciendo de salud, de animación.

—¡Pero, oiga! ¡Veo que ha encargado usted borgoña!

—Mi madre me lo trajo ayer. Me hubiese gustado tanto evitar esa visita. Ha debido enterarse de algo en París y ha vuelto.

Las ojeras le comían la mitad de las mejillas sin afeitado, que parecían más flacas. Y la falta de corbata y su traje arrugado, aumentaban la impresión de angustia que daba su persona.

Interrumpió su charla para toser. Incluso escupió ostensiblemente en su pañuelo y lo miró como alguien que teme la tuberculosis y que se observa con ansiedad.

—¿Sabe algo nuevo? —preguntó con cansancio.

—¿Le han contado los guardias el drama de esta noche?

—No. ¿Qué es? ¿Quién ha sido?

Se había pegado a la pared como si temiese que le atacasen.

—¡Bah! Un transeúnte que ha recibido una bala en una pierna.

—¿Y han cogido al... al asesino? ¡No puedo más, comisario! Reconozca que es para volverse loco. ¿Ha sido otro cliente del café del *Almirante*, no? ¡Van a por nosotros! Y por más que me rompo la cabeza no me explico por qué. Sí, ¿por qué? ¡Mostaguen! ¡Le Pommeret! ¡Goyard! Y el veneno que nos habían destinado a todos. Ya verá cómo acaban por matarme, ¡incluso aquí! Pero ¿dígame?, ¿por qué?

Ya no estaba pálido. Estaba lívido. Y hacía daño verle de tanto como ilustraba la idea de pánico en su parte más lastimosa y detestable.

—No me atrevo a dormir. Esta ventana. ¡Mire! Hay barrotes. Pero se puede disparar a través de ellos, por la noche. Un guardia, puede dormirse, o estar pensando en otra cosa. Yo no he nacido para semejante vida. Ayer, me

bebí toda esta botella, con la esperanza de dormir. ¡Y no he pegado un ojo!
¡He estado enfermo! Si por lo menos hubiesen logrado coger a ese vagabundo, con su perro canelo.

»¿Han vuelto a ver al perro? ¿Sigue rondando por los alrededores del café? No comprendo que no le hayan metido ya una bala en el cuerpo. ¡A él y a su amo!

—Su amo ha salido esta noche de Concarneau.

—¡Ah!

Al doctor parecía costarle trabajo creérselo.

—¿Inmediatamente después... después de su nuevo crimen?

—¡Antes!

—¿Pero entonces...? ¡No es posible! Sólo se puede pensar que...

—¡Eso es! Se lo decía al alcalde esta noche. Entre nosotros, el alcalde es un tipo extraño. ¿Qué piensa usted?

—¿Yo? No sé... Yo...

—En fin, le ha vendido los terrenos. Está usted en relaciones con él. Eran ustedes lo que se dice amigos.

—Teníamos sobre todo relaciones de negocios y éramos buenos vecinos. En el campo...

Maigret notó que la voz era más firme, que la mirada del doctor era menos turbia.

—¿Qué es lo que usted le decía?

Maigret sacó el cuadernito de su bolsillo.

—Le decía que la serie de crímenes o, si usted prefiere, las tentativas de asesinato, no habían podido ser cometidos por ninguna de las personas que todos conocemos actualmente. No voy a repetirle los dramas uno por uno. Hago un resumen. Hablo objetivamente, ¿verdad? ¿Como un técnico? Pues bien, es seguro que usted no ha podido disparar esta noche al carabinero, lo que podría ser suficiente para descartarle. Le Pommeret tampoco ha podido disparar, ya que le entierran mañana por la mañana. Ni Goyard, a quien acaban de encontrar en París. Ni el uno ni el otro podían encontrarse el viernes por la noche detrás del buzón de la casa vacía. Emma tampoco.

—¿Pero el vagabundo del perro amarillo?

—¡Ya he pensado en ello! No sólo no ha sido él quien ha envenenado a

Le Pommeret, sino que esta noche se encontraba lejos del drama cuando éste se produjo. Por eso hablé al alcalde de una persona desconocida, un X misterioso, incluso él, que podía haber cometido esos crímenes. A menos que...

—¿A menos...?

—A menos que no se trate de una serie. En vez de una especie de ofensiva unilateral, suponga un verdadero combate, entre dos grupos, o entre dos individuos.

—Pero entonces, comisario, ¿qué va a ser de mí? Si hay enemigos desconocidos rondando, yo...

Y su rostro volvía a empañarse. Se cogió la cabeza con las dos manos.

—Cuando pienso que estoy enfermo, que los médicos me recomiendan tranquilidad absoluta. No tendrán necesidad de una bala ni de veneno. Ya verá cómo mi riñón será suficiente.

—¿Qué opina del alcalde?

—¡No sé! ¡No sé nada! Es de una familia muy rica. De joven se dio la gran vida en París. Tuvo caballos de carrera. Luego sentó cabeza. Salvó una gran parte de su fortuna y vino a instalarse aquí, en la casa de su abuelo, que también era alcalde de Concarneau. Me vendió las tierras que no le servían para nada. Creo que quiere que le nombren consejero general, para acabar en el Senado.

El doctor se había levantado y se hubiese jurado que en unos días había adelgazado diez kilos. Si se hubiese puesto a llorar de nervios no hubiera resultado extraño.

—¿Qué quiere usted comprender? Y ese Goyard que está en París cuando todos creen... ¿qué es lo que puede hacer allí? ¿Y por qué?

—No tardaremos en saberlo, porque va a venir a Concarneau. Incluso ya habrá llegado a esta hora.

—¿Le han detenido?

—Le han rogado que siguiese a dos señores hasta aquí. No es lo mismo.

—¿Qué ha dicho?

—¡Nada! ¡También es verdad que no le han preguntado nada!

Entonces, de repente, el doctor miró al comisario de frente. La sangre le subió de golpe a los pómulos.

—¿Qué quiere decir? ¡Tengo la impresión de que alguien se está volviendo loco! Viene usted a hablarme del alcalde, de Goyard, y yo siento que me van a matar de un momento a otro. A pesar de estos barrotes que no podrán impedirlo. ¡A pesar de ese imbécil que está de guardia en el patio! ¡Sólo pido que me den un revólver para defenderme! O si no, que encierren a los que quieren matarme, a los que han matado a Le Pommeret, que han envenenado la botella.

Temblaba de los pies a la cabeza.

—¡Yo no soy un héroe! ¡Mi oficio no consiste en desafiar a la muerte! ¡Soy un hombre! ¡Soy un enfermo! Y ya tengo bastante en la vida con tener que luchar contra la enfermedad. ¡Usted habla! ¡Habla! Pero ¿qué hace usted?

Rabioso se golpeó la frente en la pared.

—Todo esto parece una conspiración. A menos que quieran volverme loco. ¡Sí! ¡Quieren internarme!, ¿quién sabe? ¿Tal vez mi madre que está harta? Porque siempre he guardado celosamente la parte que me toca de la herencia de mi padre. Pero no dejaré que lo consigan.

Maigret no se había movido. Seguía allí, en medio de la celda blanca con una de las paredes inundada por el sol, con los codos apoyados en el respaldo de la silla y la pipa entre los dientes.

El doctor daba vueltas de un lado a otro, presa de una agitación al límite del delirio.

Pero de repente, oyeron una voz alegre, algo irónica, que modulaba al modo de los niños:

—¡Cucu!

Ernest Michoux se sobresaltó, echó un vistazo a las cuatro esquinas de la celda antes de mirar fijamente a Maigret. Y entonces vio el rostro del comisario, que se había sacado la pipa de la boca y se reía lanzándole una mirada.

Fue como el efecto de un chasquido. Michoux quedó inmóvil, fofo, grotesco, pareció fundirse hasta convertirse en una forma irreal de consistencia.

—¿Ha sido usted quien...?

Parecía que la voz venía de otra parte, como la de un ventrílocuo que hace surgir las palabras del techo o de un jarrón de porcelana.

Los ojos de Maigret seguían riendo mientras se levantó y pronunció con una gravedad animosa, que contrastaba con la expresión de su fisonomía:

—¡Repóngase, doctor! Oigo pasos en el patio. Dentro de unos momentos, el asesino estará seguramente entre estas cuatro paredes.

Fue al alcalde a quien el guardia introdujo primero. Pero ya se oían otros ruidos de pasos en el patio.

Capítulo 10

La «bella Emma»

—¿Me ha rogado que venga, comisario?

Maigret no había tenido tiempo para contestar cuando vio entrar en el patio a dos inspectores que acompañaban a Jean Goyard, mientras en la calle podía adivinarse a los dos lados de la poterna, una multitud agitada.

El periodista parecía más bajito, más regordete entre los guardias. Se había echado el sombrero hacia los ojos y, por temor a ser fotografiado, sin duda, sujetaba un pañuelo tapando la parte baja de su cara.

—¡Por aquí! —dijo Maigret a los inspectores—. Quizá pueda irnos a buscar unas sillas porque oigo una voz femenina.

Una voz aguda que decía:

—¿Dónde está? ¡Quiero verle inmediatamente! Y le haré degradar, inspector. ¿Me oye? Le haré degradar.

Era la señora Michoux, con un vestido color malva, con todas sus joyas, polvos y barra de labios, que jadeaba de indignación.

—¡Ah! está usted aquí, querido amigo —murmuró delante del alcalde—. ¿Puede uno imaginarse semejante historia? Mi criado está de permiso. Le digo a través de la puerta que no puedo recibirle e insiste, exige, espera mientras me arreglo diciendo que tiene orden de traerme aquí. ¡Es inaudito! Cuando pienso que mi marido era diputado, que fue casi presidente de Consejo y que este... este bribón, sí, ¡bribón!

Estaba demasiado indignada para darse cuenta de la situación. Pero de

repente vio a Goyard que volvió la cabeza, a su hijo sentado al borde de la litera, con la cabeza entre las manos. Un coche entró en el patio lleno de sol. Se veían uniformes de gendarmes. Y ahora salía un clamor de la multitud.

Tuvieron que cerrar la puerta cochera para impedir que el público se abalanzase al patio, ya que la primera persona que arrastraron literalmente fuera del coche era al vagabundo. No sólo tenía las esposas puestas, sino que también le habían apresado los tobillos con la ayuda de una cuerda sólida, de tal manera que hubo que transportarlo como si fuera un paquete.

Detrás de él bajó Emma, libre de movimientos, atontada como si se tratase de un sueño.

—¡Suéltense las piernas!

Los gendarmes estaban orgullosos, aún emocionados por su captura. Ésta no debía haber sido fácil, a juzgar por los uniformes en desorden y sobre todo por la cara del prisionero, que estaba completamente manchada de sangre que aún salía de su labio partido.

La señora Michoux lanzó un grito de horror y retrocedió hasta la pared, como si viese algo repugnante, mientras el hombre se dejaba desatar sin decir palabra, levantó la cabeza y miró sosegada y lentamente a su alrededor.

—¡Tranquilo! ¿Eh, León? —gruñó Maigret.

El otro se estremeció, trataba de saber quién había hablado.

—Que le den una silla y un pañuelo.

Se dio cuenta de que Goyard se había deslizado hacia el fondo de la celda, detrás de la señora Michoux, y que el doctor estaba temblando, sin mirar a nadie. El teniente, confuso por esta reunión insólita, se preguntaba qué papel debía hacer.

—¡Que cierren la puerta! Que todos se sienten, por favor. ¿Su brigada es capaz de servirnos de secretario, teniente? ¡Muy bien! que se instale en esa mesita. Le ruego a usted también que se siente, señor alcalde.

Fuera, la multitud ya no gritaba, y sin embargo, se adivinaba en la calle una vida compacta, una espera apasionada.

Maigret llenó su pipa, mientras paseaba de un lado para otro, y se volvió hacia el inspector Leroy.

—Antes de nada, debería usted telefonar al sindicato de la gente del mar, a Quimper, para preguntarles lo que pasó, hace cuatro o cinco años, tal vez

seis, con un barco llamado *La Bella Emma*.

Cuando el inspector se dirigió hacia la puerta, el alcalde tosió e hizo un gesto para poder hablar.

—Puedo decírselo, comisario, es una historia que todo el mundo conoce.

—Hable.

El vagabundo se movió en su rincón, como un perro tiñoso. Emma no apartaba la vista de él, permanecía sentada en el borde de la silla. El azar la había colocado al lado de la señora Michoux cuyo perfume empezaba a invadir la atmósfera, un olor dulce de violeta.

—No he visto el barco —dijo el alcalde con soltura, incluso dándose algo de importancia—. Pertenecía a un tal Le Glen, o Le Glérec, que pasaba por ser un excelente marino, pero por tener una mente calenturienta, como todos los marinos de la comarca. *La Bella Emma* transportaba sobre todo frutas y legumbres a Inglaterra. Un buen día, hablaron de una campaña más larga. No tuvieron noticias durante dos meses. Por fin supieron que al llegar a un puertecito cerca de Nueva York, se llevó a la prisión a toda la tripulación y les cogieron la carga de cocaína. Naturalmente, el barco también. Era la época en que la mayoría de los barcos de comercio, sobre todo los que transportaban sal al Nuevo Mundo, hacían contrabando de alcohol.

—Muchas gracias. No se mueva, León. Contésteme desde su sitio. Y sobre todo, contésteme exactamente a mis preguntas: ¡*Nada más!* ¿Comprende? Primero, ¿dónde le han detenido ahora?

El vagabundo se limpió la sangre que manchaba su barbilla y pronunció con una voz ronca:

—En Rosporden, en un almacén del ferrocarril donde esperábamos que llegase la noche para meternos en un tren cualquiera.

—¿Cuánto dinero llevaba encima?

Fue el teniente el que contestó:

—Once francos y calderilla.

Maigret miró a Emma, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y luego a León, inclinado sobre sí mismo. Notó que el doctor, aunque inmóvil, era presa de una agitación e hizo una seña a uno de los policías de que se fuese a colocar a su lado para evitar cualquier eventualidad.

El brigada escribía. La pluma rascaba el papel con ruido metálico.

—Cuénteme exactamente en qué condiciones se hizo esa carga de cocaína, Le Glérec.

El hombre levantó la vista. Su mirada, fija en el doctor, se endureció. Y con los puños cerrados, gruñó:

—El banco me había prestado dinero para construir el barco.

—Ya lo sé. ¿Y qué más?

—Tuvimos un año malo. El franco subía. Inglaterra compraba menos fruta. Me pregunté cómo iba a pagar los intereses. Esperaba, para casarme con Emma, a haberme embolsado una buena suma. Entonces, un periodista, que yo conocía porque estaba a menudo rondando por el puerto, vino a verme.

Con gran estupefacción general, Ernest Michoux descubrió su rostro, que estaba pálido, pero mucho más tranquilo de lo que se imaginaba. Y sacó un cuadernito y un lápiz de su bolsillo y escribió unas palabras.

—¿Fue Jean Servières el que le propuso una carga de cocaína?

—¡No inmediatamente! Me habló de un asunto. Me citó en un café de Brest donde se encontraba con otros dos.

—¿El doctor Michoux y el señor Le Pommeret?

—¡Eso es!

Michoux tomaba notas de nuevo y su cara tenía una expresión de desprecio. Incluso en cierto momento llegó a esbozar una sonrisa irónica.

—¿Quién de los tres le puso la mercancía en la mano?

El doctor esperó, con el lápiz en alto.

—Ninguno de los tres. O más bien, me hablaron sólo de la gruesa suma que podía ganar en uno o dos meses. Una hora después llegó un americano. Nunca supe su nombre. Sólo le he visto dos veces. Seguramente se trataba de un hombre que conocía el mar, ya que me preguntó las características de mi barco, el número de hombres que necesitaría a bordo y el tiempo necesario para poner un motor auxiliar. Creí que se trataba de contrabando de alcohol. Todo el mundo lo hacía, incluso oficiales de paquebote. A la semana siguiente vinieron unos obreros a instalar un motor semidiesel en *La Bella Emma*.

Hablaba muy despacio, con la mirada inmóvil, y era impresionante verle mover sus enormes dedos, más elocuentes en sus gestos lentos, como

espasmos, que su cara.

—Me dieron un mapa inglés con todos los vientos del Atlántico y la ruta de los veleros, porque nunca había hecho esa travesía. Sólo llevé a dos hombres conmigo, como medida de prudencia, y no hablé a nadie del asunto, excepto a Emma, que se encontraba en el muelle la noche que partíamos. Los dos hombres también estaban allí, al lado de un coche que había apagado sus faros. La carga había tenido lugar por la tarde. Y en ese momento, tuve miedo. ¡No tanto por el contrabando! No he ido nunca a la escuela. Mientras pueda servirme el compás y la sonda, basta. No temo a nadie. Pero allí, en el mar... Un viejo capitán había intentado enseñarme a manejar el sextante. Compré una tabla de logaritmos y todo lo necesario. Pero estaba seguro de que me iba a hacer un lío en los cálculos. Sólo que si lo lograba podía pagar el barco y aún me quedaba algo, unos veinte mil francos en el bolsillo. Hacía mucho viento aquella noche. Perdimos de vista al coche y a los tres hombres. Luego, Emma, cuya silueta se recortaba en negro en la punta del muelle... Dos meses en el mar.

»Yo tenía instrucciones para el desembarco. Por fin llegamos, Dios sabe cómo, al puertecito designado. Cuando aún no habíamos lanzado las amarras a tierra llegaron tres motoras de la policía, con ametralladoras y hombres armados con fusiles, nos rodearon, saltaron al puente, nos apuntaron gritando algo en inglés y nos golpearon con las culatas hasta hacernos levantar las manos.

»Apenas nos dimos cuenta de tan deprisa como lo hicieron. No sé quien condujo mi barco al muelle, ni cómo nos metieron en un camión. Una hora después nos encontramos cada uno encerrado en una jaula de hierro, en la prisión de Sing-Sing.

»Estábamos enfermos. Nadie hablaba el francés. Los prisioneros nos lanzaban bromas e injurias.

»Allí esas cosas marchan rápido. Al día siguiente, pasamos a una especie de tribunal y el abogado que, según parece, nos defendía, ni siquiera nos había dirigido la palabra.

»Fue después cuando me anunció que estaba condenado a dos años de trabajos forzados y cien mil dólares de multa, que mi barco estaba confiscado, y todo. No comprendía. ¡Cien mil dólares! Juré que no tenía

dinero. En ese caso, tenía no sé cuántos años de prisión de más.

»Me quedé en Sing-Sing. Debieron conducir a mis marineros a otra prisión, pues no volví a verles nunca. Me raparon. Me llevaron a la carretera a picar piedra. Un capellán quiso enseñarme la Biblia.

»No puede darse cuenta. Había prisioneros ricos que iban a pasearse a la ciudad casi todas las tardes. ¡Y los otros les servían de criados!

»Poco importa. Fue después de haber transcurrido un año cuando un día me encontré al americano de Brest, que venía a visitar a un preso. Le reconocí. Le llamé. Tardó algo en recordar y luego se echó a reír e hizo que me llevasen a la sala de visitas.

»Estuvo muy cordial. Me trató como a un viejo compañero, me dijo que había sido siempre agente de la prohibición. Sobre todo trabajaba en el extranjero, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, desde donde enviaba a la policía informes sobre los convoyes que salían.

»Pero, al mismo tiempo, a veces traficaba por su cuenta. Como había ocurrido con el asunto de la cocaína, que tenía que haber dado millones, pues había diez toneladas a bordo, a no sé cuántos francos el gramo. Entonces se había entrevistado con unos franceses que tenían que aprovisionar el barco y una parte de los fondos. Eran mis tres hombres. Y, naturalmente, los beneficios se repartían entre los cuatro.

»¡Pero espere! Porque aún me queda lo mejor. El mismo día en que se procedía a la carga, en Quimper, el americano recibió un aviso de su país. Tenía un nuevo jefe de la prohibición. Se reforzó la vigilancia. Los compradores de los Estados Unidos, y por lo mismo la mercancía, se arriesgaban a no encontrar quién los cogiera.

»Por el contrario, un nuevo aviso prometía a todo aquel que cogiera la mercancía prohibida una prima que se elevaba al tercio del valor de esta mercancía.

»¡Eso me lo contaron en la prisión! Y me enteré que mientras que yo zarpaba, preguntándome si llegaríamos vivos al otro lado del Atlántico, mis tres hombres discutían en el mismo muelle con el americano.

»¿Arriesgar el todo por el todo? Sé que fue el doctor quien insistió en favor de la denuncia. Al menos, de esa manera, recuperarían con toda seguridad un tercio del capital, sin riesgos de complicaciones.

»Sin contar que el americano se ponía de acuerdo con un colega para poner a un lado una parte de la cocaína cogida. Combinaciones increíbles, lo sé.

»*La Bella Emma* se deslizaba por el agua negra del puerto. Miré por última vez a mi novia, seguro de que volvería para casarme con ella unos meses después.

»Y ellos, que nos veían partir, sabían que nos cogerían en cuanto llegásemos. Incluso contaban con que nos defenderíamos, que sin duda nos matarían en la lucha, como ocurría frecuentemente en aquella época en aguas americanas.

»Sabían que me confiscarían el barco, que todavía no estaba completamente pagado, ¡y que era lo único que tenía!

»Sabían que yo soñaba con casarme. ¡Y nos vieron partir!

»Eso es lo que me dijeron en Sing-Sing donde yo me había convertido en una bestia entre otras bestias. Me dieron pruebas.

»Mi interlocutor se reía, y exclamaba dándose palmadas en los muslos:

»—¡Vaya canallas esos tres!

Hubo un brusco silencio, un silencio absoluto. Y en aquel silencio, podía oírse con estupor el lápiz de Michoux que se deslizaba por una página blanca que acababa de pasar.

Maigret miró —comprendiendo— las iniciales S. S. tatuadas en la mano del coloso: «Sing-Sing».

—Creo que tenía aún para unos diez años, en aquel país nunca se sabe. La menor falta contra la regla y la pena se alarga, al mismo tiempo que llueven los golpes. He recibido cientos de ellos. ¡Y golpes de compañeros!

»Y fue mi americano el que hizo gestiones en mi favor. Creo que estaba asqueado por la cobardía de los que él llamaba mis amigos. Mi único compañero era un perro. Un animal que había criado a bordo, que me había salvado de ahogarme y que allí, a pesar de toda su disciplina, le habían dejado vivir en la prisión. Pues no tienen las mismas ideas que nosotros en esa clase de cosas. ¡Un infierno! Lo que no quita que nos tocasen música todos los domingos, aunque luego nos azotasen hasta hacernos sangre. Al final, ni siquiera sabía ya si era un hombre. He llorado cien veces, mil veces.

»Y cuando, una mañana me abrieron la puerta, dándome un culatazo en

los riñones para enviarme a la vida civilizada, me desmayé, tontamente, en la acera. Ya no sabía vivir. Ya no tenía nada.

»¡Sí!, una cosa.

Su labio partido sangraba. Se olvidaba de limpiarse la sangre. La señora Michoux se ocultaba el rostro con su pañuelo de encaje cuyo olor daba náuseas. Y Maigret fumaba tranquilamente, sin apartar la vista del doctor, que seguía escribiendo.

—Y sentí el deseo de hacer sufrir la misma suerte a los que habían sido causa de todo esto. ¡No matarles! ¡No! Morir no es nada. En Sing-Sing, lo intenté varias veces sin lograrlo. Me negué a comer y me alimentaron artificialmente. ¡Hacerles conocer la prisión! Hubiese querido que fuese en América. Pero era imposible.

»Anduve por Brooklyn, donde trabajé en todos los oficios esperando poder pagar mi pasaje a bordo de un barco. Hasta pagué por mi perro.

»No había vuelto a tener noticias de Emma. No puse los pies en Quimper donde habrían podido reconocerme, a pesar de mi aspecto.

»Aquí, supe que estaba como chica de recepción, y en ocasiones era la amante de Michoux. Tal vez de otros también. Una recepcionista ¿verdad?

»No era fácil enviar a esos tres canallas a la cárcel. ¡Y estaba empeñado en ello! ¡Era el único deseo que tenía! Viví con mi perro a bordo de una barca inutilizada, luego en el antiguo puesto de vigilancia, en la punta del Cabélou.

»Empecé por hacer que me viese Michoux. ¡Que me viese solo! Mostrarle mi cara, mi cuerpo de bruto. ¿Comprende? Quería darle miedo. Quería darle un terror que le hiciese capaz de dispararme. Tal vez me hubiese matado. ¿Pero y después? La prisión le tocaba a él. Las patadas, los golpes. Los compañeros repugnantes, más fuertes, que le obligan a uno a servirles. Anduve alrededor del hotel. Me interponía en su camino. ¡Durante tres días! ¡Cuatro días! Me había reconocido. Salía menos. Y sin embargo, aquí, durante todo ese tiempo, la vida no había cambiado. ¡Bebían los tres sus aperitivos! ¡La gente les saludaba! Robaba en los puestos para poder comer. Quería actuar rápidamente.

Se oyó una voz clara:

—¡Perdón, comisario! ¿Tiene un valor legal este interrogatorio sin la presencia de un juez de instrucción?

¡Era Michoux! Michoux, blanco como la cera, con los labios pálidos.
¡Pero un Michoux que hablaba con una claridad casi amenazadora!

Una mirada de Maigret ordenó a un agente que se colocase entre el doctor y el vagabundo. ¡Y fue en el momento preciso! Porque León Le Glérec se levantaba despacio, atraído por aquella voz, con los puños cerrados, pesados como mazas.

—¡Sentado! ¡Siéntese, León!

Y mientras que la bestia obedecía, con una respiración ronca, el comisario dijo, sacudiendo la ceniza de su pipa:

—¡Ahora voy a hablar yo!

Capítulo 11

El miedo

Su voz baja y rápida contrastó con el discurso apasionado del marino que le miraba de reojo.

—Primero una palabra sobre Emma, señores. Se entera de que han detenido a su novio. No recibe noticias de él. Un día, por una causa fútil, pierde su puesto y se hace recepcionista en el *Hotel del Almirante*. Es una pobre chica, que no tiene dónde agarrarse. Los hombres le hacen la corte como los ricos hacen la corte a una criada. Han pasado así dos años, tres años. Ignora que Michoux es culpable. Se reúne con él, una noche, en su habitación. Y el tiempo sigue pasando, la vida sigue su ritmo. Michoux tiene otras amantes. De vez en cuando, se le ocurre dormir en el hotel. O bien, cuando su madre está fuera, hace llevar a Emma a su casa. Amores sin amor.

Y la vida de Emma no tiene alicientes, no es una heroína. Guarda en una caja de conchas una carta, una foto, pero no es más que un antiguo sueño que palidece cada día más.

»No sabe que León acaba de volver.

»No reconoce al perro amarillo que ronda a su alrededor y que tenía cuatro meses cuando zarpó el barco.

»Una noche, Michoux le dicta una carta, sin decirle a quien va destinada. Se trata de dar una cita a alguien en una casa deshabitada, a las once de la noche.

»Ella escribe, ¿comprende? León Le Glérec no se ha equivocado.

¡Michoux tiene miedo! Se da cuenta que su vida está en peligro. Quiere suprimir al enemigo que le acecha.

»¡Pero es un cobarde! ¡Ha sentido la necesidad de decírmelo él mismo! Se escondería tras una puerta, en un pasillo, después de haber hecho llegar la carta a su víctima atada con un cordel al cuello del perro.

»¿Se fiaría León? ¿No querría ver a pesar de todo a su antigua novia? En el momento en que llamase a la puerta, bastaría con disparar a través del buzón y luego huir por la callejuela. ¡Y el crimen sería un misterio, pues nadie reconocería a la víctima!

»Pero León desconfía. Tal vez anda rondando por la plaza. ¿Tal vez iba a decidirse a acudir a la cita? El azar quiere que el señor Mostaguen salga en ese momento del café, algo bebido, que se pare en el portal para encender su cigarrillo. Su equilibrio es inestable. Golpea la puerta. Es la señal. Una bala le alcanza en pleno vientre.

»Ya está el primer asunto. Michoux falla el golpe. Vuelve a su casa. Goyard y Le Pommeret, que están al corriente y que tienen el mismo interés en la desaparición del que les amenaza a los tres, están aterrorizados.

»Emma ha comprendido el juego que le habían hecho representar. Tal vez ha visto a León. Tal vez ha estado pensando y por fin ha reconocido al perro amarillo.

»Al día siguiente, llego yo. Veo a los tres hombres. Noto su terror. ¡*Esperan un drama!* E intento saber de dónde creen que venía el disparo. Me aseguro de no equivocarme.

»Y fui yo el que torpemente envenenó una botella de aperitivo. Estoy dispuesto a intervenir en el caso en que alguno hubiese bebido. ¡Pero no! ¡Michoux está alerta! Michoux desconfía de todo, de la gente que pasa, de lo que bebe. ¡Ni siquiera se atreve a salir del hotel!

Emma se había quedado fija, con una inmovilidad que no se hubiese podido encontrar una imagen más perfecta del estupor. Y Michoux había levantado la cabeza para mirar a Maigret a los ojos. Ahora, escribía de una manera febril.

—¡Ya está aclarado el segundo drama, señor alcalde!

»Y nuestro trío sigue viviendo y sigue teniendo miedo. Goyard es el más impresionable de los tres, sin duda, es también el menos bribón. Esta historia

del envenenamiento le saca fuera de sí. Piensa que un día u otro le tocará a él. Sabe que yo estoy en la pista. Y decide huir. Huir sin dejar huellas. Huir sin que puedan acusarle de haber huido. Finge una agresión, hace creer que ha muerto y que han echado su cuerpo al agua.

»Antes, la curiosidad le empuja a olfatear por el hotel de Michoux, tal vez buscando a León y para proponerle la paz. Encuentra las huellas del paso de la bestia. Comprende que yo no tardaré en encontrar estas huellas.

»¡Pues es periodista! Sabe además lo impresionante que es la multitud. Sabe que mientras León viva no estará seguro en ninguna parte. Y se le ocurre una idea verdaderamente genial: el artículo, escrito con la mano izquierda y enviado a *El Faro de Brest*.

»Se habla del perro amarillo, del vagabundo. Cada frase está calculada para sembrar el terror en Concarneau. Y de ese modo, queda la posibilidad de que, si alguien encuentra al hombre de los grandes pies, le dispare un balazo en el pecho.

»¡Y estuvo a punto de ocurrir! Empezaron por disparar al perro. ¡Del mismo modo habrían disparado al hombre! Una multitud alocada es capaz de todo.

»En efecto, el domingo, el terror reina en el pueblo. Michoux no abandona el hotel. Está enfermo de miedo. Pero está decidido a defenderse hasta el final, *por todos los medios*.

»Le dejo solo con Le Pommeret. Ignoro lo que pasaría entonces entre ellos dos. Goyard ha huido. Le Pommeret, que pertenece a una honorable familia de la comarca, debe de tener la tentación de llamar a la policía, de revelarlo todo antes de seguir viviendo semejante pesadilla. ¿Qué arriesga? ¡Una multa! ¡Una temporada de cárcel! ¡Apenas! El delito principal se cometió en América.

»Y Michoux, que le siente desfallecer, que tiene en su conciencia el crimen de Mostaguen, que quiere salir le cueste lo que le cueste por sus propios medios, no duda en envenenarle.

»Emma está allí. ¿No sospecharían de ella?

»Quisiera hablarle durante más tiempo del miedo, porque ha sido la base de todo el drama. Michoux tiene miedo. Michoux quiere vencer a su miedo más que a su enemigo.

»Conoce a León Le Glérec. Sabe que éste no se dejará detener sin oponer resistencia. Y cuenta con una bala que disparen los policías o algún habitante asustando para acabar con él.

»No se mueve de aquí. Yo recojo al perro herido, moribundo. Quiero saber si el vagabundo vendrá a buscarlo, y viene.

»Desde entonces no se ha vuelto a ver al animal, lo cual me prueba que ha muerto.

—Sí.

—¿Lo ha enterrado?

—En el Cabélou. Hay una crucecita, hecha con dos ramas de abeto.

—La policía encuentra a León Le Glérec. Éste se escapa, porque la única idea que tiene es la de forzar a Michoux a que le ataque. Lo ha dicho: *quiere verle en la cárcel*. Mi deber es impedir que un nuevo drama ocurra y por eso detengo a Michoux, afirmándole que es para protegerle. No es una mentira. Pero, al mismo tiempo, impido a Michoux que cometa otros crímenes. En el estado en que está es capaz de todo. Se siente acosado por todas partes.

»Lo que no quita que aún se sienta capaz de representar una comedia, de hablarme de su débil constitución, de hablarme de una antigua predicción inventada por completo.

»Lo que necesita es que alguien se decida a matar a su enemigo.

»Sabe que pueden sospechar de él en todo lo sucedido hasta ese momento. Solo, en esta celda, se rompe la cabeza.

»¿No hay un medio de desviar esas sospechas? ¿Que se cometa un nuevo crimen, mientras que él está encerrado, que tiene la mejor de todas las coartadas?

»Su madre viene a verle. Lo sabe todo. No tienen que sospechar de ella y debe tener cuidado de que nadie la siga. ¡Tiene que salvarle!

»Cenará en casa del alcalde. Hará que la acompañen a su hotel donde dejará la luz encendida toda la noche. Vuelve andando al pueblo. ¿Duerme todo el mundo? Excepto en el café del *Almirante*. Basta con esperar a que salga alguien y esperarle en una esquina.

»Y para impedirle que corra, apunta a la pierna.

»Este crimen, totalmente inútil, es la peor de las acusaciones contra Michoux, si no tuviésemos ya otras. Por la mañana, cuando llego aquí, está

febril. No sabe que Goyard ha sido detenido en París. Sobre todo ignora que en el momento en que se hizo el disparo que alcanzó al carabinero, yo tenía ante mi vista al vagabundo.

»Pues León, perseguido por la policía, se quedó en la manzana de casas. Tiene prisa por acabar. No quiere alejarse de Michoux.

»Duerme en una habitación de la casa vacía. Desde su ventana, Emma le ve. Y va a reunirse con él. Le asegura que no es culpable. Se echa a sus pies.

»Es la primera vez que la ve frente a frente, la primera vez que oye de nuevo su voz. Ha sido de otro, de otros.

»¿Pero no ha vivido él demasiado? Se le parte el corazón. La coge brutalmente como para pegarla, pero la besa.

»Ya no está solo. Ya no es un hombre con una sola idea, un solo fin. Llorando, ella le ha hablado de la posible felicidad, de una vida nueva.

»Y se marchan los dos, sin una perra, en la noche. ¡Van a cualquier parte! Dejan a Michoux abandonado con su terror.

»Tratarán de ser felices en otra parte.

Maigret llenó su pipa, lentamente, mirando una a una a todas las personas allí presentes.

—Le pido excusas, señor alcalde, por no haberle tenido al corriente de la investigación. Pero, cuando llegué aquí, tuve la certeza de que el drama no había hecho más que empezar. Para conocer los hilos que lo unían, tenía de dejarle desarrollar evitando lo más posible los daños. Le Pommeret ha muerto, asesinado por su cómplice. Pero, tal y como le vi, estoy convencido de que se hubiese matado él mismo el día de su detención. Un carabinero ha recibido una bala en la pierna. Dentro de ocho días ya no tendrá nada. Por el contrario, puedo firmar ahora mismo una orden de arresto contra el doctor Ernest Michoux por tentativa de asesinato y heridas causadas al señor Mostaguen, y por envenenamiento premeditado de su amigo Le Pommeret. Otra orden de arresto contra la señora Michoux por agresión nocturna. En cuanto a Jean Goyard, llamado Servières, creo que no puede ser perseguido más que por ultraje a la magistratura, por la comedia que ha representado.

Fue el único incidente cómico. ¡Un suspiro! Un suspiro feliz lanzado por el periodista regordete. Y tuvo el descaro de decir:

—Supongo que en ese caso puedo quedar en libertad bajo fianza. Estoy

dispuesto a entregar cincuenta mil francos.

—De eso se ocupará el Ministerio fiscal, señor Goyard.

La señora Michoux estaba hundida en su silla, pero su hijo tenía más fuerza que ella.

—¿No tiene nada que añadir? —le preguntó Maigret.

—Contestaré en presencia de mi abogado. Mientras tanto, me reservo mi opinión sobre la legalidad de esta confrontación.

Y estiraba su cuello de pollo delgado donde sobresalía una nuez amarillenta. Su nariz parecía más torcida que de costumbre. No había soltado el carnet en el que había cogido notas.

—¿Y estos dos? —murmuró el alcalde al levantarse.

—No tengo nada de que acusarlos. León Le Glérec ha confesado que su único fin era hacer que Michoux le disparase. Para eso, sólo ha hecho que le vea. No hay ninguna ley que...

—A menos que se le acuse de vagabundear —intervino el teniente.

Pero el comisario se encogió de hombros de un modo que el otro se sonrojó por su sugerencia.

* * *

Aunque ya hacía tiempo que había pasado la hora de la comida, había una gran multitud fuera y el alcalde consintió en prestar su coche, cuyas cortinas cerraban casi herméticamente.

Emma fue la primera en subir, luego León Le Glérec, y por último Maigret que se sentó al lado de la joven en el asiento de atrás, mientras que el marino se sentó torpemente en un traspuntín.

Atravesaron a toda velocidad entre la muchedumbre. Unos minutos después, se dirigían hacia Quimper, y León, confuso, con la mirada turbia preguntó:

—¿Por qué dijo eso?

—¿Qué?

—Que fue usted quien envenenó la botella.

Emma estaba muy pálida. No se atrevía casi a sentarse y tal vez fuese la primera vez que subía en automóvil.

—¡Una idea! —gruñó Maigret apretando con sus dientes la boquilla de su pipa.

Y la joven, entonces, exclamó:

—¡Le juro, señor comisario, que no sabía ya ni lo que hacía! Michoux me había hecho escribir la carta. Acabé por reconocer al perro. El domingo por la mañana vi a León que andaba por los alrededores. Entonces comprendí. Intenté hablar a León y se fue sin mirarme siquiera. Quise vengarle. Quise... ¡No sé! Estaba como loca. Sabía que querían matarle. Yo seguía amándolo. Me pasé todo el día ideando algo. Fue al mediodía, durante la comida, cuando corrí al hotel de Michoux para coger el veneno. No sabía cuál elegir. Me había enseñado frascos diciéndome que había allí para matar a todo Concarneau.

»Pero le juro que no les hubiera dejado beber. O al menos, no lo creo.

Estaba llorando. León, torpemente, le daba palmadas en la rodilla para calmarla.

—No sabría nunca cómo darle las gracias, comisario —exclamó entre sus gemidos—. Lo que usted ha hecho es... es... no encuentro palabras, ¡es tan maravilloso!

Maigret miró a uno y a otro, él con su labio partido, su pelo al cepillo y su cara de bruto que intenta humanizarse, ella con su cara empalidecida en aquel acuario del café del *Almirante*.

—¿Qué van a hacer?

—Aún no sabemos. Salir del país. Tal vez, llegar a El Havre. He encontrado la manera de ganarme la vida en los muelles de Nueva York.

—¿Le devolvieron sus doce francos?

León se sonrojó y no contestó.

—¿Qué cuesta el tren de aquí a El Havre?

—¡No! No haga eso, comisario. Porque entonces, no sabríamos cómo... ¿comprende?

Maigret golpeó con el dedo el cristal del coche al pasar por delante de una estación. Sacó dos billetes de cien francos de su bolsillo.

—Cójalos. Los incluiré en la nota de gastos.

Una vez solo, en el coche, alzó por tres veces los hombros, como un hombre con unas terribles ganas de reírse de sí mismo.

* * *

El proceso duró un año. Durante un año, el doctor Michoux se presentó hasta cinco veces por semana en casa del juez de instrucción, con una cartera de cuero repleta de documentos.

Y a cada interrogatorio se complicaba más el juicio.

Cada pieza de la ficha daba lugar a controversias, investigaciones y contrainvestigaciones. Michoux seguía más delgado, más amarillento, con peor aspecto, pero no se desarmaba.

—Permitan a un hombre a quien no quedan más que tres meses de vida...

Era su frase favorita. Se defendió con empeño, con maniobras oscuras, con respuestas insospechadas. Y había descubierto un abogado más agrio que el que le relevaba.

Pero una fotografía de hace apenas un mes, aparecida en todos los periódicos, le mostró delgado y amarillento como siempre, con la nariz torcida, el saco a la espalda, embarcando en L'Ile de Ré a bordo de *La Martinière*, que conducía ciento ochenta presos a Cayenne.

En París, Mme. Michoux, que tuvo una pena de tres meses de prisión, rebusca en los medios políticos. Pretende obtener la revisión del proceso.

Ya tiene dos periódicos a su favor.

León Le Glérec pesca el arenque en el mar del Norte a bordo de *La Francette*, y su mujer espera un bebé.

FIN